

**Por una geografía de las territorialidades y
de las temporalidades**

Una concepción multidimensional orientada a la
cooperación y el desarrollo territorial

Marcos A. Saquet



Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades

Una concepción multidimensional orientada a la
cooperación y el desarrollo territorial

Marcos Aurelio Saquet

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2015

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch, sobre idea de Adilson Alves

Fotografía de tapa: Marcos Aurelio Saquet

Asesoramiento imagen institucional: Área de Comunicación Visual

Traducción: Lic. Jacqueline Sarmiento

Corrección: Lic. Alicia Lorenzo

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©2011 Editorial Outras Expressões, São Paulo, 1ª edición.

©2015 Editorial Consequência, Rio de Janeiro, 2ª edición.

©2015 Universidad Nacional de La Plata, 1ª edición en castellano.

ISBN 978-950-34-1262-6

Colección Biblioteca Humanidades 36

Cita sugerida: Saquet, Marcos Aurelio (2015). Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades: Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades; 36) Disponible en: <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/50>



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Susana Ortale

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

*Dedico la reedición de este libro a mi esposa, Pâmela Cichoski,
y a mis hijos, Luana y Pietro*

Índice

<u>Prefacio</u>	7
<u>Claude Raffestin</u>	
<u>Presentación</u>	13
<u>Introducción</u>	17
<u>1. Espacio y territorio</u>	31
<u>2. El fortalecimiento del abordaje territorial histórico-crítico, relacional y reticular</u>	42
<u>3. Los tiempos-espacios-territorios</u>	74
<u>4. Territorialidades y temporalidades</u>	99
<u>5. Una concepción de la geografía orientada a la cooperación y el desarrollo territorial</u>	116
<u>Bibliografía</u>	136
<u>El autor</u>	153

Prefacio¹

Claude Raffestin

Prologar es admitir haber cedido a la amistad o a la vanidad mezclada con curiosidad, o tal vez a ambas cosas al mismo tiempo. En verdad, este libro no necesita ser presentado, puesto que se basta a sí mismo, y de una manera explícita. La geografía brasileña, más consciente que otras, sabe en dónde residen las cosas esenciales y dónde se encuentran los conceptos de los que hay que hablar. Marcos Saquet, partiendo de los conceptos de territorio, territorialidad y temporalidad, demuestra, sin lugar a dudas, que la Tierra y el espacio están amenazados. No lo dice expresamente, pero lo da a entender, y ello es percibido de un modo natural. Pero a esa Tierra, que constituye las bases de nuestra vida y en la que las civilizaciones arraigaron sus mitos, nosotros probablemente la olvidamos y nos negamos a ver que la amenazamos un poco más cada día. La Tierra es ofrecida –no dada– a los hombres, que en ella construyen territorios en los que, “armados” de territorialidades, que son igualmente sistemas de relaciones, actúan de acuerdo con temporalidades complejas.

La geografía, sobre todo la francesa, no siempre fue capaz de comprender verdaderamente la importancia del territorio como “producción humana” y es por esa razón que, a partir de la década de 1980, muchos geógrafos se preguntaron si el territorio era un concepto útil. Algunos, como Brunet, en principio dijeron que no, aunque en seguida volvieron atrás y dieron al concepto el valor que merecía. Otros, con el paso del tiempo y con el surgimiento de

¹ Traducido del original al portugués por Roberto Di Sena y de ésta por Jaqueline Sarmiento al castellano.

nuevos conceptos, hablaron del fin de los territorios, especialmente a partir de la emergencia de las redes y de las transformaciones que resultaron de ellas para la movilidad.

Todo eso siempre me pareció curioso, a veces extraño, en un campo científico donde los conceptos aparecen, evolucionan y se transforman, pero no desaparecen realmente en la medida exacta en que son correctamente definidos. Es interesante hacer referencia a un gran geógrafo francés, Maximiliano Sorre, quien publicó, décadas atrás, un libro memorable en el que no hay ningún vestigio de territorio, pero sí una noción de espacio especificada por diversos adjetivos (Sorre, 1961).

Pero, por otro lado, se trata de la Tierra, y, consecuentemente, no estamos lejos del territorio. No creo que Sorre haya rechazado el concepto de territorio, sino muy al contrario. Uno de los dramas de la geografía francesa es haber multiplicado los adjetivos después de la palabra territorio, a tal punto que terminamos por ignorar aquello de lo que hablamos.

Se podría escribir sin mucha parodia, “En busca de la geografía perdida”. Reclus habría podido inventar el concepto de territorio –y tal vez ya lo había hecho– pues les dio una definición al hombre y a la tierra: “Es en la persona humana, elemento primario de la sociedad, donde se debe buscar la fuerza impulsora del medio, destinado a traducirse en acciones voluntarias para difundir las ideas y participar de las obras que modificarán el carácter de las naciones...”, y añade: “es del hombre que nace la voluntad creadora que construyó y reconstruyó el mundo” (Reclus, 1905: III-IV).

El territorio en cuanto producto y creación es hoy un concepto esencial, una vez que las sociedades, en grados distintos y con intensidades variables, modifican, hasta destruirlos, el espacio y las propias condiciones de vida sobre la Tierra. El territorio es el instrumento por medio del cual los hombres, las comunidades, las sociedades toman posesión del mundo y también lo transforman y destruyen poco a poco, si no se previenen de ello.

El estudio del territorio a partir de esa perspectiva apenas ha comenzado. Basta imaginar la ciudad, la villa, la metrópolis, territorios por excelencia, para que surjan todo tipo de problemas a enfrentar. Los territorios urbanos que nosotros construimos son naturalmente bien conocidos, pero lo que ignoramos son los problemas comunes de esa construcción, problemas a los que sabemos responder apenas de forma bastante parcial e imperfecta. El te-

territorio es el “producto” que los hombres se dan para vivir “sobre y con la tierra”, o también, en otras palabras, es la prisión que se construyen. Todo desarrollo territorial es, al mismo tiempo, una manera de vivir con la tierra, pero también contra ella. Los brasileños, que conocieron el desarrollo de empresas comprometidas en grandes proyectos y en enormes transformaciones territoriales, lo saben mejor que nadie.

Marcos lo sabe bien, y es por esa razón que en su libro estudia los territorios, las territorialidades y las temporalidades. Comprendió que una geografía contemporánea debe pasar por los conceptos que eligió analizar por medio de una serie de autores. Comprendió, además, que el territorio, por su ambivalencia, con su doble faz —por un lado construcción y por otro destrucción— es el concepto más eminentemente geográfico que cristaliza las realidades materiales e inmateriales que los hombres manipulan en todas sus relaciones de poder.

Marcos demuestra bien que, en geografía, el concepto de territorio comenzó a emerger en la década de 1970. Es difícil saber por qué, pero se puede proponer la hipótesis de que fue en esa época que se comenzó a tomar conciencia de los peligros que las transformaciones territoriales podían tener sobre las condiciones de la existencia humana. Un ejemplo que puede ilustrar ese período es la construcción de la represa de Assuán, que representó un formidable instrumento de desarrollo, pero que al mismo tiempo causó una serie de problemas ambientales. Es también la época de los problemas de naturaleza ecológica causados por la industrialización galopante. El territorio, a partir de los años 70, entra bien en la ambivalencia definida más arriba. En efecto, desde entonces muchos autores —entre los cuales se cuenta Marcos— empezaron a trabajar con la noción de territorio. Antes de citarlos, creo que se debe insistir en el hecho de que el concepto de territorio es particularmente expresivo, en el sentido de que permite revelar las relaciones de las sociedades con la realidad material y con la imagen que ellas mismas hacen de sí; esto es, con la representación que los hombres tienen de ellas. Considero que, con el fin de renovarse, la geografía humana tendría interés en volverse un poco más hacia la antropología, que la haría comprender que las marcas humanas sobre la naturaleza, las mismas que los territorios permiten descubrir, están muy diversificadas y, por consiguiente, se traducen en distintos peligros para el planeta. Esa orientación antropológica sería, además, una manera de reconciliarse con la tradición inaugurada por Friedrich Ratzel en su antropo-

geografía. Paradójicamente, sobre todo a partir del siglo XIX, las sociedades, por razones “de eficacia y de progreso”, han privilegiado frecuentemente las relaciones más perjudiciales para la Tierra. Nosotros apenas comenzamos a pagar por las consecuencias y, lo que es más inquietante, ignoramos en verdad cómo va a evolucionar todo eso.

Es necesario, por lo tanto, prestar atención a la evolución de nuestros territorios, a la manera como las sociedades nos organizamos y a la inteligencia canalizada en su producción, de modo de preservarlos a largo plazo. Por todas esas razones, me parece extremadamente interesante que un geógrafo se interese por el territorio, que constituye el primer instrumento colectivo de la relación con la naturaleza tanto desde el punto de vista material como del inmaterial.

Marcos Saquet escogió un conjunto de autores y los sometió a análisis a través de una serie de tablas sugestivas en las que buscó identificar las fuentes del pensamiento de cada uno de ellos o, si se prefiere, sus respectivas referencias, la concepción que cada uno tiene del territorio y el perfil que emplearon para alcanzar ese objetivo. La lista es larga, pero merece ser tenida en cuenta porque no solo incluye geógrafos, sino también representantes de otros campos de las ciencias humanas. Es notable la presencia de Paul Claval, Claude Raffestin, Mercedes Bresso, Beppe Dematteis, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Massimo Quaini, Jean Gottmann, Alberto Magnaghi, Arnaldo Bagnasco, Francesco Indovina y Donatella Calabi. La lista es bastante ecléctica, pero lo que resulta revelador es el interés que Marcos, aunque él mismo es geógrafo, demuestra por la economía, la sociología, la historia y la filosofía, entre otras.

Aún más interesante es el descubrimiento de las constelaciones de referencias que llevan el nombre de Marx, por supuesto, pero también de Henri Lefebvre, Michel Foucault, Serge Moscovici, Max Weber, además de muchos otros. Y uno de los mayores méritos del libro de Marcos Saquet es el de haber sabido congregado toda una familia intelectual en torno de los conceptos de territorio y de territorialidad.

Entre todos esos autores existen, ciertamente —y no podría ser de otro modo— diferencias, pero hay dos cosas que son casi comunes a todos ellos, a saber: el concepto de territorio como resultado de un proceso de producción, y el de territorialidad como sistema de relaciones. Y es justamente eso lo que resulta interesante, pues no todos los geógrafos, particularmente en Francia, están convencidos de tal cosa.

Frédéric Girault, por ejemplo, hace tres críticas a la noción de territorio:

- 1- El territorio es reductivo: no concuerda con la movilidad de las relaciones sociales en el espacio y apenas contempla las prácticas dominantes (masculinas, por ejemplo).
- 2- El territorio es obsoleto: desaparece progresivamente a la luz de las redes, y de las redes de redes, en un contexto de globalización.
- 3- El territorio es mistificador: ciertos desafíos sociales y económicos de relevancia no pueden ser percibidos o comprendidos dentro del contexto de un territorio delimitado.

Esas críticas, debo decir, me dejan estupefacto. Para responder a la primera, yo diría que no veo cómo un concepto que expresa una “producción” sería capaz de comprender la movilidad de las relaciones sociales sin asociarse con un modelo de dinámica social. Pretender que el territorio es obsoleto porque las redes se volvieron importantes es olvidar que las redes materiales e inmateriales existen solo en relación con un territorio, ya sea concreto o abstracto. En fin, decir que el territorio es mistificador porque no permite percibir todo y comprender todo, es como pretender que un modelo es mistificador porque no lo explica todo.

Esas críticas denotan una innegable incapacidad de comprender la necesidad del concepto de territorio para integrar el papel del trabajo. Trabajo y territorio son dos caras indisolubles de la existencia: ya es tiempo de comprender que el trabajo y el territorio son dos elementos esenciales en la argumentación geográfica, aunque todavía no fue objeto de un análisis serio, aun habiendo sido iniciada hace más de cincuenta años con *Le travail en Sicile*, de Renée Rochefort, y sin haber tenido todavía continuidad. La geografía humana tendría que retomar el concepto de trabajo, para lo cual debería pensar en releer, como primera medida, los grandes trabajos de Serge Moscovici, que precisamente Marcos ha utilizado.

En la última parte de su libro, Marcos muestra con alegría que para alcanzar un desarrollo coherente, conviene tener a disposición un instrumento territorial bien concebido y una visión clara de los valores. Muchos de esos valores están arraigados en el territorio, materialmente mediante las actividades que se desarrollan en él, y además, inmaterialmente, a través de los mitos

y creencias que en él emergen con el curso del tiempo.

¿Qué es lo que hacen las multinacionales en los territorios donde eligen intervenir? Frecuentemente los destruyen de forma irremediable y definitiva para extraer los recursos que les interesan. Pero al mismo tiempo destruyen las referencias de los hombres que habitan en ellos, al someterlos a presiones y a formas de labor que se asemejan más a trabajos forzados que a un verdadero trabajo humano. Basta observar los paisajes lunares en los que se transforman las áreas de minería para comprender el significado de la destrucción de un territorio. Allí no se puede hacer más nada; ni trabajar, ni vivir. Es lo opuesto al desarrollo, o sea, las territorialidades y las temporalidades proyectadas no tuvieron por finalidad organizar, sino practicar una economía de rapiña, lo que los alemanes llaman *Raubwirtschaft*.

Eso es lo que Marcos quiere evitar al mostrar cómo las relaciones deben desarrollar y constituir las territorialidades sustentables a lo largo del tiempo. No olvidemos jamás que el tiempo de la explotación y de la producción no es el mismo que el de la vida y de la existencia. De hecho, nosotros lo olvidamos porque consideramos las cosas según nuestras categorías occidentales, que apenas tienen sentido para nosotros, y a través de ellas; lo cual no es humano, o, si preferimos, aquello que llamamos naturaleza no merece gran atención. Al contrario, si hubiésemos comprendido que lo no-humano —para retomar la expresión de Descola (2005)— merece toda nuestra atención, entonces el territorio recuperaría todos sus derechos, tanto en el plano científico como en el plano práctico. Allí aflora la subjetividad de la que habla Marcos. Es el comienzo de una visión prospectiva a la Milton Santos, que puede favorecer comportamientos de cooperación susceptibles de reconciliar, en el hombre, el territorio, la territorialidad y la temporalidad. Reconciliación que implica asegurar la sustentabilidad de las cosas no-humanas y la eliminación de la alienación en las relaciones humanas.

En el fondo, lo que Marcos nos propone es una refundación de la geografía en la perspectiva de la ecología humana que se esfuerza por evitar al máximo las asimetrías relacionales que conducen a los más terribles conflictos.

Antes de concluir, deseo éxito al libro de Marcos, y no puedo dejar de recordar la famosa frase que Elisée Reclus puso en la apertura de su última gran obra, y que todo geógrafo debería tener siempre presente en el espíritu: **El hombre es la naturaleza que adquiere conciencia de sí misma.**

Presentación

Al lector puede parecerle redundante, al comenzar, una *Presentación* escrita por el propio autor del libro, dado que este contiene una *Introducción*; sin embargo, tal cosa se vuelve necesaria a causa de algunas confusiones que se originaron en la lectura de esta obra, publicada originalmente en el año 2011. De manera que, en virtud de la necesidad de una 2ª edición, aprovechamos para mostrar algunos detalles de la construcción de nuestra elección teórico-metodológica, esperando dejar más claro el modo en el que hemos trabajado a lo largo del tiempo. Concordamos con Sposito (1997 y 2004) cuando afirma que la elección del método requiere necesariamente una reflexión sobre sus categorías y conceptos. Por esto, nos hemos preocupado sistemáticamente de algunos aspectos de la epistemología de la geografía, pensada a partir de la enseñanza, de nuestros proyectos de investigación empírica y extensión universitaria.

En Saquet (2013b) ya se hacen evidentes aspectos importantes de nuestra trayectoria. Es para no resultar repetitivos, por cierto, que ahora hacemos una recapitulación de modo sumario. En la primera etapa de nuestra formación, fuimos poderosamente influidos por argumentaciones de autores como Lefebvre (1968/1991a, 1969/1995 y 1973), Kosik (1989), Santos (1982/1991), Heller (1970/1991), Hegel (2002), Marx (1983, 1984, 1985 y 1994) y Vazquez (1977/1990). En una segunda etapa, por Furtado (1964 y 1986), Bagnasco (1977 y 1988), Souza (1997), Roverato (1996), Gramsci (1992 y 1995), Raffestin (1980/1993 y 1984), Dias (1992 y 1995), Braudel (1969/1978), Santos (1988 y 1996), Abreu (1997 y 1998), Vasconcelos (1997), Deleuze y Guattari (1972/1976), Rullani (1997) y Oliveira (1977), en el intento de que nuestra comprensión del territorio, del proceso *TDR* y de la migración se diferenciara de aquella construida por Haesbaert (1997).

Obviamente hemos ido seleccionando, con el paso del tiempo, información y argumentaciones que resultaran relevantes y adecuadas para nuestra elección teórico-metodológica y política, con el fin de reflexionar y explicar nuestros objetos de estudio a lo largo de los años. Aprendemos de Haesbaert (2002), por ejemplo, que las dimensiones sociales de la territorialización forman una unidad, y que una(s) u otra(s) puede(n) predominar en determinada relación espacio-tiempo. Con esto, pudimos ratificar más fácilmente aspectos de la multidimensionalidad del territorio y del desarrollo trabajados por Raffestin (1980/1993) y por Bagnasco (1977 y 1988). En una tercera etapa, tuvimos fuerte influencia de Dematteis (1964, 1970, 1985, 1990, 1995, 1997 y 2001), Magnaghi (1976 e 2000), Indovina y Calabi (1974), Raffestin (1977, 1980/1993 y 2005) y Elias (1984/1998), al retomar la lectura de Friedrich Hegel y Karl Marx, en un esfuerzo por poner en el centro de la escena algunos principios del materialismo histórico y dialéctico trabajados, por ejemplo, por Quaini (1973a, 1973b, 1974a y 1974b).

Además, es conveniente mencionar otra reflexión significativa y lúcida de la cual incorporamos aspectos en nuestra trayectoria, realizada por Camagni (1993 y 1997), Camagni y Salone (1993) y Rullani (2009), especialmente los aspectos sobre las relaciones *trans-territoriales*, es decir, que los territorios están conectados en redes con relaciones entre sí y superposiciones. Las interconexiones son intercontinentales, transnacionales, nacionales y regionales, involucrando *redes de territorios* y *territorios en red* (Camagni, 1997), elaboración teórica a partir de la cual entendemos la noción de transterritorialidad, trabajada a lo largo de este texto, en interacción con reflexiones de Dematteis (1985) sobre la *transescalaridad*, de Bagnasco (1977) sobre la *articulación territorial*, y de Raffestin (1977 y 1980/1993) sobre el *sistema territorial* y las territorialidades plurales, ideas que explicitaremos y detallaremos en los capítulos que siguen.

En los últimos trece años optamos claramente por una concepción de la geografía orientada a la cooperación y al desarrollo dialógico y participativo, valorizando la autonomía, la creatividad, la preservación de la naturaleza, las identidades, el conocimiento popular, etc., en un movimiento contrario a la reproducción ampliada del capital (Dansero, 2008; Saquet, Dansero & Candiotto, 2012). Esta perspectiva fue construida de manera dialógica con algunos investigadores italianos, sustentando una concepción histórico-crítica, reticular, relacional y *pluridimensional* (Dansero & Zobel, 2007) o (in)material,

que reconoce y considera efectivamente las relaciones sociedad-naturaleza y espacio-tiempo. La elección de esta concepción tiene dos justificativos principales: a) diferenciarnos de tantas otras denominadas multidimensionales, aunque mantengamos este término en el título de este libro; b) intentar contribuir a la superación de la dicotomía idealismo *versus* materialismo, generando argumentaciones que reconocen la materialidad y la inmaterialidad de los elementos y procesos cotidianos y territoriales.

Si, por tanto, hay predominio de referencias italianas, no es por casualidad o por amistad: es fruto de nuestras elecciones en virtud de los temas y problemáticas de estudio, de nuestros objetivos de investigación y extensión/cooperación, de la coherencia, del carácter pionero y de la cualidad de los abordajes realizados por los autores mencionados, es decir, de una identidad temática, teórico-metodológica y política que hemos estado produciendo colectivamente en los últimos catorce años.

Es necesario que las territorialidades en red (Dematteis, 2001) estén centradas en la cooperación, valorizando la solidaridad, el compartir, las temporalidades más lentas y las territorialidades políticas y culturales, junto con la preservación de la naturaleza y del patrimonio histórico. Esto requiere que se asuma una *praxis liberadora* basada en la acción y reflexión de los hombres trabajando juntos (Freire, 1974/2011; Marx, 2012), que reúna personas de diferentes franjas etarias, religiones y sexos. La participación en los procesos de desarrollo requiere el contenido de la praxis dialógica y cooperativa de transformación territorial y de lugar. Por lo tanto, una de las premisas fundamentales es la construcción y/o cualificación de una conciencia de clase y *de lugar* (Harvey, 1982; Magnaghi, 2000, 2009 y 2011; Lussault, 2009; Quaini, 2010), para favorecer el involucramiento de las personas, los compromisos, la realización de asambleas y talleres, las discusiones, la movilización, la lucha y la resistencia a la concentración de riqueza y a la centralización de los procesos decisivos. De esta manera, creemos que el abordaje territorial puede, de hecho, ser prometedor en los términos señalados por Kay (2009).

Trabajamos en la perspectiva de construir conocimiento y de actuar en una praxis orientada a la cooperación y al desarrollo territorial en los términos indicados en el libro que ahora presentamos, precisamente porque creemos en la posibilidad de construir un mundo más justo, menos degradante, más seguro, menos corrupto, más tranquilo, menos burocrático, más saludable en

el proceso de *apropiación y producción del territorio* en diferentes niveles escalares (Magnaghi, 1976; Raffestin, 1980/1993; Dematteis, 1985).

Introducción

Parecería que las confusiones son inherentes a la vida social, material e inmaterial, o sea, objetiva e intersubjetiva; y esto se revela claramente en diferentes instancias y situaciones de nuestra vida cotidiana, como en las escuelas, en los diferentes niveles de enseñanza, en la misma universidad donde deberíamos esclarecer y enseñar. En este espacio, lugar y territorio, enseñamos y aprendemos, esclarecemos y confundimos, muchas veces condicionados por la aceleración de nuestras actividades diarias, cada vez más plurales.

Una de las confusiones más presentes en el ámbito de la ciencia geográfica se refiere a la diferenciación de los conceptos de espacio y territorio; otra, también muy presente, es la que se refiere a la noción de territorialidad. Son cuestiones que intentamos esclarecer en el transcurso de este texto, recorriendo obras relativamente recientes ya consideradas clásicas en el pensamiento geográfico, y otras tal vez menos expresivas a nivel nacional, pero también muy importantes para la constitución de las perspectivas actuales de abordaje del territorio y la territorialidad.

La territorialidad, uno de nuestros temas fundamentales, se presenta normalmente en disertaciones, tesis, libros, artículos y capítulos de libros, como área, conjunto, totalidad y delimitación, aunque sea relativamente bien conocida, en un primer nivel, como relaciones sociales y apropiación, de acuerdo con lo que argumentan autores como Claude Raffestin, Giuseppe Dematteis, Francesco Indovina, Robert Sack, entre otras referencias de nivel internacional.

Podemos reconocer tres dominios de territorialidad. Uno, en el nivel de la vida social (por lo general denominado de territorialidad humana), predominante en la geografía; otro, en la vida animal no humana, casi inexplorado en esta ciencia; y por último, un dominio espiritual, prácticamente tampoco considerado en la geografía, cada uno con relaciones y elementos específicos.

Nosotros estudiamos la territorialidad humana, teniendo en cuenta simultáneamente nuestra sociabilidad, animalidad y espiritualidad, destacando la primera dimensión sin dejar de considerar las otras. Nos referimos, por lo tanto, a las territorialidades del animal-hombre-social-espiritual, y no a los demás animales.

Otra observación inicial importante se refiere a los niveles escalares y temporales con los cuales estamos trabajando. Cuando nos referimos a las escalas espaciales de análisis, las concebimos de manera trans-multiescalar, o sea, a nivel local (calle, barrio, “comunidad” rural, etc.); a nivel municipal, estatal, regional, nacional, internacional y global; y al mencionar las escalas temporales, las entendemos como tiempos instantáneos, períodos, fases, y como ritmos lentos y rápidos sincrónicos, en una perspectiva transtemporal histórica y coexistente, según detallaremos en este texto citando las referencias utilizadas. Son recursos didácticos que aceptamos como punto de partida para nuestros estudios, así como también para la construcción participativa de proyectos de desarrollo territorial. No pueden, por lo tanto, servir para fraccionar, separar y enmascarar los procesos estudiados y producidos en el movimiento de cooperación orientado al desarrollo territorial de base local.

Uno de nuestros objetivos es destacar la necesidad de comprensión de los ritmos y las desigualdades, en especial los más lentos, normalmente dejados de lado en los estudios de geografía (humana). Lo que predomina en estos es la investigación sobre cambios más rápidos e intensos, las nuevas tecnologías, las modernizaciones, en detrimento de los hechos, fenómenos y procesos más lentos inherentes a las continuidades económicas, políticas y culturales (in) materializadas en los territorios. Por esto, junto con la de territorialidad, la noción de temporalidad es fundamental en la argumentación que estamos construyendo, ya que ambas facilitan la aprehensión de las identidades, de las relaciones de poder, de las desigualdades y de las diferencias, lo que nos conduce a reflexionar epistemológica y ontológicamente sobre los distintos territorios señalados, por ejemplo, por Reclus (1866/2010).

Lacoste (1974) ya destacaba la necesidad de reflexiones sobre la epistemología que involucren la construcción y utilización de los conceptos de la geografía, problemática aún muy presente en un momento en que vivimos una fase de disoluciones e interacciones, a pesar de las concepciones *sedimentadas* reproducidas por aquellos que todavía creen en la dicotomía entre ciencias y

compartimentos internos de la geografía. Es una problemática amplia que involucra métodos filosóficos, categorías de análisis, conceptos, nociones, escalas, sujetos históricamente condicionados, intereses políticos e ideológicos, económicos y culturales; una problemática que no puede ser ignorada por los geógrafos cuando distingue, por ejemplo, los conceptos de espacio y territorio.

Otra cuestión relativamente oportuna para nosotros —por haber sido poco reflejada hasta ahora en las geografías producidas en Brasil— es la utilización-operacionalización de los conocimientos producidos científicamente, sobre todo en ciencias humanas como la geografía. Por ello, dedicamos especial atención a esta problemática, intentando mostrar una de las formas a través de las cuales podemos actuar, más allá de la docencia y la investigación, como políticos, interactuando con los sujetos-objetos de nuestros estudios en sus lugares-territorios de vida cotidiana por medio de proyectos de desarrollo territorial alternativos, contraponiéndonos sistemáticamente a la reproducción ampliada del capital y a su circulación acelerada.

Si, en consecuencia, destacamos los conceptos de territorio y lugar, no es por casualidad. Es porque son fundamentales, junto con los de espacio y tiempo, en la perspectiva en la que estamos trabajando, tanto para la investigación e interpretación de lo *real* como para apoyar la construcción de procesos de desarrollo que tengan base en los principios de participación, cooperación, solidaridad, distribución de la riqueza, preservación ambiental y cultural. Es para la construcción de proyectos del presente-futuro que la teoría y las interpretaciones deben proporcionar lecturas, motivaciones y razones, auxiliando a los sujetos-objetos en su difícil tarea de generar y dirigir el desarrollo deseado.

La elaboración de tesis, disertaciones e informes coherentes y consistentes ya no basta ante la precariedad de la vida del pueblo brasileño y de otros países de América Latina, Asia, Oceanía y África. Aunque metodológicamente todavía necesitamos avanzar en forma sustancial, detallando cada vez más, en un análisis de contexto, las especificidades de cada familia, institución, barrio, “comunidad rural”, municipio, estamos intentando producir una **concepción crítica, actualizada, pluridimensional, areal, relacional, reticular e histórica, o sea, híbrida, histórica-transtemporal y relacional-trans-multiescalar** de la geografía, del territorio, de la territorialidad, la temporalidad y del desarrollo para apoyar y orientar la construcción participativa y la definición de planes,

proyectos y programas directamente vinculados con las necesidades y deseos de los habitantes de cada *territorio-lugar* (Salvatori, 2003: 91; Saquet, 2014a).

Por eso, las nociones de territorialidad y temporalidad son fundamentales, junto con los conceptos de territorio, tiempo y lugar, sin dejar de lado el paisaje, el espacio y la región, como detallaremos en el transcurso de este texto. Los sujetos de conocimiento precisan, cada vez más, desafiarse a producir principios y directrices-orientaciones políticas de transformación de la realidad vigente, reflexionando y realizando-participando de procesos de desarrollo territorial con más justicia social, recuperación y preservación ambiental.

No estamos construyendo un abordaje y concepción irracional, escéptica o posmoderna; tampoco estructural, ni mucho menos mecánica de lo *real*, traducido en la relación espacio-tiempo-territorio. Hemos hecho un esfuerzo por intentar la superación de algunos aspectos de la histórica dicotomía materialismo *versus* idealismo, y geografía física *versus* geografía humana, especialmente de las especificidades de esta última. Se trata de un esfuerzo para orientar la aprehensión de movimientos, contradicciones, interacciones, coexistencias, procesualidades, desigualdades, diferencias e identidades, junto con los cambios (discontinuidades) y permanencias (continuidades) espacio-temporales.

Vemos claramente la complejidad de esta pretensión explicativa; no obstante, es un desafío necesario para comprender, representar, explicar y actuar en el lugar-territorio considerando los procesos y elementos singulares, particulares, universales y, concomitantemente, las procesualidades históricas que intentamos sintetizar por medio de las nociones de trans-multiescalaridad, transtemporalidad y transterritorialidad, sucintamente mencionadas en la *Presentación* que escribimos y detalladas a lo largo de este texto con las debidas referencias ratificadas.

Para el análisis e interpretación histórico-crítica, la relación espacio-tiempo-territorio puede ser desdoblada en la relación territorio-lugar, por ejemplo, como unidad de análisis apropiada para estudios territoriales directamente vinculados a procesos de desarrollo local articulados a otros niveles espaciales de desarrollo, en una perspectiva areal-reticular, combinando recortes espaciales más o menos bien definidos con la problemática reticular-transescalar siempre fundamental en la formación de cada territorio y de cada lugar. Unidad de análisis, por lo tanto, que varía de acuerdo con cada relación

espacio-tiempo y problemática estudiada: es una orientación teórico-metodológica y no puede, evidentemente, pautar y dirigir con rigidez la investigación y las acciones de desarrollo; unidad que precisa comúnmente ser ampliada con el concepto de paisaje para facilitar la aprehensión de ciertos procesos naturales, con el fin de apoyar la construcción y definición de políticas públicas de desarrollo *en el y del* territorio-lugar. ¡No se desarrolla un país y su pueblo por decretos y/o asistencialismos! El desarrollo es resultado de un proceso histórico y relacional, de múltiples determinaciones económicas, políticas, culturales y naturales.

Así, para definir el objeto de estudio de la geografía, partimos de la idea de Raffestin (2009b), o sea, del conocimiento producido históricamente, de las prácticas y relaciones establecidas entre los hombres y la realidad material —el espacio—, sumando la necesidad de comprender, representar y explicar las relaciones sociedad-naturaleza y naturaleza-naturaleza, en un único movimiento (in)material-híbrido, generando apoyos directamente utilizables por los sujetos-objetos estudiados en sus territorios, espacios y lugares de vida, caracterizando, de hecho, una geografía para la cooperación y para el desarrollo territorial en los términos señalados en este texto.

Evidentemente, existen otras concepciones de geografía, según cada método filosófico y político adoptado. El hombre, como ser social, crea lenguajes para comunicarse, conocer el mundo donde vive y socializar el conocimiento, el saber, las creencias, los valores, las representaciones. Estas últimas son parciales, invenciones/creaciones subjetivas, y pueden direccionar y enmascarar intencionalmente los significados de los procesos territoriales.

Las representaciones abarcan, por lo tanto, un contenido político-ideológico direccionado; son múltiples y elaboradas en consonancia con los objetivos y metas de los individuos, de los grupos y de las clases sociales, contextualizadas en cada relación espacio-tiempo-territorio de vida. “No existe una lectura única, no existe un modo único de aprender las cosas, y esto es una suerte porque, si fuese al contrario, no habría invención y creatividad” (Raffestin, 2009b: 56). Esto no significa, obviamente, que estemos a favor de las distorsiones y manipulaciones; por el contrario, favorecemos la pluralidad de ideas, de propuestas, y también el debate, siempre procurando avanzar teórica y metodológicamente.

Sobre el abordaje territorial, en la década de 1970, en un período de ebu-

llición de la renovación de la geografía, Vagaggini y Dematteis (1976) mostraron los *caminos* teórico-metodológicos efectivizados en la geografía moderna, indicando procedimientos para los estudios territoriales y la posibilidad de aprehensión del movimiento de lo *real* y del pensamiento por medio del método dialéctico.

En Brasil, Haesbaert (2004a), profundizando y detallando el abordaje hecho en una obra de 1997, al reflexionar sobre *el mito de la desterritorialización* aborda diferentes interpretaciones del concepto de territorio, dividiéndolas en perspectivas materialistas e idealistas, además de una perspectiva *integradora*. Los estudios de Gilles Deleuze y Félix Guattari evidencian la relación espacio-tiempo, la desterritorialización y toma de posición en favor de la *multiterritorialidad*. Para la investigación que estamos haciendo son importantes las obras de Haesbaert (2004a e 2004b), pues allí realiza una reflexión significativa cuando enseña sobre la investigación científica e influye sobre muchos estudios territoriales hechos en Brasil, junto con Santos (1988, 1994a y 1996), Souza (1995) y Haesbaert (1997), entre otros.

En Saquet (2004), en un ejercicio de reflexión sobre la temática en cuestión procuramos avanzar en la comprensión de los diferentes abordajes del concepto de territorio a partir de lo que habíamos identificado y presentado en Saquet (2001/2003). De cada autor escogido tratamos de tomar aspectos del método filosófico adoptado; las dimensiones predominantes (economía-política-cultura-naturaleza); cómo trabaja la relación espacio-tiempo [tiempo histórico y de las coexistencias (diferentes niveles escalares trabajados por cada autor)]. La consideración o no de cambios/rupturas y permanencias también resultó destacada. Por otro lado, mostramos cómo cada autor considera las redes, la identidad y el poder. La aprehensión o no de la *idea* y de la *materia*, conjugadas o no, también fue observada.

Más recientemente, en Saquet (2007a) identificamos y analizamos abordajes y concepciones de territorio elaboradas después de 1960-70, especialmente por autores de la literatura italiana; también consideramos investigadores de otros países como Bertrand Badie, Jean Gottmann, Claude Raffestin, Robert Sack, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Milton Santos, Manuel Correia de Andrade, Berta Becker y otros brasileños. Fue un primer ejercicio sobre la introducción y difusión del concepto de territorio de manera renovada en Brasil, esto es, sobre lo que Milton Santos denominó *el redescubrimiento* del te-

ritorio. Nuestro abordaje se centró en la relación espacio-tiempo, por medio de la cual identificamos características de las concepciones filosóficas, elementos considerados en la comprensión del territorio, las principales referencias utilizadas y cómo cada autor entiende las relaciones de poder, la naturaleza y el carácter areal y/o reticular de cada abordaje.

Esta investigación reveló, más allá de la gran difusión del concepto de territorio —a partir del inicio de los años 90, en medio de distintas concepciones elaboradas en varios lugares de Brasil— la necesidad de un relevamiento más amplio de obras y autores, profundizando el conocimiento sobre perspectivas teórico-metodológicas construidas en geografía (a partir de los años 1970-80), así como de las nociones de territorialidad y temporalidad. La primera, por las confusiones, como ya mencionamos; la segunda, por ser muy poco reconocida y utilizada en la geografía brasileña.

De este modo, lo que procuramos realizar es un abordaje de aspectos del conocimiento-pensamiento geográfico, mostrando interacciones con la sociología, la filosofía y la economía (cerca de 58% de los autores considerados y listados en las *Referencias* son del área de geografía, 16% de filosofía, 14% de sociología, 7% de economía y 5% de historia), abordaje que centramos en el movimiento histórico y relacional llevado adelante por diferentes investigadores de distintos países, intentando mostrar cómo podemos trabajar con los conceptos de tiempo, espacio y territorio y con las nociones de territorialidad y temporalidad, todos vinculados a los estudios y a la construcción de procesos de desarrollo de base local. Comprender la constitución de *nuevas* concepciones de territorio y territorialidad significa entender los factores condicionantes, los cambios que se desarrollan en el mundo, las conflictualidades, las articulaciones, las opciones teórico-metodológicas, en fin, elementos de la unidad de procesos históricos y geográficos que determinan y caracterizan a la geografía y otras ciencias del período posterior a los años 1950-60.

La producción del conocimiento-pensamiento es procesual y relacional, al mismo tiempo, resultado y condición de la relación de unidad espacio-tiempo. Vivimos la unidad espacio-tiempo todos los días, cada minuto, cada segundo, en cualquier lugar y territorio. Pensar, reflexionar, estudiar, investigar, debatir, son actitudes-comportamientos-iniciativas que forman parte, ciertamente, de nuestra vida cotidiana como animales-hombres y hombres-animales, según detallaremos más adelante.

Para esto nos orientamos con una obra de Quaini (2003), y definimos y realizamos las siguientes actividades: a) selección de las obras a analizar; b) lectura y análisis de las obras; c) redacción de los fichajes y de las síntesis; d) discusiones (coloquios) referentes a las interpretaciones hechas; e) formulación/redacción de cuadros de síntesis; f) realización de entrevistas. Durante el proceso de investigación contamos con financiamiento de CNPq y de la Fundação Araucária, lo cual facilitó en gran medida su realización.

Como afirmara Quaini (2003 y 2005), tanto para estudiar un individuo como una *comunidad* compleja, su pensamiento y su conocimiento, es fundamental reconocer aspectos del movimiento coyuntural íntimamente ligado al proceso histórico. La relación espacio-tiempo está presente y significa, ella misma, movimiento del pensamiento en el movimiento de lo *real*. Reflexionamos y describimos haciendo ver aspectos procesuales, relacionales e (in)matreriales (pluridimensionales) que tienen influencia en la revisión de la ciencia geográfica y en la comprensión renovada de los conceptos de territorio y espacio geográfico. La historia y la identidad son atributos tanto de las personas como de las disciplinas científicas y ganan significado cuando son estudiados meticulosamente.

Ruy Moreira destaca coherentemente la centralidad de la relación tiempo-espacio en los contextos, en los lugares y en las concepciones para la aprehensión de la historia y epistemología de la geografía:

Es evidente que la renovación de una ciencia está en línea de relación directa con la conciencia que sus intelectuales tienen de las cuestiones que la historia le plantea, colocándola en crisis. Más todavía, no siempre el movimiento comienza por localización, enlistamiento e identificación, el mapeo, en fin, de las cuestiones que lanzan los intelectuales de esa ciencia, consciente, consistente y objetivamente, a su enfrentamiento. Mas la posibilidad real de transformación de la ciencia, tal como de una sociedad, es la conciencia de esos intelectuales acerca de las cosas propuestas (Moreira, 2007: 24).

Procuramos realizar un abordaje centrado en el movimiento histórico y en las relaciones trans-multiescales realizadas por diferentes investigadores en distintos lugares, extrayendo y generando apoyos para nuestras argumen-

taciones acerca de temporalidades, territorialidades y desarrollo. Se trata de un recorrido incompleto, que invita a otros estudios. Investigar el movimiento significa estudiar individuos y grupos, momentos y/o períodos históricos y lugares en una relación de totalidad. Estudiar el pensamiento de esa manera corresponde a la aprehensión de aspectos de lo *real*, de la vida de los investigadores, de sus opciones teórico-metodológicas y de muchas personas involucradas con la práctica de la geografía.

Quaini (2009) también nos enseña a realizar una lectura de la historia y del pensamiento geográfico considerando las condiciones diacrónicas y sincrónicas, materiales e inmateriales, locales y extralocales (contextuales) que tienen influencia en las diferentes perspectivas elaboradas en geografía, método por él denominado *abductivo*, no de un trayecto individual, sino de un movimiento *colectivo*.

Una reflexión incitante en Brasil, además de las que ya mencionamos, fue hecha por Heidrich (2010); a pesar de su intención de mostrar cómo identificamos y caracterizamos los abordajes territoriales en Saquet (2007a), destaca los enfoques que verificamos y no los métodos filosóficos utilizados, como, de hecho, también describimos y analizamos en *Abordagens e concepções de território*: en esta obra constan las principales perspectivas teórico-metodológicas que identificamos posteriormente a 1960-70, en diferentes países, centradas en el concepto de territorio. Así, creemos que es relevante actualizarlas y hacerlas nuevamente visibles.

Hasta el momento, en nuestra investigación —que involucró autores y obras de países como Italia, Francia, Suiza, EUA, Brasil e Inglaterra— fue posible identificar y caracterizar cuatro tendencias y/o perspectivas de abordaje del territorio y de la territorialidad humana, que se suceden en el tiempo histórico y coexisten en algunos momentos y períodos: a) una, predominantemente económica, elaborada en base al materialismo histórico y dialéctico, en la cual se entiende la territorialidad como relaciones de producción acompañadas por fuerzas productivas, esto es, como relaciones de subordinación y exploración. El territorio es resultado y determinante de la producción, de la circulación y del consumo, o sea, de la acumulación de capital; b) otra, materialista y pauta en la dimensión geopolítica, en la cual la territorialidad está directamente vinculada con la actuación del Estado nación y con la soberanía; por lo tanto, con las nociones de dominio y control. Hay una combi-

nación área-frontera-movimiento a partir de relaciones económicas, políticas y culturales; c) la tercera, fenomenológica, que pone énfasis en las dinámicas políticas y culturales (simbólico-identitarias), en donde la territorialidad corresponde a las relaciones sociales centradas en percepciones, sentimientos, memorias, identidades y representaciones; y d) la última, que gana fuerza a partir de los años 90, es construida a partir de las discusiones sobre la sustentabilidad ambiental y el desarrollo local: la territorialidad significa relaciones políticas de gobierno sin dejar de involucrar procesos económicos, culturales y diferentes formas de apropiación y uso del ambiente.

Según entiende Governa (2005), como describimos en Saquet (2007a), en geografía, los estudios sistemáticos sobre la territorialidad humana se inician, en la década de 1970, con los trabajos de Soja (1971), Gottmann (1973) y Malmberg (1980). Ya para Haesbaert (2004a y 2004b), en caso de no tener en cuenta las investigaciones de Jean Gottmann, la primera *gran* obra de esta temática, también en geografía, es la de Malmberg (1980). Sin embargo, en nuestras investigaciones identificamos otros estudios importantes realizados en diferentes países, especialmente en Francia, Suiza e Italia, en un movimiento que traspasa fronteras, universidades, departamentos, momentos y períodos históricos, como mencionaremos a continuación.

Hay un conjunto importante de investigadores que revisan y actualizan el concepto de territorio y el abordaje territorial, haciendo ver las características de la vida de los individuos y la esencialidad de las relaciones sociales y de las territorialidades. Son estudios que contribuyen de forma decisiva a la superación de una concepción de territorio entendido como soporte de la sociedad, sin hombres o configurado biológicamente por animales que controlan ciertas áreas. Hay una superación de aquella idea de territorio y poder centrada en las fuerzas, acciones y estrategias de los Estados, del territorio entendido sin relaciones sociales, esto es, un conjunto de formas, o sustantivado esencialmente por relaciones sociales sin la materialidad del espacio, de las formas y del poder.

Entre los años 1950 y 1980, el concepto de territorio es concebido de forma renovada en la filosofía y en estudios de geografía, economía, antropología y sociología. El territorio está presente en Dematteis (1964, 1967, 1969 y 1970) como producto de las relaciones sociales cristalizadas en el ámbito de la familia y del par complementario ciudad-campo, o sea, de las territorialidades

económicas, políticas y culturales, en una concepción histórico-crítica y relacional; en Gottmann (1947, 1952a, 1952b y 1973) es entendido a partir de la circulación y de la iconografía, en una concepción crítica no marxista de la geografía; en Deleuze y Guattari (1972/1976), se lo comprende como flujos, conexiones, articulaciones, codificación y decodificación, en una prolífica reflexión filosófica basada en la dialéctica marxista; en Quaini (1974a, 1974b y 1976b), sobre el materialismo histórico y dialéctico, como producto de la organización económica, cultural y política; en Indovina y Calabi (1974) y Magnaghi (1976), también basados en la dialéctica marxista, es comprendido como resultado y condición de las fuerzas y relaciones productivas capitalistas que ordenan y *usan* el espacio transformado en territorio; en Bagnasco (1977 y 1978), como resultado de procesos sociales, económicos, políticos y culturales que diferencian las áreas-territorios en cuanto al ritmo y tipo de desarrollo; en Raffestin (1977 y 1980/1993), como producto histórico, material, de las relaciones sociedad-naturaleza realizadas por mediadores semiológicos, técnicos y tecnológicos. El territorio es resultado del proceso de territorialización y de las territorialidades vividas por cada grupo social en cada relación espacio-tiempo.

La territorialidad humana, explícitamente en geografía, fue trabajada hasta fines de la década de 1970, además de en las obras destacadas de autores como Francesca Governa y Rogério Haesbaert, por Dematteis (1964) y Raffestin (1977 y 1980/1993), sobre todo por este último al argumentar a favor de una geografía de la territorialidad. Para Dematteis (1964), la territorialidad es comprendida como relaciones sociales, económicas, culturales y políticas realizadas en las familias, en la vecindad, la *comunidad* y entre la ciudad y el campo; significa un conjunto de *tramas* efectivadas entre el campo y la ciudad por medio de las redes de comunicación y circulación. Farinelli (1980: 795), refiriéndose al año 1964 en la geografía italiana, afirma: “En el mismo año Giuseppe Dematteis introducía la valorización analítica de las relaciones sociales como elemento de explicación de las formas domésticas”.

Raffestin (1977) detalla su comprensión y argumentación sobre la territorialidad considerándola una problemática social, compleja y relacional. La territorialidad corresponde al espacio *vivido* y a las relaciones sociales de *alteridad* y *exterioridad* cotidianas. Esta es una de las primeras definiciones de territorialidad en el movimiento de renovación de la geografía posterior a 1960-

70, a partir de una concepción crítica y relacional: un conjunto de relaciones *bio-sociales, multi-laterales* y variadas (*plusieurs territorialité*) realizadas por los hombres, tanto histórica como social y biológicamente. Se trata de una contribución inédita para la geografía de aquel momento y bastante actual, pues el autor reconoce y valoriza las múltiples relaciones-territorialidades de los hombres entre sí y con la naturaleza, anticipando en varios años discusiones que sostenemos actualmente en Brasil. Concepción revisada y ampliada en *Por una geografía do poder* (1980/1993), en donde la territorialidad es entendida como conjunto de relaciones sociales espacial y temporalmente definidas con la finalidad de conseguir la mayor autonomía posible.

También es importante notar que, para Quaini (2005), el bienio 1963-64 fue crucial para la geografía, en virtud de la publicación de la obra de Calvino, *Marcovaldo*, definida posteriormente por Claude Raffestin como un tratado de territorialidad. Calvino (1963/1994) describe aspectos de la vida de Marcovaldo, migrante del sur de Italia, campesino, hacia el norte industrializado. Con imaginación, *inventa*, según los elementos que conocía de su vida rural, un territorio y un paisaje que no existen. En la obra, Marcovaldo muestra una mirada específica sobre la ciudad, vinculada a su experiencia de vida rural. Así, en la ciudad percibe las hojas de los árboles, los bancos de las plazas, los hongos, los pájaros, la nieve, las abejas, el río, la lluvia, la luna y el sol, junto con los colectivos, los autos, las bicicletas, los barrenderos, los obreros caminando para el trabajo, en fin, elementos naturales y contruidos, así como sutilezas de la vida cotidiana que muchas veces pasan desapercibidas.

Destacamos estos aspectos porque nuestra perspectiva está centrada en las nociones de territorialidad y temporalidad, pensadas, obviamente, a partir de los conceptos de territorio y tiempo, sin dejar de lado los demás conceptos fundamentales de la ciencia geográfica: espacio, lugar, región y paisaje. Concepción íntimamente vinculada con los procesos de desarrollo orientados y objetivados en principios como participación, solidaridad, cooperación, producción de alimentos saludables y preservación ambiental, como mencionamos anteriormente.

Sucintamente, la territorialidad (humana) significa relaciones de poder, económicas, políticas y culturales; diferencias, identidades y representaciones; apropiaciones, dominios, demarcaciones y controles; interacciones y redes; degradación y preservación ambiental; prácticas espacio-temporales y

organización política, que involucran, evidentemente, las apropiaciones, las técnicas y tecnologías, la preservación, el manejo, las pertenencias, etc. Relaciones, apropiaciones y prácticas construidas y redefinidas a lo largo del tiempo, a partir de la síntesis unitaria existente entre nuestra sociabilidad-animalidad-espiritualidad cotidiana o, si quisiéramos utilizar la definición de Agamben (2002), entre el *animal-de-adentro* y el *animal-de-afuera*, como detallaremos en el capítulo 3.

Las territorialidades son materializadas en las familias, las universidades, las acciones del Estado, las fábricas, la iglesia, las calles, los barrios, los mercados, los partidos políticos, las asociaciones de residentes; en fin, en nuestra vida cotidiana. Relaciones que son vividas concomitante y diferentemente con ritmos e intensidades distintas; que son sentidas y, normalmente, percibidas y comprendidas en forma diversa. Así son las territorialidades y también las temporalidades: vividas, percibidas y comprendidas de formas distintas; son sustantivadas por relaciones, heterogeneidades, superposiciones, interacciones, conflictualidades, movimientos, lenguajes, mercaderías, instituciones y redes, sin despegarse de la naturaleza interior y exterior al hombre. Cuando vivimos relaciones, procesos y características comunes, sustantivamos elementos identitarios en medio de una miríada de territorialidades.

Nuestra sociabilidad contiene nuestra animalidad y viceversa. Hay una historia social y natural, en la cual la naturaleza es inseparable de la vida del hombre. La historia del hombre forma parte de la historia de la naturaleza, como afirmaron Karl Marx y Friedrich Engels hacia el fin del siglo XIX, o autores más recientes como el geógrafo Massimo Quaini y el filósofo Ilya Nóvik. El hombre forma una unidad con sus naturalezas orgánica, inorgánica y social; es una gran síntesis como sujeto de las territorialidades, temporalidades (no de aquellas del movimiento del universo) y constituyente fundamental del espacio, el territorio, el lugar, el paisaje y las regiones.

Se trata de una problemática (in)material en la cual hay interacciones naturaleza-naturaleza y naturaleza-sociedad. Los territorios y territorialidades son múltiples, superpuestos y forman una unidad. Hay una articulación temporal y territorial, o sea, transtemporalidades, trans-multiescalaridades y transterritorialidades en las cuales hay simultaneidades, fases-períodos, ritmos, tiempos, territorios, diversidades y unidades, como argumentamos en Saquet (2000, 2001/2003, 2005, 2007a, 2007b, 2009a, 2011a y 2013a).

Dematteis y Governa (2003) ratifican nuestra argumentación a favor de la relación espacio-tiempo-territorio. Hay complejidad y pluralidad de momentos, fases y relaciones, transtemporalidades y transterritorialidades que orientan la elaboración de un abordaje territorial que reconozca la aprehensión de la complejidad y, más que eso, la discusión y construcción de proyectos de desarrollo territorial centrados en la cooperación, en la valorización del saber hacer en el pequeño negocio, en la producción campesina, en las identidades, en la preservación del ambiente, en fin, en la calidad de vida de las personas y del ambiente.

Existen varias perspectivas teórico-metodológicas para aprehender, analizar, representar e interpretar la complejidad de los territorios o de las relaciones espacio-tiempo-territorio, como detallaremos en el transcurso de los tres primeros capítulos; abordajes en geografía elaborados en ciertos contextos históricos y en diferentes países por autores como Jean Gottmann, Giuseppe Dematteis, Claude Raffestin, Edward Soja, Massimo Quaini, Robert Sack y Roger Brunet, por solo citar algunas referencias de nivel internacional. En esta secuencia, procuramos elaborar dos síntesis, una teórico-conceptual sobre las temporalidades y las territorialidades; otra más político-ideológica, sobre la cooperación orientada al desarrollo territorial.

1. Espacio y territorio

Es menester, como ya afirmamos en Saquet (2005), entender el espacio geográfico para comprender el territorio, pues a pesar de ser distintos epistemológica y ontológicamente, no están separados. Iniciamos nuestra reflexión, en esta oportunidad, con dos obras que consideramos clásicas en geografía: *Espacio y poder*, de Paul Claval, y *Trabajo, espacio, poder*, de Claude Raffestin y Mercedes Bresso.

Claval (1978/1979) realiza un abordaje eminentemente relacional de la Geografía y del espacio geográfico, en una concepción weberiana y con influencia de pensadores como Michel Foucault y Jean Gottmann. Pone en evidencia aspectos económicos y políticos históricamente constituidos, y también el ejercicio del poder. En su *Geografía del poder*, destaca la *arquitectura social* y diferentes manifestaciones del poder en el espacio (*arquitectura espacial*) efectivadas por medio de la actuación del Estado y de las empresas en la sociedad civil. Poder significa relaciones, acciones, hechos, dominación, influencia, siempre con *raíces* sociales. El espacio *interviene* en la sociedad y es *apoyo* de la vida y de las actividades.

Así, no solo las localizaciones y distancias asumen importancia en la organización del espacio, sino también la formación de las redes de circulación y comunicación. El poder es ejercido por autoridades en las familias, las asociaciones, el mercado, las instituciones, las naciones, y significa influencia ideológica y vigilancia. Hay regulación social en diferentes niveles espaciales, una *administración* del espacio mediante el ejercicio del poder.

El Estado, por ejemplo, ordena vastos espacios por medio de la soberanía y de las relaciones internacionales. Hay también externalidades económicas establecidas por las empresas, facilitadas por las tecnologías y las redes. El espacio está reordenado históricamente, incluye empresas, sindicatos, iglesias,

partidos políticos, asociaciones; Estado que revela múltiples *juegos* de poder y diferenciación espacial (Cuadro 1). Las redes de relaciones traspasan las *células*, fronteras y naciones, significando movilidad en la *Geografía del poder* que involucra al Estado y relaciones internacionales, jerarquías, controles y regulaciones.

Para Raffestin y Bresso (1979), en un abordaje también crítico, no marxista y multidimensional, el espacio es construido socialmente por mediadores, especialmente por el trabajo, conteniendo así relaciones de los hombres entre sí y de estos con la materia. El hombre inventa, tiene una *actividad creadora* que significa energía (manual y espiritual) e información. El trabajo produce *múltiples cristalizaciones: sistemas de objetos y de signos*, vinculados con nuestra existencia cotidiana.

Cuadro 1 – Una síntesis de la concepción de Paul Claval en *Espacio y poder*

	Principales referencias	Concepto de espacio geográfico	Abordaje
Paul Claval	Max Weber Michel Foucault Jean Gottmann	- Resultado del ejercicio del poder en diferentes niveles espaciales. - Condición para la reproducción social. - Organizado históricamente, incluye la localización, las distancias, las redes y los códigos.	- Crítico no marxista, multidimensional y redominantemente areal.

El trabajo está en la interfaz entre la sociedad y la naturaleza, tiene un contenido social y significa, por lo tanto, relaciones de poder e ideología. El trabajo está en la base de la construcción, deconstrucción y reconstrucción del hábitat y del territorio a través de la producción de objetos concretos (materializaciones) y de símbolos (económicos, políticos y culturales), como el lenguaje (Cuadro 2). En el trabajo, el hombre hace interactuar mano y cerebro, fuerza y pensamiento.

Así, de acuerdo con Raffestin y Bresso (1979) la territorialidad es fruto del trabajo, o sea, significa cambio de energía e información entre los hombres y, al mismo tiempo, posesión de una parte del espacio. La territorialidad varía en el tiempo, de acuerdo con cada estadio de desarrollo: *orgánico, mecánico y cibernético*, siempre vinculada al control de objetos y personas y, de este modo,

genera diferentes paisajes. Estos últimos son comprendidos como proyección social en el espacio, como *sistema integrado de relaciones entre hombres, espacios y tiempos*.

Según Raffestin y Bresso (1979), hay *máquinas* territoriales que transforman la naturaleza actuando como gigantescas productoras de signos. La territorialidad es cada vez más fluida, alargada, desterritorializada y globalizada en una sociedad plural. Hay tramas económicas y culturales presentes en la exploración del trabajo y en la acumulación de capital, jerarquías, expansión de lo urbano, movilidad poblacional, etc., en contradicción con el *enraizamiento*. “De los objetos al flujo de los objetos” (Raffestin y Bresso, 1979: 123), en un período de larga circulación de mercaderías, denominado *técnico-económico*, de difusión de las máquinas y de integración económica, fortaleciendo la *sociedad de los consumidores* y de los *acumuladores de información* como grandes centros multinacionales de investigación y de control que eliminan formas de autonomía y definen *territorialidades patológicas*.

Cuadro 2 – Una síntesis de la concepción de Claude Raffestin y Mercedes Bresso en *Trabajo, espacio y poder*

	Principales referencias	Concepto de espacio geográfico	Territorialidad	Abordaje
Claude Raffestin y Mercedes Bresso	Karl Marx Luis Prieto Sergio Moscovici Henri Lefebvre Gilles Deleuze Félix Guattari J. Baudrillard	<ul style="list-style-type: none"> - Organizado por mediadores, principalmente por el trabajo (energía e información). - Significa relaciones de poder en la relación sociedad-naturaleza, apropiación y control. - Construido históricamente. - Relacionado con la territorialidad y con el paisaje. - Contiene jerarquías, redes, objetos concretos y símbolos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Cambios de energía e información entre los hombres. - Relaciones sociedad-naturaleza. - Apropiación del espacio. - Es histórica, fluida y genera el territorio. 	<ul style="list-style-type: none"> - Crítico no marxista, multidimensional y predominantemente reticular.

Es fundamental notar que, tanto para Paul Claval como para Claude Raffestin y Mercedes Bresso, el concepto básico, en las obras analizadas, es el espacio geográfico junto con la noción de poder. En Claval (1978/1979), el territorio consta subsidiariamente, significando un área en la cual el poder es ejercido, por ejemplo, por el Estado. En Raffestin y Bresso (1979), el espacio es trabajado junto con la noción de territorialidad y con el concepto de territorio. La territorialidad expresa una “[...] relación compleja entre un grupo humano y su ambiente” (Raffestin y Bresso, 1979: 33). Relación resultante de cada situación espacio-temporal, o sea, la territorialidad cambia y/o permanece en el tiempo de acuerdo con las características de cada grupo y clase social. La territorialidad es fluida y plural, contiene jerarquías y redes de circulación y comunicación controladas por las empresas multinacionales.

El territorio es diferenciado del espacio por Claude Raffestin y Mercedes Bresso especialmente a partir de la territorialidad cotidiana, o sea, del conjunto de relaciones establecidas en la vida en sociedad mediada por el trabajo, por el poder y por el lenguaje. Reuniendo estos elementos con otros mostrados por Jean Gottmann, Giuseppe Dematteis, Claude Raffestin, Arnaldo Bagnasco, Edward Soja, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Massimo Quaini, Francesco Indovina y Alberto Magnaghi, cada cual con su abordaje y concepción, como mostraremos en el capítulo 2, es posible afirmar que el territorio es una construcción social, histórica, relacional y está siempre vinculado a procesos de apropiación y dominación del espacio y, evidentemente, a las personas, como ya señalamos en trabajos anteriores (Saquet, 2000, 2001/2003, 2005, 2006a, 2007a y 2009a).

La territorialización, de este modo, significa apropiación social de un fragmento del espacio a partir de las relaciones sociales, de las reglas y normas, de las condiciones naturales, del trabajo, de las técnicas y tecnologías, de las redes (de circulación y comunicación) y de las conflictualidades que involucran diferencias y desigualdades, así como identidades y regionalismos, históricamente determinados.

En la renovación ahora considerada de la geografía, del período posterior a los años 1950-60, hay evidencia de perspectivas críticas, históricas y relacionales del territorio y de la territorialidad como procesos sociales efectivizados sobre todo por relaciones de poder entre los hombres, y entre estos y el am-

biente, prácticamente desconsiderando las relaciones y las características de la vida de los otros animales.

Para diferenciar mínimamente el territorio del espacio recurrimos a Saquet (2009a). En forma sucinta, hay por lo menos tres procesos que, epistemológica y ontológicamente, están en la base de esta diferenciación: a) las relaciones de poder en una comprensión pluridimensional, constituyendo campos económicos, políticos y culturales; b) la construcción histórica y relacional de identidades; c) el movimiento de territorialización, desterritorialización y reterritorialización (*TDR*), trabajado por Deleuze y Guattari (1972/1976), Raffestin (1980/1993, 1984, 1986b, 2005, 2009a y 2010) y Sack (1983 y 1986), cada cual a su modo. Esta diferenciación es una cuestión de método. Hay otras, por lo tanto. Más allá de esto, la diferenciación entre territorio y espacio, en lo *real*, es muy tenue y dificulta nuestras lecturas y conceptualizaciones.

Tanto los procesos culturales inherentes a las relaciones de poder como las identidades simbólico-culturales más específicas, sobre todo los procesos de *TDR*, son aspectos utilizados en estudios de geografía cuando se destaca el concepto de territorio, además de las relaciones económicas y políticas (de poder), las redes y la *naturaleza exterior al hombre* (Marx, 1984). Esto es una constatación; sin embargo, podemos preguntarnos si es posible considerar tales elementos en estudios centrados en el concepto de espacio geográfico. Ciertamente sí, pues además de ser una cuestión ontológica, es también una cuestión epistemológica y de método: podemos tener diferentes comprensiones de espacio geográfico y de territorio, de acuerdo con nuestras opciones teórico-metodológicas y políticas. Para nosotros, hay una relación de unidad entre espacio y territorio.

Hay, por lo tanto, en el territorio, fijación y movimiento, contradicciones y unidades; dominación y subordinación, control *del* y *en el* espacio geográfico, que está contenido en la formación territorial, no como sustrato, escenario, sino como elemento presente, inherente a las conjugaciones internas del territorio. [...] La apropiación y producción del espacio geográfico, cotidianamente, están en la base del arreglo territorial. Territorio y espacio están ligados, entrelazados, pues el primero es fruto de la dinámica socioespacial. [...] Las relaciones espaciales están contenidas y revelan relaciones territoriales (y viceversa) (Saquet, 2005: 48-49).

Sociedad-espacio-tiempo-naturaleza-territorio son indisociables. Lo que no significa decir que son sinónimos, pero sí, que están en unidad constante, tanto ontológica como epistemológicamente.

En otras palabras, el territorio es resultado del proceso de producción *del y en el* espacio. [...] Para nosotros, espacio y territorio se confunden y se revelan mutuamente. Uno está en el otro. Ambos se efectivizan por las actividades de los hombres, son sociales, por lo tanto, producidos. [...] Creemos que no es posible separar lo inseparable, lo uno, y pensar el territorio separadamente del espacio (Saquet, 2001/2003: 26-27).

Como ya presentamos y argumentamos en Saquet (2000, 2001/2003, 2005, 2007a, 2007b, 2009a y 2011a), en favor de un abordaje (in)material-pluridimensional de la geografía centrado en la relación espacio-tiempo, el territorio es construido socialmente, tanto objetiva como subjetivamente, a partir de transterritorialidades históricamente condicionadas. Como las territorialidades cambian en cada relación espacio-tiempo, se altera también el territorio, conteniendo aspectos del pasado, comunes y diferentes en relación con otros territorios; o sea, el territorio se sustantiva por medio de desigualdades, diferencias, identidades, cambios y permanencias.

Para intentar esclarecer malos entendidos, como hicieran Sahr y Sahr (2009) a partir de sus descripciones y reflexiones relativas a nuestro abordaje y concepción, hacemos tres observaciones que consideramos las más relevantes: a) el debate acerca de la relación espacio-territorio no es reciente, y ello es fácilmente verificable en obras de geografía y de otras ciencias sociales; b) no hicimos una lectura dirigida o *emparejada* de la obra de Milton Santos, sin mostrar diferencias conceptuales entre espacio y territorio, y c) no hemos descuidado el concepto de espacio geográfico, ni ontológica ni epistemológicamente. En Saquet (1996/2002), por ejemplo, nuestro concepto principal de orientación teórico-metodológica fue justamente el espacio geográfico. A continuación intentaremos detallar cada uno de estos tres aspectos.

Como demostramos en *Abordagens e concepções de território*, la discusión espacio-territorio no es reciente y ha sido sostenida por varios investigadores de geografía y de otras ciencias sociales. Para no extendernos, recordemos solamente a algunos geógrafos: Raffestin (1980/1993 y 1986b), Santos (1978,

1988, 1994a y 1996) y Dematteis (1985 y 1995).

Cuando afirmamos, en Saquet (2007a), que Milton Santos entiende el territorio también como objetos, acciones y redes o espacio socialmente organizado, es porque deja traslucir tal comprensión en el transcurso de su obra, y no porque tiene intención de *emparejar* la diferencia entre espacio y territorio en el nivel epistemológico. Intentamos mostrar diferencias conceptuales en Saquet (2000, 2001/2003, 2005, 2006a, 2007a y 2009a). Lo que hay son lecturas-interpretaciones distintas que hacemos de las mismas obras. Más allá de eso, cabe mencionar que el propio Milton Santos afirma lo siguiente en una de las obras que analizamos: “El territorio sin formas, pero territorio usado sin objetos y acciones, sinónimo de espacio humano, espacio habitado” (Santos, 1994a: 16). Él mismo entiende el territorio y el espacio como sinónimos. Por otra parte, cuando nos referimos a su obra *A natureza do espaço* (1996), afirmamos: “Aparentemente, separa el territorio en cuanto materialidad (obras) de las relaciones sociales, pero propone el estudio del conjunto *inseparable de sistemas de objetos y sistemas de acciones* que forman el espacio como *uno y múltiple*. El territorio está allí como delimitación o configuración o área” (Saquet, 2007a: 123, cursiva del original). Afirmamos justamente lo contrario de lo que intentan mostrar Sahr y Sahr (2009), o sea, interpretamos que hay indisociabilidad entre el espacio y el territorio en la obra de Milton Santos, sin afirmar que este autor entiende el territorio aisladamente, como sistema de objetos y de acciones, según dan a entender Cicilian y Wolf-Dietrich Sahr, refiriéndose a nuestra lectura de Milton Santos.

Como sostenemos en Saquet (2000), la formación de las redes de circulación y de comunicación contribuye directamente a la formación de los territorios, tanto en las relaciones internas como externas. Los territorios resultan del proceso de construcción histórica *del y en el* espacio. Cada combinación específica de cada relación espacio-tiempo es producto, acompaña y condiciona los fenómenos y procesos territoriales, relación que es también espacio-territorio y está detallada en textos posteriores, como revelan las citas siguientes. De hecho, ponemos en el centro el concepto de territorio, aunque sin desvalorizar ontológica y epistemológicamente el espacio geográfico.

Espacio, tiempo (coexistente e histórico) y territorio son conceptos e instancias de lo *real* íntimamente articulados. [...] A diferencia de la

comprensión de Raffestin (1980/1993) sobre el espacio geográfico, y de acuerdo con Souza (1995) sobre esta cuestión, no entendemos el espacio solamente como escenario, receptor de acciones, sustrato. El espacio geográfico tiene un valor de uso, un valor de cambio y es elemento constituyente del territorio, también, política y simbólicamente. Espacio y territorio son procesos indisolubles de nuestra vida cotidiana [...] (Saquet, 2006a: 81-82, cursivas del original).

Todavía de acuerdo con Henri Lefebvre, la *producción del espacio* está directamente ligada a la reproducción de las relaciones de producción, explicada a partir de la teoría del valor de Marx. El propio ciclo demostrado por Marx de producción-circulación-cambio-consumo, además de tener un carácter social, se cristaliza espacial y territorialmente, como actualmente es bien conocido en las ciencias sociales (Saquet, 2007a: 53, cursivas del original).

En la relación espacio *versus* territorio también hay reciprocidad, pues se entrelazan, se superponen y forman una unidad. Uno está en el otro. También son inseparables, como la relación tiempo histórico *versus* tiempo coexistente. Hay un proceso histórico y articulaciones escalares, en el territorio. [...] En este sentido, el **abordaje territorial** es un *camino* para comprender, por ejemplo, las relaciones de complementaridades que ocurren entre los espacios urbano y rural, sus conflictos, las redes, las relaciones de poder, en fin, la unidad rural-urbana en el ámbito de la relación E-P-C-N y de las tramas territoriales (Saquet, 2007a: 158-161, cursivas del original).

Hay un proceso universal en el que se conjugan discontinuidades, y el hombre traduce la síntesis, como unidad de su movimiento incesante, *en el y del tiempo, en el y del espacio y en el y del territorio*. [...] Vivimos la espacialización y la territorialización, espacialidades y territorialidades, todos los días, minutos, [...] lo que puede ser potencializado para conquistar más justicia social (Saquet, 2007a: 175, cursivas del original).

El proceso de territorialización es un movimiento históricamente determinado; es uno de los productos socioespaciales del movimiento y

de las contradicciones sociales, sobre las fuerzas económicas, políticas y culturales, que determinan las diferentes territorialidades, en el tiempo y en el espacio, las propias des-territorialidades y las re-territorialidades [...]. En el territorio hay temporalidades y territorialidades, discontinuidades; múltiples variables, determinaciones y relaciones recíprocas y unidad. Es espacio de vida, objetiva y subjetivamente (Saquet, 2007b: 69 y 73).

Esto para citar solo algunos pasajes de nuestras publicaciones, pues es una discusión que está presente en nuestra producción desde fines de los años 1990, lo que revela claramente que las consideraciones hechas por Sahr y Sahr (2009) son incoherentes con la concepción de geografía que estamos construyendo y hemos divulgado sistemáticamente. Nos parece que Cicilian Lowen Sahr y Wolf-Dietrich Sahr hicieron una lectura rápida y superficial de dos textos nuestros, a saber, Saquet (2005 y 2007a). Es interesante notar, no obstante, que el título de nuestro artículo de 2005 es justamente *Entender la producción del espacio geográfico para comprender el territorio*.

Las personas no pueden ser presionadas a dar centralidad en sus investigaciones, análisis e interpretaciones, al concepto de espacio geográfico en una concepción existencialista, como desean Sahr y Sahr (2009: 148):

En otra publicación, entretanto, Saquet discute el “espacio geográfico” como “producto del proceso histórico, social y, al mismo tiempo, condición para el *devenir*, tanto de lo social como del propio espacio geográfico” (2005: 85, cursivas del original). Así, afirma por un lado la comprensión materialista-objetiva (producto), pero también hace alusión a una comprensión existencialista, sin seguirla, cosa poco afortunada epistemológicamente.

Ahora bien, las diferentes interpretaciones son fundamentales para enriquecer las perspectivas y los debates, pues estamos a favor de la autonomía de decisiones de cada investigador o grupo de estudios. El docente-investigador puede destacar uno u otro concepto en sus estudios y proyectos, escogiendo una u otra concepción para su orientación teórico-metodológica. Creemos en la importancia de la autonomía de decisiones de los investigadores y sus grupos de estudios, en consonancia con sus objetivos, temas, problemáticas,

anhelos, opciones políticas, etc. ¿Hay una verdad? ¿Para quién? ¿Por qué? La explicación y “representación única y absoluta es un instrumento de dominación [...]” (Dematteis, 1985: 165).

Hemos argumentado justamente a favor de un abordaje pluridimensional-(in)material de la geografía y del territorio (Saquet, 2000, 2001/2003, 2004, 2005, 2006a, 2007a, 2007b, 2009a, 2011a y 2013a). Basta hacer una referencia:

En otros países, como Italia y Suiza, identificamos autores importantes, con larga producción científica y circulación a nivel internacional, que centran sus investigaciones y argumentaciones en el concepto de territorio, destacando correlaciones, ya sea con las redes y relaciones de poder, o bien con el paisaje y el propio espacio geográfico. *Camino* que está siendo trazado también en Brasil, especialmente a partir de los años 1990, por razones que ya mencionamos en Saquet (2007). Y es con esta última tendencia que nos identificamos, sin desconsiderar, evidentemente, la importancia y centralidad del espacio geográfico. Hay, para nosotros, una relación de unidad entre espacio y territorio, aunque, correspondiendo a dos niveles y procesos socio-espaciales distintos de nuestra vida cotidiana y a dos conceptos diferentes en el pensamiento científico. Este debate involucra cuestiones y procesos epistemológicos y ontológicos (Saquet, 2009a: 76, cursivas del original).

El territorio es producto de las relaciones sociedad-naturaleza y condición para la reproducción social; *campo* de poder que involucra edificaciones y relaciones sociales (económicas-políticas-culturales-ambientales) históricamente determinadas. El territorio es resultado y determinante de la reproducción de la relación sociedad-naturaleza y de la concomitante territorialización. Los territorios son producidos espacio-temporalmente por el ejercicio del poder por determinado grupo o clase social y por sus respectivas territorialidades cotidianas. La (in)materialidad está tanto en el resultado-producto como en la condición-devenir.

Las territorialidades (económicas, políticas y culturales) son, simultáneamente, resultado, condicionantes y caracterizadoras de la territorialización y del territorio en un movimiento continuo de desterritorialización y reterritorialización: las relaciones sociales, las apropiaciones y las demás prácticas

espacio-temporales; es decir que las territorialidades determinan cada territorio, influyendo, al mismo tiempo, en su propia reproducción (con rupturas y permanencias) a partir del territorio formado; esto es, son influidas por el territorio en cada relación espacio-tiempo.

Las fuerzas sociales efectivizan el territorio *en el* y *con el* espacio geográfico, centrado en las territorialidades y temporalidades de los individuos y emanado de ellas, condicionando y siendo directamente determinado por nuestra vida cotidiana. Históricamente se forman territorios heterogéneos y superpuestos. Se cristalizan territorialidades e intereses predominantemente económicos y/o políticos y/o culturales y/o ambientales que dan significados pluridimensionales a los territorios.

2. El fortalecimiento del abordaje territorial histórico-crítico, relacional y reticular

En las décadas de 1960 y 1970 ocurrieron a nivel internacional cambios muy significativos en el mundo, y claramente en las ciencias. Muchos investigadores procuraron acompañar los procesos más complejos y veloces de la sociedad; son cambios pluridimensionales que contienen aspectos de elementos y fenómenos espaciales anteriores. En geografía, el salto metodológico ocurrido en el período 1960-70 en algunos países de Europa, solo fue posible en virtud de avances conseguidos con los estudios de Paul Vidal de La Blache, Alexander von Humboldt, Karl Ritter, entre otros geógrafos e investigadores de otras ciencias, realizados en el siglo XIX y en el inicio del siglo XX.

También tuvieron gran importancia para la geografía pensadores como Immanuel Kant, Friedrich Hegel, Karl Marx, Max Weber y Friedrich Engels, ya que promovieron e inspiraron abordajes muy diferentes y, al mismo tiempo, debates y argumentaciones que resultaron, por ejemplo, en concepciones denominadas utópicas y anárquicas, como las de Piotr Kropotkin y Elisée Reclus. Sin embargo, incluso con argumentaciones significativas y coherentes como las de Kropotkin y Reclus, hasta los años 50 predomina en geografía tanto la armonía cósmica y providencial como las relaciones sociales armoniosas de los géneros de vida vidalianos y, aún, el objetivismo y el pragmatismo de la geografía teórico-cuantitativa.

A pesar de las limitaciones de sus abordajes en geografía, Piotr Kropotkin y Elisée Reclus, de acuerdo con Andrade (1987), tomaron posición contra la *estructura* de poder dominante en su época, adoptando principios a favor de reformas sociales radicales y de grupos sociales dominados. Ellos sostuvieron una práctica política denominada libertaria en razón de los postulados y ac-

ciones realizadas con determinados grupos sociales.

Eliséé Reclus era francés, republicano y ateo; exiliado, pasó a vivir en Suiza después de participar en la Comuna de París. De acuerdo con Andrade (1987), como estudioso Reclus no distinguía la geografía física de la humana, prestando bastante atención a la descripción y a la representación cartográfica; intentaba explicar las transformaciones del hombre en la naturaleza considerando: a) la existencia de las clases sociales; b) la lucha de clases, y c) el perfeccionamiento de la vida en sociedad. Tenía una lectura crítica y revolucionaria de los procesos sociales, atribuyendo a la ciencia el papel de mediar en la conquista de mejores condiciones de vida.

Pjotr Kropotkin era ruso, militar, científico y miembro de la Sociedad Geográfica Rusa. Según Andrade (1987), como geógrafo Kropotkin creía en el poder de la ciencia en el proceso de educación. En geografía destacó, de forma eminentemente descriptiva, aspectos de geomorfología, climatología, biogeografía y distribución de los hombres en la superficie terrestre. Creía también en la superación (desaparición) del Estado y en la construcción de una *sociedad libre*, sin dominadores ni dominados, sin ricos ni pobres, realizando una especie de praxis *libertaria* que fue denominada anarquista.

En las décadas de 1960 y 1970, en diferentes países y con mayor o menor intensidad, se recuperan aspectos de esas y otras concepciones, y se conjugan factores materiales e inmateriales que puedan condicionar, de modo general, una renovación de la ciencia geográfica, en el intento de elaborar un *nuevo* paradigma teórico-metodológico y una explicación geográfica más amplia y coherente de los procesos territoriales en curso. En algunos países, como Italia, la reformulación de la geografía en aquel período aparece centrada en el concepto de territorio. Por eso existen varios autores italianos que se han destacado. Fueron ellos los que determinaron la revisión y renovación de las concepciones predominantes hasta entonces en aquel país. Hay diferentes perspectivas epistemológicas, y todavía predomina el materialismo histórico y dialéctico como fundamentación teórico-metodológica.

En la década de 1970, algunos grupos de investigadores incorporan el ideario marxista a sus teorías e investigaciones, llevando a cabo una amplia producción científica centrada en la relación capital-trabajo-territorio. Tanto es así que comúnmente se encuentra en la literatura de los años 70 y 80 la denominación de ciencias territoriales o ciencias del territorio, refiriéndose,

por ejemplo, a geografía, urbanismo, sociología y economía. Se elaboran elementos teóricos capaces de aportar a la transformación social, y la geografía asume un fuerte carácter político e ideológico, de izquierda y anárquico, como sucedió en el caso de Francia.

Hay un movimiento muy significativo que extrapola el medio académico e involucra algunos segmentos de la sociedad civil organizada. Se articulan profesores, estudiantes, sindicalistas y otros interesados en la construcción de *nuevos* arreglos políticos que, en geografía, llegan a culminar en un movimiento a favor de una concepción que destaca las formas y las relaciones sociales, el movimiento, los conflictos y las contradicciones, la formación del territorio y de diferentes paisajes, todos elementos velados hasta entonces por abordajes eminentemente descriptivos, superficiales y clasificatorios.

Existe una combinación de procesos entre diferentes países que ocurren tanto en la dinámica social como en las ciencias humanas. Los cambios que suceden en la geografía en los años 1960-70 son producto de un prolongado movimiento histórico y de las relaciones sociales que se establecen entre diferentes investigadores de distintas nacionalidades. Las reflexiones hechas por Yves Lacoste, por ejemplo, que destaca el carácter conservador de la geografía de base positivista y la necesidad de su superación, son difundidas juntamente con reflexiones de Michel Foucault, Manuel Castells, Lucio Gambi y Henri Lefebvre.

Este movimiento se manifiesta también en obras de otros autores franceses como P. George, B. Kayser y R. Guglielmo, a través de la llamada *geografía activa*, que se opone a la *geografía aplicada*, sustantivando una geografía que podemos denominar de transición, con rumbo a otra más radical y crítica centrada en abordajes de las relaciones capital-trabajo-espacio o capital-trabajo-territorio, dependiendo de la tendencia epistemológico-ontológica adoptada por cada investigador o grupo de investigadores, como ocurre con Milton Santos, David Harvey y Massimo Quaini respectivamente.

En Brasil, autores como Manuel Correia de Andrade, Roberto Lobato Corrêa y Orlando Valverde, entre otros/as, revisan y renuevan la geografía buscando acompañar las transformaciones profundas ocurridas a posteriori del período 1960-1970, como la intensificación de la degradación ambiental, de la expansión urbana, de la industrialización a nivel internacional, de las desigualdades sociales, de la producción agropecuaria, etc., cambios que ya ha-

bían acontecido en el pensamiento científico y filosófico, sobre todo en Francia. Geografías vinculadas a la denuncia de procesos sociales hasta entonces descuidados. Una de las principales tareas del geógrafo era delimitar, describir y explicar parcelas de espacio geográfico, principal concepto de Manuel C. de Andrade, Roberto L. Corrêa y Orlando Valverde, volviendo evidentes las diversidades regionales y contribuyendo a develar juegos de poder y control del pueblo y del territorio brasileño.

Se busca un *nuevo* aporte teórico-conceptual que permita combinar procesos sociales con objetos naturales. En la teoría dialéctica, varios pensadores encontraron un *camino* para comprender las relaciones de producción y las fuerzas productivas, ocultas en la década de 1970, junto con un agravamiento de los problemas sociales, políticos, económicos y ecológicos. Había necesidad de estudios que intentasen anticipar los desdoblamientos futuros del capitalismo avanzado, sedimentado, en algunos países, en una fase denominada de globalización.

En esa transición que se da a partir de los años 50 hasta el final de la década de 1970, algunos autores buscan romper y superar los abordajes positivistas y neopositivistas, cuantitativa y meramente descriptivos, centrados en los conceptos de región y regionalización. Lucio Gambi, por ejemplo, en las décadas de 1960-70 en Italia, rebatió terminantemente concepciones descriptivas con base positivista en favor de un abordaje relacional, eminentemente histórico, aunque, sin embargo, fundamental para los estudios futuros de geografía, con foco en la relación espacio-tiempo, puesta en evidencia también en las mismas décadas por Massimo Quaini, quien fue, a nuestro modo de ver, uno de los exponentes internacionales del movimiento de renovación de la geografía con base en el materialismo histórico y dialéctico. En su primer texto, publicado en 1964 con el título "*Lenin e il problema dello Stato-Comune nel periodo della rivoluzione di febbraio*", Quaini delineó trazos fundamentales de la obra de Vladimir Lenin y esbozó consideraciones epistemológicas de una concepción que trabajó más profundamente en la década de 1970, articulando elementos de geografía y de historia que pueden ser expresados por la relación paisaje-territorio, como detallaremos más adelante.

Desde los años 60, uno de los factores que influyó en la renovación de la geografía a partir del materialismo histórico-dialéctico y del redescubrimiento del territorio, fue la lucha de los trabajadores en los años 1968-69 en

el norte de Italia, donde se localizan grandes fábricas como FIAT. “Antes de 1968, la problemática territorial —y la palabra ‘territorio’— estaba restringida a pocos especialistas, con un significado esencialmente técnico” (Dematteis, 1979/1981: 135).

Con el suceso de la lucha obrera involucrando al Estado, docentes, obreros y estudiantes, hubo una reflexión y rediscusión de la organización política espacialmente distribuida y articulada, así como de su importancia como condición para la conquista de mejoras sociales. Esto repercutió directamente en las aulas y en las investigaciones académicas de varios docentes, con lo cual el concepto de territorio gana centralidad por posibilitar, en una concepción renovada a partir del materialismo histórico y dialéctico, la aprehensión de los conflictos sociales y la orientación política para la organización sindical.

El redescubrimiento —o “*descubrimiento*” del territorio, como prefiere Dematteis (1979/1981)— se dio en medio del conflicto social inherente a la organización de la *fábrica-ciudad*, del trabajo y de la reproducción del capital, o de la reorganización *capitalista del territorio de la producción*, como dice Magnaghi (1976). El territorio pasó a ser entendido como producto de relaciones sociales, organizadas política y espacialmente. Los *Consigli di zona* (Concejos de zona) creados a fines de la década de 1960, resultaron de la expansión de la discusión sobre la importancia de la organización territorial, influyendo en el retorno al concepto de territorio en el medio académico.

Algunos profesores e investigadores participaron directamente en las reuniones de los *Consigli di zona*, teniendo contacto directo con el territorio y sus problemas (Dematteis, 2007) y realizando estudios sobre la conciencia de clase de los obreros, comprendiéndola en el seno de las relaciones de clase y encareciendo la necesidad de una praxis política contra el uso capitalista del territorio, como demostraron muy bien Segre y Dematteis (1976), y Dematteis (1980a).

A partir del movimiento obrero y de la organización sindical ocurre la incorporación de aspectos de la teoría de Karl Marx y Friedrich Engels en las ciencias sociales, retornándose en geografía a la interpretación marxista del territorio y la teoría de referencia en los años ‘70s, que implicó una práctica realizada a través de la colaboración de los *Consigli di zona* de los sindicalistas. Estos, a su vez, pretendían facilitar la participación obrera en las decisiones del sindicato estableciendo una *nueva* praxis política. Los *consigli* fueron el

modo hallado para articular el movimiento obrero, que tenía una organización explícitamente territorial y realizada por medio de los sindicatos y de los concejos dispersos y articulados.

También en Italia, otro acontecimiento importante con un carácter político fuerte que refuerza el proceso de revisión de la geografía, fue la creación de grupos de estudio con orientación marxista, principalmente entre 1973 y 1981, involucrando a varios profesores y estudiantes de diferentes universidades italianas. Como manifestación del pensamiento utópico y anárquico de autores como Karl Marx, Friedrich Engels, Elisée Reclus, Patrick Geddes y Pjotr Kropotkin, dicha organización académica y política provocó la renovación de la geografía en ese país.

Sucintamente, hay en diversos países una rediscusión teórico-metodológica de la geografía y de otras ciencias sociales, y la realización de procesos sociales que condicionan la elaboración continua de la producción de conocimiento. Uno de los resultados de ese movimiento es otra comprensión del concepto de territorio; otro, sobre el concepto de paisaje: se destacan autores como Emilio Sereni, Lucio Gambi y Massimo Quaini, que aprehenden la materialidad de las relaciones sociales en el paisaje. La reorganización de la geografía también pasa por la revisión del concepto de espacio geográfico: de una concepción centrada en su carácter absoluto para resaltar y caracterizar las relaciones de clase. El espacio pasa a ser comprendido como *locus* de reproducción de las relaciones de producción, con enfoque económico y político (Lefebvre, 1973 y 1974/1976a).

Obras como las de David Harvey (1969 y 1973), la de Dematteis (1970) y las de Quaini (1974a, 1974b y 1975) son, en geografía, referencias que pueden ser consideradas clásicas en cuanto a la superación de los abordajes positivista y neopositivista, tanto por la discusión teórico-metodológica como por la comprensión relacional del espacio geográfico y del territorio. Podemos sumar a esos tres investigadores, cada cual con su abordaje, al filósofo y sociólogo Henri Lefebvre, también con amplia contribución a la geografía desde los años '50s. Son referencias centradas en el materialismo histórico y dialéctico que sustentan argumentaciones teórico-metodológicas fundamentales para la renovación del pensamiento geográfico.

Estos estudios contribuyen efectivamente en la elaboración de una teoría marxista de la relación espacio-tiempo con un carácter político de transfor-

mación y conquista de justicia social, relación materializada en el paisaje y el territorio. Hay, de modo general, en las ciencias humanas y en lo *real*, cambios cuantitativos y cualitativos que interactúan y determinan *nuevos* contenidos para la ciencia geográfica; son factores y elementos pluridimensionales que forman parte del mundo de la vida. La geografía es, de una manera renovada, resultado de múltiples determinaciones a nivel internacional históricamente condicionadas.

En los años 1960-1970 se produce un movimiento de repolitización del temario de la geografía, con foco en los procesos económicos y políticos, que rehabilita y retoma, con *nuevos* significados, los conceptos de espacio, territorio y paisaje. En Italia, por ejemplo, algunos investigadores constituyen un grupo que da forma a un abordaje denominado *geografía democrática*, centrado en el concepto de territorio y en una concepción materialista y dialéctica. Sus principios teórico-metodológicos coinciden y se encuentran con concepciones consideradas más radicales, denominadas *geografía anárquica*. En ambas perspectivas se problematizan, estudian y apoyan programas de transformación social del territorio y del paisaje, en el campo y en la ciudad.

En resumen, pensar, discutir y establecer acciones de desarrollo territorial significa, en un primer momento, tener una comprensión renovada y crítica del territorio, de la territorialidad y del desarrollo. No basta con sustituir el concepto de región por el de territorio, como comúnmente ocurre en Brasil. Es necesario conocer con claridad sus diferentes abordajes, así como los de territorialidad y desarrollo, como orientación inicial para la reunión de las personas que desean redefinir su forma de vida (Saquet y Sposito, 2008: 29).

También identificamos autores con fuerte influencia gramsciana, relacionados con las teorías de Karl Marx y atentos a la explicación geográfica de las luchas de clase y de la hegemonía impuesta en el proceso de dominación social. El hecho es que, de modo general, se exigía un *nuevo* abordaje y una concepción renovada y crítica, o, según dice Coppola (1979/1981), metodológicamente original y vinculada con los procesos de desarrollo.

Milton Santos, Manoel Seabra, Armando Correa da Silva, Bertha Becker y otros un poco más jóvenes, como Ariovaldo Umbelino de Oliveira y Ruy

Moreira, entre otros/as, a partir del espacio como concepto y categoría de análisis, en ocasiones conjugado con el territorio, construyen elaboraciones teórico-metodológicas que marcaron a la geografía brasileña y continúan influyendo en muchos geógrafos que trabajan en diferentes especialidades de esta ciencia, reconociendo relaciones espacio-temporales y sociales-naturales de manera renovada, reflexiva, crítica y sugerente. Como nuestro foco está en la discusión acerca del territorio, mostramos brevemente que Becker (1983), a partir de la perspectiva elaborada por Claude Raffestin, argumenta en favor de la multidimensionalidad del poder para desenmascarar y explicar los conflictos que ocurren en todos los niveles relacionados de la vida en sociedad. La reproducción social ocurre en el espacio, por medio de las relaciones de clase, de la actuación del Estado, de las empresas y los movimientos sociales. El territorio resulta de las relaciones y del *uso* del espacio. La territorialidad corresponde a las relaciones económicas y políticas y al *aspecto vivido del poder* y del territorio (Saquet y Cichoski, 2013).

Con referencia a la renovación teórico-metodológica y a la recuperación del concepto de territorio con *nuevos* significados, la obra de Dematteis (1970) es fundamental para la historia reciente de la geografía moderna, con bases epistemológicas que ponen en evidencia la necesidad de superación de la dicotomía existente entre geografía física y geografía humana, y entre la geografía positivista y la humanista o cultural. A partir de estudios de Paul Claval y Lucio Gambi, Giuseppe Dematteis caracteriza a la geografía positivista y brega en favor de la geografía histórico-crítica, en la cual el concepto de territorio gana protagonismo en detrimento del de espacio. De ese modo, notamos con facilidad que la clasificación de la obra de Dematteis (1970) hecha por Moraes (1983) es incoherente, pues la obra *Revolução quantitativa e nova Geografia* no incluye una argumentación y defensa de la geografía pragmática y cuantitativa.

El territorio, según Dematteis (1970), es comprendido como una construcción social, con desigualdades sociales y características naturales (clima, suelo, etc.); con relaciones *horizontales* tendidas entre las personas, en la producción y la circulación, abarcando niveles territoriales que varían de lo local a lo planetario, y *verticales* (clima, tipos de culturas, distribución del hábitat, etc.), esto es, una compleja combinación de relaciones territoriales que pueden ser aprehendidas coherentemente mediante un abordaje crítico que reconoce la procesualidad histórica, abordaje innovador para su época.

Giuseppe Dematteis considera, por un lado, la complejidad de los problemas territoriales inherentes a la coexistencia en el espacio y a los hechos heterogéneos relacionados; por otro lado, la articulación entre la discusión teórico-metodológica de la geografía y aspectos de lo *real*: “La naturaleza metodológicamente compleja de la geografía encuentra su fundamento tanto en la heterogeneidad de los fenómenos territoriales, como en la complejidad de la acción volcada a la transformación del propio territorio” (Dematteis, 1970: 64). Justifica el método utilizado para la comprensión de la complejidad y subraya la actuación de los sujetos en la reorganización del territorio, lo cual es otra contribución importante e innovadora en lo que se refiere a los abordajes de la geografía y del concepto de territorios realizados en aquel momento.

Anteriormente, en Dematteis (1964), en una concepción relacional, crítica, plural y transescalar, el concepto de territorio es entendido como producto social, lugar de vida y de relaciones sociales. Estas determinan económica, política y culturalmente las características del territorio. Hay factores *psicológicos* y técnico-económicos. Al estudiar las características de la casa rural, hace ver las relaciones sociales como condicionantes de su forma y organización interna. La casa rural experimenta influencias de distintos *ámbitos territoriales*: de la familia, la vecindad, la *comunidad* y de la sociedad urbana. “La familia, como grupo social, determina la estructura de la casa y, en particular, los lugares para habitación. Tal influencia no es uniforme; varía conforme al modo de concebir las relaciones familiares” (Dematteis, 1964: 242).

Así como existen varios tipos de familias, existe una diversidad de viviendas, también condicionadas por valores urbanos. Estos influyen directamente en la organización de las casas, contacto mediado por las rutas, por las vías férreas, por los diarios, por la televisión, etc., medios que facilitan la movilidad de las personas y la circulación de información. En el territorio hay formas, es decir, las construcciones/viviendas resultantes de las relaciones sociales dadas entre los hombres. “[...] La realidad geográfica del territorio, entendida como red de relaciones entre todos los fenómenos coexistentes y como resultado de un proceso histórico de humanización del ambiente natural” (Dematteis, 1967: 91), es el foco de los estudios de la geografía que considera la relación espacio-tiempo y las relaciones sociedad-naturaleza; así en la década de 1960.

Giuseppe Dematteis destaca las interacciones territoriales (transescalares) entre diferentes lugares y personas. En el *mundo rural* se hacen efectivas

relaciones con la tierra, la familia, con los vecinos, con la *comunidad* y con sujetos de la ciudad. Esos individuos interactúan, en especial, cultural (*psicológica*) y económicamente: esas relaciones son las territorialidades cotidianas. La familia organiza la casa de acuerdo con las características y reglas de su grupo social: las relaciones de vecindad influyen en la organización de la casa; la *comunidad* ejerce influencia con vistas a una *cohesión* (unidad) del grupo, perpetuando su patrimonio cultural. La territorialización traspasa y supera determinadas características del ambiente natural, entendida en una concepción relacional de la geografía y del territorio, ratificada en su obra posterior, en la cual Dematteis (1969) también reconoce el proceso histórico de las relaciones existentes entre ciudad y campo.

El territorio está fundado en comportamientos humanos que involucran la comunicación, la cooperación y el intercambio, formas todas de socialización en cada formación territorial. Giuseppe Dematteis aborda el territorio de manera procesual y relacional, ligado a lo que denomina *espacio-ambiente material modelado* por las fuerzas políticas y de mercado. No hay territorio sin una *trama* de relaciones sociales: ello significa relaciones y redes, articulaciones territoriales o *tramas transescalares* (Cuadro 3), en una concepción múltiple de geografía y de territorio (Dematteis, 1985, 1995 y 1999).

De acuerdo con Dematteis (1985), el territorio se construye social y políticamente; así, se contrapone al pensamiento iluminista, en el que la Tierra significa un *hecho natural*. La Tierra, como una formación territorial, contiene a la naturaleza y a la sociedad humana, o sea, formas de comunicación, intercambio, cooperación, tensiones, conflictos, crisis, cambios y técnicas. De esta manera, el territorio indica una realidad material, resultante de las relaciones sociales y las relaciones sociedad-naturaleza. Hay un proceso de socialización regulado por el mercado y por el Estado.

Existen relaciones *verticales*, de las formaciones sociales con el ecosistema terrestre, y *horizontales*, entre los sujetos. La territorialidad corresponde a esas relaciones de los hombres entre sí y con el ambiente, cada vez más informatizadas, formando redes locales y globales en el proceso de *control cibernético del territorio*. “La geografía descubre la variedad del mundo, se vuelve placentera y apasionante [...]” (Dematteis, 1985: 146) cuando es entendida como descubrimiento y exploración de las innovaciones territoriales, generando *metáforas* de características naturales, históricas, culturales, económicas y políticas,

concepción ratificada posteriormente en favor de la geografía de las redes, las contradicciones, los conflictos, las centralidades y las diferencias, que valoriza la complejidad territorial y los sujetos locales. “La geografía se vuelve agradable e interesante cuando estimula la imaginación, sugiere analogías e hipótesis, descubre en el palimpsesto de la superficie terrestre una organización de nuevas formas y, explorando el ‘espacio’, explora las relaciones que ligan a los individuos entre sí, las clases, los grupos, las naciones, las culturas” (Dematteis, 1995: 13).

Cuadro 3 – Síntesis de la concepción de Giuseppe Dematteis (1964-2008)

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Giuseppe Dematteis	Lucio Gambi Paul Claval David Harvey Massimo Quaini Alberto Magnaghi Jean Gottmann Claude Raffestin Henri Lefebvre	<ul style="list-style-type: none"> - Producto histórico de relaciones económicas, políticas y culturales (sociedad-naturaleza), abarcando el poder, las desigualdades, las identidades y las redes (transescalaridad y flujos). - Campo de dominio realizado por diferentes instituciones. Hay distribución, dispersión y valorización. - Espacio de organización política que busca autonomía y desarrollo local (como condición). - Lugar de vida, relaciones sociales, identidad y patrimonio de la humanidad. 	<ul style="list-style-type: none"> - Conjunto de relaciones sociales definidas históricamente: económicas, culturales y políticas. - Identidades. - Organización y movilización política con vistas a la conquista de la autonomía - <i>activa</i>. 	<ul style="list-style-type: none"> - Crítico y democrático. - Híbrido, multidimensional, histórico y relacional. - Énfasis en el tiempo histórico y las relaciones sociales (transescalaridad de redes): reticular. - Vinculado a los procesos de desarrollo territorial de base local: gobierno y transformación social.

El territorio es producto y condicionante de la reproducción de la sociedad. Los cambios que se dan en la ciudad resultan de procesos políticos, económicos y territoriales, es decir, de factores extralocales y locales y, al mismo tiempo, la ciudad influye directamente en la reproducción de las relaciones sociales establecidas allí históricamente: “Nada se piensa, se hace ni se transforma sin pasar por la materialidad de los lugares [...], por medio de estos [...] pasan, necesariamente, [...] todas las relaciones sociales y sus representaciones conceptuales.” (Dematteis, 1999: 119).

Eso significa que existe una tendencia histórico-crítica que incorpora una definición conceptual, descripciones sistemáticas e interpretaciones sobre la complejidad de los problemas territoriales, o sea, sobre la heterogeneidad, las combinaciones territoriales y la transformación política del propio territorio. Tendencia influida por dos grandes pensadores franceses, Gilles Deleuze y Félix Guattari, y expresada en la obra de 1972, en donde teorizan sobre la desterritorialización y la reterritorialización (*TDR*) mostrando los flujos, las conexiones, las articulaciones, la codificación, la decodificación, el poder, el deseo y la reproducción ampliada del capital (Cuadro 4). El territorio resulta del movimiento constante y concomitante de desterritorialización y reterritorialización, que abarca las (in)materialidades del pensamiento y demás aspectos de la realidad, como ya mostramos en Saquet (2007a).

Cuadro 4 – Una síntesis de la concepción de Gilles Deleuze y Félix Guattari en *El anti-Edipo*: capitalismo y esquizofrenia

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Abordaje
Gilles Deleuze y Félix Guattari	Karl Marx Michel Foucault Henri Lefebvre Maurice Dobb Samir Amin	- Como movimiento, flujos en la rotación del capital. - Codificación y decodificación, signos. - Relaciones de poder. - Transformaciones sociales y <i>TDR</i> (territorialización-desterritorialización-reterritorialización).	- Relacional, material e inmaterial. - Objetivo y subjetivo. - Acento en las redes y el proceso de <i>TDR</i> .

El movimiento de revisión del pensamiento geográfico y de la afirmación cada vez más intensa del abordaje territorial también es revelado por la obra de Vagaggini y Dematteis (1976). Habiendo arrojado luz sobre las características principales y límites de los métodos geográficos *tradicionales*, señalan un *camino* metodológico para la comprensión crítica del contexto económico-social y de la diferenciación territorial, tal como explicara Dematteis (1970).

Para Vincenzo Vagaggini y Giuseppe Dematteis, es con el ideario del materialismo dialéctico que se hace posible una comprensión más coherente de las relaciones inherentes al territorio: totalidad, interconexión, transformación, dinámica y contradicciones. Por eso, los flujos y las redes en *tramas* toman gran importancia en los estudios de geografía y territorio, del mismo modo que el proceso histórico y las relaciones sociales en diferentes niveles escalares (Saquet, 2006a). Existen diversos modos de organizar los elementos materiales de cierta sociedad sobre la parte de la superficie terrestre por ella ocupada y/o controlada, o sea, el territorio. Este último corresponde al espacio ocupado, apropiado y controlado; producto de relaciones sociales de producción que se reproducen cotidianamente.

Paralelamente, Quaini (1974a e 1974b), en sus reflexiones sobre los métodos de la geografía histórica, refuerza ese movimiento innovador de los años 70: entiende el territorio como producto social constituido históricamente, económica, política y culturalmente. En el territorio se da la formación de redes en el mercado y en la naturaleza. En su argumentación, los conceptos de tiempo histórico, sincronía, espacio y territorio son centrales.

El territorio es producto de las relaciones históricamente determinadas, en las cuales hay explotación y expropiación del trabajador. Son las relaciones de producción, en la circulación del capital —según dice Quaini (1974a e 1974b) en un abordaje materialista de las relaciones capital-trabajo— las que construyen y organizan el territorio. El hombre es identificado y caracterizado como sujeto histórico que piensa, trabaja, crea y organiza el territorio. Hay relaciones sociales diacrónicas y sincrónicas, transescalares y dialécticas entre la naturaleza y la sociedad, en una concepción llamada por él, en esa época, *geo-histórica*, o actualmente dialéctica, entre geografía e historia (Quaini, 2009).

Vale la pena notar que anteriormente, a través de la obra publicada en

1968, Massimo Quaini ya mostraba de manera sistemática principios metodológicos que orientarían su pensamiento y actuación durante los años 1970-1980. Escribe y argumenta en favor de una combinación entre geografía e historia, revisitando escritos de Paul Vidal de La Blache, Lucio Gambi, Fernand Braudel, entre otros: “hoy, la historia no es más una ciencia solo de los *hombres*, sino también de los *lugares*, donde se dan acontecimientos históricos (y, por otro lado, [...] la geografía no es solamente una ciencia de los lugares, sino también, y sobre todo, de los hombres)” (Quaini, 1968: 8, cursivas del original).

Además, el autor ya había llamado la atención sobre la necesidad de construir una explicación geográfica que considerase, a la vez, los tiempos de la naturaleza y de la sociedad, lo cual significaba un avance muy importante para su época. Propone una geografía histórica, con acento en la formación del territorio y del paisaje como materialidades. La propia naturaleza significa procesualidad y necesita ser estudiada con un método que reconozca tal movimiento.

La geografía debía estudiar, según Massimo Quaini, la organización espacial sincrónica y diacrónica, el complejo de relaciones existentes entre la sociedad y la naturaleza, en un abordaje materialista histórico y relacional elaborado para comprender la organización territorial, que es compleja, estratificada, articulada, apropiada y construida socialmente, dando directrices también para un abordaje múltiple del territorio, considerando sus dimensiones sociales y la incorporación de la naturaleza, lo cual significaba otra novedad en aquel momento de la historia y la epistemología de la geografía (Cuadro 5).

Quaini (1974a) hace una síntesis teórico-metodológica de alta calidad: en un análisis de la geografía no se puede prescindir del reconocimiento del tiempo en sus dos grandes dimensiones, vale decir, del tiempo histórico y de las coexistencias, en un único complejo espacio-temporal que se hace realidad en diferentes escalas. Así, solamente considerando esas relaciones es que podemos delinear las tendencias evolutivas y el planeamiento necesario en una política territorial, integrando diferentes escalas en el análisis y construcción de programas: local, regional, continental y planetaria, orientando la reapropiación del territorio.

Cuadro 5 - Una síntesis de la concepción de Massimo Quaini

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Massimo Quaini	Karl Marx Friedrich Engels Elisée Reclus Lucio Gambi Giuseppe Dematteis	<ul style="list-style-type: none"> - Producto de relaciones sociales históricamente definidas = relaciones de trabajo con subordinación y expropiación vinculadas a la reproducción ampliada del capital. - Hombre = sujeto histórico que piensa, trabaja, crea y organiza el territorio. - Contiene redes y se expresa en la materialidad del paisaje y del lugar. - Complejo, estratificado, articulado, apropiado y construido socialmente involucrando la naturaleza. 	<ul style="list-style-type: none"> - Corresponde a las relaciones capital-trabajo, vinculadas a la reproducción y valorización del capital. 	<ul style="list-style-type: none"> - Crítico y anárquico. - Materialista, relacional e histórico: diacrónico y sincrónico. - <i>Geo-histórico</i>, implicando la dialéctica historia-naturaleza, con un carácter político de denuncia y proposiciones bien definido, en favor del lugar y de la intervención ecológica.

Es esencial la capacidad de percibir los procesos y las direcciones de los cambios sociales, lo cual requiere el involucramiento del investigador en los movimientos sociales. Para los geógrafos, toman cada vez más importancia movimientos sociales como los realizados contra las inversiones nucleares y la militarización, por ejemplo, y en favor de la reconquista de la identidad cultural o de la participación directa en investigaciones y programas de planeamiento urbano y regional. El territorio es construido socialmente, organizado, planeado, con significados concretos de las *personas* en sus lugares de vida (Quaini, 1978).

Aparecen también, en ese movimiento de revisión y renovación de la geografía, concepciones relacionales, históricas y críticas no marxistas del territorio, como las de Jean Gottmann y Claude Raffestin, ambos con una considerable divulgación a nivel internacional y en Brasil. La obra de Jean Gottmann, después de haber sido desatendida en Brasil durante los años 1970-1980, está

siendo revisada y valorizada. Probablemente Claude Raffestin sea ahora el autor más citado para referirse, en este país, al territorio y a la territorialidad.

Una de las principales obras de síntesis de Jean Gottmann fue elaborada ya en la década de 1940, titulada *De la méthode d'analyse en géographie humaine* (1947), en la que se deja ver la utilización, en su concepción de la geografía, de las nociones de *pioneer fringe*, poblamiento, hábitat, fluidez, circulación e iconografía. La formación de cierto territorio resulta de las relaciones sociales vinculadas a la iconografía y a la circulación. Luego, en las obras de 1952, Jean Gottmann presenta un abordaje que se mueve entre la geografía política y la geografía cultural, destacando la división política del espacio y la diferenciación cultural en escala regional, en una mezcla que muestra particularidades y síntesis más generales de algunos países a partir también de la circulación y de la iconografía (Saquet, 2009c).

Es a partir de las iconografías que se forman, de acuerdo con Gottmann (1952a), los regionalismos y, al mismo tiempo, *nuevas* naciones. Ya la circulación corresponde a la fuerza motriz de cambio a través de flujos. El territorio es entendido como área/repartición controlada a través de una jurisdicción específica en la geopolítica mundial, y al mismo tiempo significa urbanización y flujos, interdependencia, complementariedad, procesos que forman parte del avance de la circulación (Gottmann, 1973, 1975 y 2005). El territorio es fruto de la división social y de la organización política del espacio; espacio controlado, ordenado, usado, interdependiente por medio de las tecnologías y los flujos, y por eso es nacional e internacional.

Para Gottmann (1973 y 2005), la noción de organización política es fundamental como elemento determinante de la organización y repartición del territorio. Repartición definida por la actuación del Estado en favor de su soberanía, a nivel internacional, como institución en la que hay autoridad, delimitación y relaciones externas.

En la relación entre soberanía y territorio hay personas y actividades. Por esa razón, el concepto de territorio no puede ser clasificado como *físico* o como fenómeno *inanimado*; corresponde a un área donde hay un elemento central, que puede ser una autoridad ejerciendo soberanía sobre las personas o sobre el uso de un lugar (Cuadro 6). Igualmente, la territorialidad tampoco puede ser entendida como inanimada: derecho, soberanía, identidad, deseo, circulación, política y jurisdicción son atributos específicos de los hombres, y están

presentes en la constitución del territorio. Este último corresponde a *expresión geográfica* de dominación social en cierta área. Hay comportamientos geopolíticos y *psicológicos* que configuran los territorios a partir de los procesos políticos, económicos y culturales.

Cuadro 6 – Síntesis de la concepción de Jean Gottmann (1947-1980)

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Jean Gottmann	Albert Demangeon Isaiah Bowman Platón Aristóteles Autores del Derecho internacional	<ul style="list-style-type: none"> - Resultado de las acciones de cada sociedad demarcando y controlando el espacio jurídica, cultural y económicamente. - Repartición y uso político del espacio. - Resultado de la circulación, de la iconografía y de los regionalismos. - Énfasis en la soberanía de los Estados (seguridad) y en la interdependencia a nivel internacional (oportunidad). 	<ul style="list-style-type: none"> - Corresponde a la circulación (favorece la fluidez) y a la iconografía (símbolos religiosos y políticos). - Vinculada a la acción del Estado, al mercado, a los regionalismos y a la acción de una autoridad. 	<ul style="list-style-type: none"> - Relacional, histórico, múltiple y crítico no marxista. - Destaca la circulación, iconografía y división política del espacio. - Areal y reticular.

De esa manera, el autor asocia en geografía procesos materiales e inmateriales, areales y reticulares como determinantes y caracterizadores del territorio, argumentando contra lo que denomina *materialismo geográfico muy simple* y a favor de una concepción híbrida e innovadora para su época, y con contribuciones importantes para los tiempos actuales. Efectúa un abordaje histórico y relacional con elementos (in)materiales, construido a partir de principios elaborados por autores como Isaiah Bowman, Albert Demangeon y Henri Bergson, articulando aspectos de las escuelas francesa y norteamericana y, por lo tanto, innovando sustancialmente si se considera la geografía

o las geografías producidas hasta la década de 1960 en aquellos países. Jean Gottmann estuvo al frente, por así decir, de una geografía múltiple, histórica y predominantemente reticular.

Notemos que para Jean Gottmann, territorio significa una construcción social a través de la que los grupos sociales dividen el mundo políticamente. La soberanía es un poderoso factor que tiene influencia en la división política, en cuanto los progresos tecnológicos favorecen gradualmente la movilidad de las personas y la circulación de mercaderías. Las fuerzas políticas y económicas determinan la división (en fracciones) y el control del espacio, juntamente con factores naturales y culturales. La aceleración de las acciones humanas es esencial en la reorganización del espacio, aumentando la interdependencia entre países y empresas (Gottmann, 1980). Las relaciones son múltiples y sustentan inestabilidad y fluidez: el territorio es una síntesis de dominación política-regulación y circulación-fluidez de los procesos económicos, incluyendo el fenómeno *psicológico*.

Claude Raffestin es uno de los autores de la geografía que más se dedica a los estudios territoriales y a la noción de territorialidad, mostrando —con el paso de los años, y a partir de 1967— juntamente con esa noción, la frontera, el paisaje, el poder, las redes, los procesos de *TDR*, el trabajo y las representaciones-imágenes del territorio. Raffestin, en una de sus obras que más nos interesa en este momento, destaca la territorialidad como un conjunto de relaciones que se inscriben en el tiempo y en el espacio: “En todo momento estamos comprometidos en un proceso de relaciones bio-sociales multi-laterales [...]” (1977: 130).

La territorialidad es múltiple, por lo tanto, y se da en la relación sociedad-naturaleza como relaciones simétricas y asimétricas que permiten o no satisfacer las necesidades de los hombres; concepción ratificada en Raffestin y Bresso (1979). Esas relaciones son vividas, dinámicas, y ocurren en diferentes niveles escalares con un carácter permanente o temporario. Una geografía de la territorialidad, de esa manera, requiere la aprehensión de lo *vivido*, por medio de las relaciones simétricas y asimétricas (de poder), posibilitando la comprensión, por ejemplo, de los movimientos de protesta y las revoluciones.

En el territorio hay elementos concretos y abstractos (lenguas, religiones, reglas, etc.) construidos a partir de las territorialidades humanas que abarcan y son abarcadas por las comunicaciones, por los instrumentos técnicos y por procesos políticos en forma de redes de interdependencia (Raffestin & Bresso,

1979; Raffestin, 1986b y 1987). El territorio resulta de las relaciones sociales y de la apropiación históricamente definida.

Raffestin (1980/1993) problematiza y amplía su argumentación a favor de la multidimensionalidad del poder, del territorio y de la territorialidad. Propone un abordaje renovado, interdisciplinar e (in)material del territorio y la territorialidad, incorporando aspectos semiológicos. El territorio es un espacio modificado por el trabajo y revela relaciones de poder; es objetivado por relaciones sociales de dominación, resultado de las territorialidades cotidianas.

Esta organización histórica y relacional del territorio se apoya en la construcción de mallas, nudos y redes que forman *campos* de poder históricamente constituidos. Los actores producen tesituras más o menos delimitables y territorialidades que se inscriben en las dinámicas políticas, económicas y culturales. Las redes, centrales en la producción del territorio, son comprendidas a través de la complementaridad existente entre la circulación y la comunicación, posibilitando los flujos materiales e inmateriales (Cuadro 7).

Es una concepción híbrida, crítica, no marxista, histórica y relacional, en la que la reterritorialización puede darse sobre cualquier espacio (Raffestin, 1984), ampliada a partir de su argumentación presentada en las obras de 1977 y 1978a, cuando se esfuerza en pro de una geografía crítica de la territorialidad, o sea, de las relaciones sociales simétricas y asimétricas de la vida *bio-social*. Geografía de la territorialidad que adquirió forma y significado reticular y de poder, teniendo por referencias a autores como Henri Lefebvre, Jean Gottmann y Michel Foucault.

Territorio concreto y abstracto, resultado y condición de las territorialidades realizadas a través de mediadores, también materiales e inmateriales. La producción territorial combina siempre mallas, nudos y redes de acuerdo con las características de cada sociedad, en la tentativa de obtener su autonomía. Las mallas, los nudos y las redes constituyen el *sistema territorial* con el que cada sociedad regula sus relaciones con el espacio en el curso del proceso de TDR. El territorio es resultado de ese movimiento que abarca las relaciones sociedad-naturaleza por medio de la proyección del trabajo en el espacio y de su apropiación históricamente determinada.

El territorio también es desterritorializado y reterritorializado con el paso del tiempo, en virtud de factores económicos, políticos y culturales (Raffestin, 1984, 1986a, 1987 y 2005), concepción construida con significativa influencia

de Michel Foucault, principalmente sobre las relaciones de poder comprendidas multidimensionalmente, o sea, en el ámbito de la totalidad de las relaciones sociales cotidianas, significando a la vez materialidad e inmaterialidad.

Consecuentemente afirma Quaini: “[...] Creo que podemos decir que la geografía del poder que Raffestin construyó en los años 1979-1980 se configura como la realización de un programa foucaultiano que encontró en el poder el hilo conductor que puede permitir al geógrafo no perderse en el laberinto de la geografía” (2007: 248). Poder que consigue llegar a las conductas más tenues e individuales, influyendo, controlando, regulando, normativizando, incitando, censurando o posibilitando, significando una multiplicidad de relaciones de fuerza inmanentes al dominio donde son ejercidas (Foucault, 1988/2007) y constituyendo el territorio. El poder es multidimensional, y es reproducido cotidianamente en diferentes situaciones, a cada instante, en toda relación social, en las familias, el Estado, las empresas y las demás instituciones; es plural y móvil.

Cuadro 7 – Síntesis de la concepción de Claude Raffestin (1967-2010)

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Claude Raffestin	Pierre Monbeig Luis Prieto Sergio Moscovici Michel Foucault Henri Lefebvre Edward Soja Gilles Deleuze Félix Guattari Franco Farinelli Eugenio Turri Angelo Turco	<ul style="list-style-type: none"> - Como fronteras y frentes de ocupación/ poblamiento: economía y geopolítica. - Espacio modificado por el trabajo (construido). - Resultado de las relaciones de poder multidimensionales. - Contiene signos de la vida cotidiana; redes de circulación y comunicación; tesituras y nudos – <i>sistema territorial</i>. - Producto y condición del proceso de <i>TDR</i>. - Producto histórico, relacional y material. 	<ul style="list-style-type: none"> - Significa relaciones de poder: alteridad y exterioridad. - Relaciones <i>bio-sociales</i> y múltiples (económicas, políticas y culturales). - Corresponde a lo vivido espacio-temporalmente. - Significa organización y movilización política con vistas a la conquista de la autonomía. 	<ul style="list-style-type: none"> - Híbrido-multidimensional. - Relacional, reticular, histórico y crítico no marxista. - Acento en las redes, tesituras, nudos y relaciones de poder (territorialidades). - (In)material abarcando el territorio y el paisaje.

En síntesis, en esta discusión más bien teórico-metodológica, geógrafos como Jean Gottmann, Massimo Quaini, Giuseppe Dematteis, Claude Raffestin —entre otros no desarrollados en este texto, como Pasquale Coppola, Franco Farinelli, Vincenzo Guarrasi, Milton Santos, Armando Correia da Silva, David Harvey, Sérgio Conti, Edward Soja, Berta Becker y Paul Claval—, si bien con aspectos que diferencian sustancialmente sus abordajes y concepciones, hacen una contribución muy específica, en general distinta de las concepciones de sociólogos y filósofos: el reconocimiento de la materialidad y/o de la inmaterialidad del espacio, del territorio o del paisaje, tanto a través de las formas como de las relaciones sociales históricamente definidas y que muestran el movimiento diacrónico y/o sincrónico.

Específicamente sobre el abordaje territorial en geografía, Giuseppe Dematteis, Massimo Quaini, Jean Gottmann y Claude Raffestin muestran entre los años 1940 y 1970, cada uno con sus singularidades, las relaciones sociales/territorialidades, el poder, las contradicciones, las desigualdades, las redes, las demarcaciones, las apropiaciones, la procesualidad histórica y la necesidad de transformación social.

Al mismo tiempo, en la década de 1970 tuvieron gran importancia otras concepciones de carácter empírico-reflexivo de otras ciencias, que pueden ser consideradas críticas y radicales sobre el uso económico y político del territorio, como la de Indovina y Calabi (1974), quienes elaboran un abordaje materialista de la organización social cuyas bases están en la teoría del valor de Karl Marx. Tienen la clara intención de generar un *nuevo* planeamiento urbano en la reorganización del territorio con implicaciones directas en la organización política, como revela la concepción de Magnaghi (1976) que será comentada a continuación.

Francesco Indovina y Donatella Calabi también contribuyen al entendimiento del movimiento en el territorio a partir de su apropiación y de su uso por los agentes del capital. Para estos autores hay un *uso capitalista del territorio*, mediado por el proceso de producción, por la circulación y por la valorización del capital, y también por la reproducción de la fuerza de trabajo. Tal abordaje tuvo una larga difusión en Italia en la década de 1970, y también en Brasil, especialmente en estudios de geografía económica y urbana realizados en el nivel de posgraduación (disertaciones y tesis).

Hay diferentes *usos* del territorio: para producción, para circulación y va-

lorización del capital, para reproducción de la fuerza de trabajo. La circulación abarca, al mismo tiempo, los demás procesos citados, como el intercambio y el consumo; esto es, el territorio es *usado* y transformado en MCP (modo capitalista de producción), proceso centrado en la concentración del capital. Es configurado por las fuerzas y relaciones de producción, juntamente con las contradicciones y conflictualidades que involucran al Estado (Indovina & Calabi, 1974).

Para los autores, la producción es el *primer uso* del territorio, por medio del que se extrae plusvalía, o sea, el territorio se materializa como *capital constante*. En el uso para circulación suceden los *ciclos* de relación D-M-D' que dependen de la capacidad de consumo históricamente definida, en el campo y especialmente en la ciudad. En el uso para reproducción de la fuerza de trabajo, los autores hacen ver los deseos de los trabajadores, los costos de transportes, habitación, etc., elementos que interfieren en la organización territorial que, a su vez, influye en la reproducción de los trabajadores, encareciendo o no el costo de vida, lo cual incluye la cuestión de la renta. Los diferentes niveles de renta interfieren directamente en el uso y apropiación del territorio a partir de los componentes *puntiformes* y relacionales; hay *puntos* como fábricas y residencias. Las relaciones están ligadas a las condiciones *infraestructurales*, y son internas y externas, formando *mallas* (Cuadro 8).

En la expansión del capitalismo, las fuerzas productivas y las relaciones de producción dan forma y significados al territorio. Esa organización es mediada por relaciones políticas inherentes a los conflictos derivados de las relaciones capital-trabajo. El territorio es construido socialmente y, al mismo tiempo, es condición para la valorización del capital, mediando la extracción de plusvalía, en una comprensión eminentemente relacional de territorio.

Según Francesco Indovina y Donatella Calabi, el uso del territorio tiende a facilitar, a través de la localización productiva y de las obras construidas, la extracción de plusvalía. La realización de la plusvalía se da en la circulación y en el consumo de las mercaderías, lo cual está ligado al uso y reutilización del territorio para la reproducción de la fuerza de trabajo. Trabajadores y consumidores están normalmente concentrados en la ciudad, considerada el componente territorial más significativo en la circulación y reproducción

ampliada del capital. En ella ocurre el consumo de mercaderías y de la propia ciudad a través de sus valores de uso y de intercambio.

Cuadro 8 - Una síntesis de la concepción de Francesco Indovina y Donatella Calabi en la década de 1970

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Francesco Indovina y Donatella Calabi	Karl Marx Manuel Castells	<ul style="list-style-type: none"> - Producto y condición de las relaciones capitalistas de producción junto con la actuación del Estado. - Resultado del uso y apropiación del espacio para producción, circulación, valorización del capital y reproducción de los trabajadores. - Contiene <i>puntos-fijos</i>; relaciones de dominación y mallas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Corresponde a las relaciones capital-trabajo, vinculadas a la reproducción y valorización del capital. 	<ul style="list-style-type: none"> - Crítico marxista. - Materialista, relacional y con un carácter político de denuncia bien definido. - Énfasis en los procesos económicos y políticos.

El territorio organizado históricamente significa, en el abordaje de Indovina y Calabi (1974), construcciones/edificaciones, relaciones sociales, dominación, apropiación e interconexión realizada en el interior de la dinámica territorializadora del capital: "Así, un análisis del territorio, teniendo sus propios instrumentos, se debe configurar como lectura del proceso complejo y específico del capital" (p. 220).

Indovina (1976) y Magnaghi (1976) refuerzan esa concepción relacional, crítica y marxista, comprendiendo al territorio de forma similar a Indovina y Calabi (1974) y, por lo tanto, destacando también el *uso capitalista del territorio*. El modo como este es usado depende de la dinámica mercantil de apropiación y reproducción ampliada del capital. El territorio es

medio de producción social, organizado y generado por sujetos sociales, políticos y económicos.

Podemos aun, en líneas generales, verificar la inspiración teórico-metodológica en la década de 1970 en obras de autores menos conocidos como Augusto Buscagli, Marino Folin, Berardo Secchi, Miro Allione y Sergio Conti, que muestran aspectos descriptivos y analíticos de la organización capitalista del territorio a través de las infraestructuras instaladas, de la actuación del Estado, de la especulación inmobiliaria y de la construcción civil. El abordaje es eminentemente económico y estructural, relacionando las fuerzas del capital con la actuación del Estado en el uso del territorio y en la reproducción ampliada del capital.

Otra concepción territorial formulada fuera de la geografía y ampliamente difundida en la década de 1970 es la de Magnaghi (1976), también materialista, según la cual territorio significa flujos, normas, conflictos, influencia y dominación, gestión político-económica, redes intra y extralocales, valorización del capital y relaciones de poder; es producto y condición de los procesos sociales. Su concepción tiene una fuerte connotación crítica y política, aspecto común entre las perspectivas que estamos comentando. Su participación directa en la organización de los *Quaderni del Territorio* (Cuadernos del Territorio) muestra su involucramiento en la elaboración de un abordaje científico de denuncia, con inspiración anárquica, y de transformación de la realidad social (Cuadro 9).

Así, es importante destacar, junto con Alberto Magnaghi, que hay un *modo de producción del territorio* inherente a la expansión del capitalismo y sus aspectos culturales y políticos. Se trataba de hacer una confrontación entre el *nuevo modelo de desarrollo* que el capital estaba poniendo en evidencia y el *nuevo modelo de desarrollo* que emergía de la institucionalización de los organismos de poder de los obreros, o sea, entre los organismos democráticos de planeamiento del territorio y los poderes de las multinacionales.

Es comprendiendo el comportamiento político de los obreros que podemos repensar su organización en el movimiento de lucha contra los agentes del capital. Por eso, la noción de apropiación política del territorio adquiere protagonismo como un mecanismo fundamental para la transformación de la realidad vigente a través de la creación de *nuevas* formas de organización

política y del territorio. Es una lectura fundamental para cualificar los debates y las propuestas de desarrollo territorial de base local, que considera, en palabras de Magnaghi (2000), la coevolución sociedad-naturaleza, las identidades y la sustentabilidad, esto es, el territorio como patrimonio de la humanidad.

Cuadro 9 - Síntesis de la concepción de Alberto Magnaghi

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Alberto Magnaghi	Francesco Indovina Giuseppe Dematteis Claude Raffestin Arnaldo Bagnasco Angelo Turco Eugenio Turri	<ul style="list-style-type: none"> - Producto y condición de relaciones de poder y normas. - Vinculado a la valorización del capital. - Contiene apropiación, flujos, redes, identidad y lugar. - Resultado de la coevolución social-natural. - Lugar de organización política con vistas a la autonomía y al desarrollo sustentable. - Patrimonio de la humanidad. 	<ul style="list-style-type: none"> - Corresponde a las relaciones políticas y capital-trabajo, en la apropiación y uso del territorio. - Como movilización y organización política. 	<ul style="list-style-type: none"> - Crítico y anárquico. - Materialista. - Relacional y reticular. - (In)material y vinculado a los procesos de conquista de autonomía y desarrollo.

Una concepción también pionera, renovada, crítica y relacional, aunque no marxista, fue elaborada por Bagnasco (1977 y 1978), sociólogo, en un híbrido de argumentaciones construidas a partir de las obras de Antonio Gramsci y Max Weber (Cuadro 10). Los territorios son dinamizados por sociedades específicas, distintas entre sí en cuanto a la estructura de clase, sistema político, economía y procesos culturales, que se articulan y se territorializan. Hay articulación territorial entre las clases sociales en el interior del movimiento de acumulación de capital. El territorio resulta de la procesualidad social, que

es económica, política y cultural, sustentando formaciones sociales y territoriales distintas y articuladas. La *articulación territorial del desarrollo* es una realidad establecida en un lapso de larga duración, resultante de múltiples determinaciones.

Cuadro 10 - Una síntesis de la concepción de Arnaldo Bagnasco en la década de 1970

	Principales referencias	Comprensión del territorio	Territorialidad	Abordaje
Arnaldo Bagnasco	Antonio Gramsci Max Weber	<ul style="list-style-type: none"> - Área con características específicas: económicas, políticas y culturales. - Articulaciones territoriales entre las clases sociales. - Construido espacio-temporalmente. - Lugar y red de lugares, con dispersión y difusión. 	<ul style="list-style-type: none"> - Corresponde a las relaciones económicas, políticas y culturales entre las diferentes clases sociales. 	<ul style="list-style-type: none"> - Territorial de desarrollo. - Neo-weberiano (multidimensional). - Relacional. - Histórico. - Concilia la relación área-red.

Este autor propone claramente la elaboración de un *paradigma para el análisis territorial*, como forma de superar las lecturas meramente descriptivas del desarrollo regional que se habían hecho hasta entonces, propuesta que juzgamos de gran relevancia en la actualidad. Es un análisis que aprehende las conexiones y relaciones de poder entre las clases sociales y las relaciones entre los territorios (regiones desigualmente desarrolladas) como procesos coexistentes en el tiempo y en el espacio (Bagnasco, 1978), mostrando los procesos económicos, culturales y políticos.

Ya en Bagnasco (1977), los *distritos industriales* italianos son entendidos como una *categoría de formación territorial* y formados por *sistemas productivos locales*, resultantes de la actuación del Estado, del mercado, de las clases sociales y de las identidades locales. Es un *fenómeno complejo* articulado con la división internacional del trabajo. Sucintamente, los *distritos industriales* están *difundidos* en el territorio y son formados por pequeñas y medianas empresas

concentradas, sustantivando una realidad *heterogénea y plural* que abarca, históricamente, pequeñas unidades agrícolas y de negocio.

En una obra posterior, Bagnasco (1988) actualiza y completa esta apreciación, destacando cuatro mecanismos de regulación económica presentes en la territorialización del desarrollo: a) la *reciprocidad* entre los individuos o instituciones; b) el *mercado*, creador de relaciones y acciones sociales; c) la *organización*, interna y externa, de cada empresa; y d) la *política*, como forma de intervención en favor de los intereses de determinados grupos sociales.

Por último, es importante observar que, aun cuando en este texto estemos exponiendo concepciones de territorio, la renovación de la geografía pasa por las discusiones y actualizaciones de los conceptos de paisaje y espacio geográfico. Puesto que este último ya fue estudiado sistemáticamente por geógrafos brasileños, tales como Milton Santos, Ruy Moreira, Roberto Lobato Corrêa y Armando Corrêa da Silva, reseñaremos sucintamente nada más que el concepto de paisaje.

El paisaje pasa por constantes revisiones en el curso de los siglos XIX y XX, especialmente en los años 1950-1970 en Francia, Rusia e Italia, por ejemplo. Fue con la emergencia de la ecología que el concepto de sistema se incorporó a los estudios del paisaje, sustantivando cambios cualitativos en los abordajes hechos hasta entonces. La escuela soviética, que emergió en el final del siglo XIX liderada por Sotchava, fue la primera en utilizar el término geosistema como modelo y concepto teórico aplicado a cualquier paisaje. Entretanto, en ese análisis, el hombre no era considerado como integrante de la naturaleza, manteniendo los contornos del abordaje de Alexander von Humboldt. Fue en Francia, con investigadores como Bertrand y Tricart, que el concepto de paisaje ganó *nuevos* significados por medio de la noción de geosistema, que intenta explicar la estructura, el funcionamiento y la dinámica de los paisajes.

En Italia, como ya mencionamos en Saquet (2007a), durante las décadas de 1960 y 1970 el concepto de paisaje fue trabajado con base en el materialismo histórico y dialéctico, de acuerdo con autores como Emilio Sereni, Lucio Gambi y Massimo Quaini, quienes elaboraron un abordaje histórico-crítico y relacional del mismo.

Para Gambi (1961), el paisaje es construido por el hombre históricamente, y abarca elementos materiales y visibles; corresponde a una manifestación superficial de la *realidad estructural territorial*; el paisaje resulta de procesos

de diferenciación que se materializan en el territorio. Su énfasis es para los factores sociales (económicos y políticos) y naturales. Para Sereni (1961) —con una comprensión similar a la de Lucio Gambi— el paisaje es producto de las actividades de los hombres de acuerdo con su *forma de vida*, conflictos e innovaciones; corresponde a las condiciones materiales de la historia o a la organización económico-social del espacio. En esa misma perspectiva materialista, Quaini (1973a y 1973b) entiende el paisaje como producto histórico, con mutaciones y permanencias resultantes de una combinación de factores ambientales e históricos, principalmente de técnicas, sistemas de cultivo y circuitos comerciales presentes en la organización territorial. Entre las diferentes regiones hay ritmos de desarrollo y distintos paisajes que coexisten en el tiempo. Para Massimo Quaini, los paisajes tienen una materialidad y resultan de la combinación histórica y relacional de procesos sociales y naturales.

También existen abordajes críticos no marxistas del paisaje, fenomenológicos, como el elaborado por Turri (1974/2008): el paisaje corresponde a una trama de signos, resultado de diferentes motivaciones culturales. Comprenderlo significa leer los signos que el hombre imprime en él por medio de *operaciones* culturales. “El paisaje no es solamente un espejo del mundo, de su tiempo y de su espacio: corresponde a una realidad geográfica, a un modo de ser de la tierra donde estamos implicados directa y cotidianamente” (Turri, 1974/2008: 88). La observación no es suficiente para definirlo, pues este incluye un contenido que precisa ser interpretado por medio de nuestras experiencias sensibles. De esta forma, el énfasis de Eugenio Turri en su concepción de la geografía es para la percepción del paisaje, sin desestimar la materialidad de las formas del espacio. Lleva a cabo un abordaje centrado en el hombre y en los signos. Finalmente, son dos perspectivas distintas de la geografía y del paisaje: una materialista y otra fenomenológica, como en cierto modo ocurrió con el concepto de espacio geográfico.

De manera general, en las concepciones territoriales identificadas y presentadas aquí hay afinidad en cuanto a la inspiración en los principios de la utopía social y las proposiciones de la geografía histórico-crítica, intentando siempre superar abordajes positivistas, románticos y neopositivistas (pragmáticos y tecnicistas), combinando factores y procesos sociales y naturales en la explicación geográfica. Las concepciones predominantes sobre el territorio son materialistas o híbridas-multidimensionales, y originan diferentes expli-

caciones. Algunas de ellas contienen varios principios de la utopía difundida en el Renacimiento, del socialismo utópico del siglo XIX, del materialismo histórico y dialéctico, y de movimientos sociales políticamente organizados en forma de una praxis de denuncia y transformación del orden vigente, privilegiando, en palabras de Quaini (1975), al hombre, el *derecho a la ciudad*, la participación popular en la toma de decisiones y la comprensión de los conflictos y de las contradicciones en cada relación espacio-tiempo. Relación esta última, en sus dimensiones diacrónica y sincrónica, destacada de forma coherente en diferentes obras de Massimo Quaini, Giuseppe Dematteis, Claude Raffestin, Arnaldo Bagnasco y Milton Santos, por ejemplo.

Es importante notar, aunque de modo sucinto, otros aspectos generales que juzgamos fundamentales.

La contradicción fundamental del modo capitalista de producción pasa a ser comprendida, especialmente en la geografía, por medio de la formación del territorio, del espacio y del paisaje, más allá de las luchas de clase. Es una contradicción presente en la relación sociedad-espacio que genera paisajes y territorios. Así, tanto el territorio como el paisaje se vuelven niveles espaciales estratégicos en los conflictos sociales, en la organización y transformación política a partir de los movimientos sociales. El territorio es objeto de estudio y, al mismo tiempo, objetivo de prácticas políticas locales que no prescinden de una elaboración teórica, hallada en las teorías de Karl Marx, Antonio Gramsci, Vladimir Lenin y otros como Elisée Reclus y Pjotr Kropotkin.

Notamos que el uso predominante de categorías del materialismo histórico y dialéctico resulta de respuestas dadas a los problemas sociales y territoriales emergentes hacia el final de los años 60 y durante la década de 1970; de contradicciones y embates internos a la ciencia geográfica y de relaciones dialógicas establecidas entre geógrafos e investigadores de otras ciencias sociales. Eso ocurre en diferentes países con una tendencia muy fuerte iniciada con la crítica historicista al paradigma positivista-“ambientalista” que, al mismo tiempo, hacía explícita la necesidad de acciones políticas íntimamente relacionadas con las investigaciones científicas.

Se elaboran, de manera concomitante, en geografía y en otras ciencias sociales, concepciones críticas no marxistas de territorio, paisaje, identidad, poder y desarrollo, orientando también lecturas significativas de aspectos de los procesos territoriales contextualizados, aunque no tan vinculadas a la resigni-

ficación, por ejemplo, de las relaciones de poder, de trabajo y de dominación.

Se produce una geografía inter-transdisciplinar, o mejor, geografías con diferentes explicaciones, pero con acento en las denuncias, problematizando, explicando y proponiendo perspectivas de transformación política del territorio, del espacio y del paisaje. Perspectivas que pueden ser denominadas histórico-críticas marxistas y no marxistas. La primera puede ser caratulada de democrática, en consonancia con Giuseppe Dematteis, o de radical y anárquica, según Massimo Quaini, contribuyendo efectivamente a la renovación histórico-crítica de la geografía con la realización de investigaciones, la formación académica y la elaboración de programas y proyectos políticos de desarrollo y reordenamiento del territorio, valorizando el patrimonio histórico-cultural, los paisajes, el saber hacer, las pequeñas empresas, la participación popular; en fin, el lugar de convivencia cotidiana, desdoblamientos que han sido revelados recientemente, por ejemplo, por las obras de Magnaghi (2000), Dematteis (2001), Quaini (2004 y 2006), Dansero y Bagliani (2005), Dematteis y Governi (2005a y 2005b), Bignante y Scarponchi (2008) y Dansero (1996 y 2008); y en Brasil, por las de Saquet (2007a, 2011a, 2011b, 2013a, 2014a y 2014b), Saquet y Sposito (2008), Saquet, et. al. (2010), Saquet, Souza y Santos (2010), Saquet, Dansero y Candiotto (2012), y Saquet, Gaiovicz, Meira y Souza (2012).

Estos autores hacen visible ya el territorio, ya el paisaje, ya el lugar, siempre vinculados a los procesos de desarrollo y con base en perspectivas epistemológicas renovadas y críticas, de manera similar a como lo hacen Fernandes (1996) y Souza (1995). Algunos aspectos más específicos que se destacan de las perspectivas descritas en este capítulo necesitan ser explicados para problematizar la discusión que haremos en el capítulo próximo:

La consideración del tiempo histórico y de las articulaciones transescalares (relaciones sociales y redes) como productos de la relación espacio-tiempo y de las relaciones sociales; énfasis a partir de los años 80 en la recuperación y protección del ambiente, junto con la defensa del mantenimiento de las identidades locales como patrimonio histórico y de la sociedad en general. Identidad, naturaleza y desarrollo territorial son temas y procesos centrales en estudios de geografía y de otras ciencias.

El reconocimiento del proceso de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, en el mismo o en diferentes lugares. Se muestran y se explican los cambios sociales y espaciales ocurridos con la globalización y con

los procesos de reterritorialización vinculados a la valorización del capital, sus efectos, impactos e implicaciones en el campo y en la ciudad.

La relación idea-materia también se destaca, traducida en el estudio de procesos de la economía, de la política y de la cultura en la formación de los territorios y de las territorialidades.

La comprensión del territorio como movimiento, o sea, que es construido social e históricamente por los agentes del capital y del Estado, involucrando diferentes clases sociales (relaciones de poder), intereses e intencionalidades, tales como la formación de redes de circulación, las apropiaciones del espacio, el uso, la dominación y la gestión orientada al desarrollo territorial. **Así, el territorio también es entendido como espacio de organización, lucha y resistencia política y cultural**, más allá de su sustantivación en virtud de factores y procesos económicos, culturales y naturales, concepción íntimamente relacionada con la conquista de la autonomía y el desarrollo con mayor equidad social.

De hecho, la elaboración de abordajes y concepciones contiene elementos muy significativos del materialismo histórico y dialéctico incorporados a la geografía desde los años 1960-1970; los estudios toman otra dirección a partir de los 80, hacia la llamada cuestión ambiental, sin descuidar los procesos simbólicos e identitarios de cada lugar. Las redes de circulación y comunicación también ganan énfasis a partir de los años 1980-1990, juntamente con la industrialización, la urbanización y los movimientos sociales, todos procesos sociales y territoriales que condicionan la revisión y actualización constante del pensamiento, fortaleciéndose concepciones híbridas y manteniendo el foco en la búsqueda de un desarrollo socialmente más justo, considerando la preservación del ambiente, en un movimiento muy importante, sin guerras, de resistencia a la globalización y en favor de los pueblos y de los lugares, como detallaremos en el capítulo 5.

Estudiar el territorio en esa perspectiva de praxis significa considerar el paisaje, el lugar, el espacio, el tiempo, según indicamos en Saquet (2000, 2001/2003, 2005, 2006a y 2007a). Un proyecto de transformación del territorio pasa, necesariamente, por la comprensión de la sociedad y de la naturaleza, por la gestión participativa, por la reunión de los sujetos-objetos y por la construcción de *nuevas* territorialidades y *nuevos* territorios que posibiliten la sustentabilidad y la gobernabilidad colectiva en busca de la autonomía,

redimensionando las relaciones de poder para valorizar a los sujetos de cada lugar, sus patrimonios y la planificación democrática en detrimento de las tecnologías inapropiadas y de la acumulación intensiva de capital.

De esa manera, antes de detallar cómo estamos comprendiendo y trabajando las territorialidades, las temporalidades y el desarrollo territorial de acuerdo a iniciativas de cooperación y solidaridad, necesitamos aclarar cómo entendemos y estamos utilizando los conceptos de tiempo y territorio a partir de lo expuesto al final de los capítulos 1 y 2, articulando tiempo-espacio-territorio como orientación inicial para la realización de estudios territoriales y para la construcción democrática de procesos de desarrollo territorial de base local.

3. Los tiempos-espacios-territorios

Didácticamente, estamos pensando el tiempo a partir de dos grandes movimientos unitarios, aunque distintos: a) el tiempo de las **coexistencias** — como sostienen Dematteis (1964, 1967, 1969, 1985, 1995, 1997, 2001 y 2008a), Quaini (1973b, 1974b), Santos (1978, 1988, 1994b y 1996), Saquet (1996/2002, 2001/2003, 2005, 2006a, 2007a, 2007b y 2009a), Dematteis y Governa (2003 y 2005b) y Raffestin (1977, 1980/1993, 2003, 2005 y 2009a)— correspondiente a las simultaneidades en el espacio, esto es, a los fenómenos y procesos que ocurren al mismo tiempo, en el mismo lugar o entre lugares diferentes, aprehendidos solamente por medio de un abordaje relacional; b) el tiempo **histórico**, comprendido como flujo continuo, en el que la definición de períodos, *comienzos* y *finés* es relativa y aproximada; el tiempo es duración y movimiento; discontinuo, con *saltos* y *superaciones* en la perspectiva dialéctica trabajada por Lefebvre (1969/1995). La unidad de esos tiempos está en la relación espacio-tiempo.

Relación trabajada concomitante y coherentemente por varios autores en geografía, tales como Gottmann (1952a y 1973), Quaini (1968, 1973b, 1974a, 1976a, 2006 y 2009), Raffestin (1977, 1978b, 2003, 2005, 2009a y 2010), Dematteis y Governa (2003 y 2005b), Dematteis (1967, 1970 y 1985), entre otros/as, juntamente con autores brasileños como Santos (1978, 1988, 1994b y 1996), Abreu (1997 y 1998), Moreira (2007) y Saquet (1996/2002, 2000, 2001/2003, 2005, 2006b, 2007a, 2007b, 2009a, 2009 b y 2013a), solo por citar algunos ejemplos. El tiempo histórico y el de la simultaneidad son un único movimiento universal. “Tenemos, sin dudas, un tiempo universal. Tiempo despótico, instrumento de medida hegemónico, que comanda el tiempo de los otros” (Santos, 1994b: 31). Se trata de un tiempo continuo, sin posibilidades de retorno, en constante transformación, que incluye discontinuidades sociales y naturales.

Los tiempos son tiempos desiguales, vividos en cada dialéctica espacio-tiempo, pero se da también una relación singular y universal, en diferentes velocidades, complejidades e intensidades. [...] Sin las temporalidades en el espacio y en el territorio. No existe una homogeneidad en el espacio ni en el territorio, sino una heterogeneidad de tiempos y territorios en cada unidad espacial de análisis, ya sea en el lugar, el país, etc. El *nuevo* no llega a todos los lugares en el mismo momento temporal, ni se objetiva necesariamente al mismo tiempo con el mismo ritmo y con la misma intensidad en diferentes actividades y lugares. Los tiempos se concretan en lugares distintos y simultáneamente, con ritmos lentos o más rápidos (Saquet, 2001/2003: 19-21).

El tiempo presente, pasado y futuro indica procesualidad y simultaneidad, esto es, significa **transtemporalidad procesual y coexistente**. La transtemporalidad procesual corresponde a las fases, las sucesiones, los períodos y los momentos históricos. La transtemporalidad coexistente se traduce en relaciones y situaciones concomitantes, similares o diferentes, o sea, en temporalidades-ritmos, trans-multiescalaridades y transterritorialidades que acontecen en el mismo o entre lugares diferentes, aunque siempre relacionadas en unidad. Vivimos múltiples temporalidades al mismo tiempo, pasadas, presentes y futuras, así como múltiples territorialidades simultáneamente, locales y extralocales. Hay temporalidades y territorialidades concomitantes, abarcando o siendo abarcadas por los dominios de lo social y lo natural (Saquet, 2000, 2001/2003, 2005, 2007a y 2009a).

En geografía es necesario considerar la relación diacronía-sincronía, y reconocer la relación pasado-presente-futuro formada por una miríada de procesos dialécticos y superposiciones-coexistencias que denominamos transtemporalidades. “[...] Es preciso reconocer la peculiaridad de los hechos de poblamiento, de las construcciones y de los ritmos de desarrollo, sin perder de vista la unidad de los fenómenos humanos [...]” (Quaini, 1973b: 720).

Más recientemente, Massimo Quaini, Milton Santos y otros autores reafirman la centralidad e importancia de la relación espacio-tiempo en los estudios de la geografía.

Pero, en nuestros días, la propuesta de Braudel de un *tiempo largo* y de

un *tiempo corto* perderá eficacia [...] si a esa oposición no superponemos esta otra idea, que sugerimos sea igualmente expresada en dos términos opuestos: la noción de un *tiempo rápido* al que se antepone un *tiempo lento* (Santos, 1996: 212, cursivas del original).

Como el tiempo más rápido no comprende la sociedad en todo su conjunto al mismo tiempo, hay ritmos y heterogeneidad, o sea, temporalidades en el tiempo y en el espacio. Nosotros envejecemos, los demás animales envejecen, cosa que ocurre también con las plantas, con el planeta, con el sol, con el universo. Hay allí, queramos o no, un carácter irreversible. “El cambio puede operarse en nosotros a un ritmo lento, mas no por ello es menos continuo ‘en el tiempo y en el espacio’: todos envejecemos cada vez más, todos formamos parte de una sociedad en evolución, y todos somos habitantes de esta Tierra que no para de moverse” (Elias, 1984/1998: 81). Presente, pasado y futuro expresan la relación establecida en el movimiento entre cambios y experiencias de vida, vinculada a las nociones de duración, proceso e instante. Cierta instante en la procesualidad histórica solo tiene significado en el presente, como afirma Norbert Elias, en relación con el ser humano que lo esté viviendo. Otros aspectos, para el mismo individuo, pueden asumir el significado de pasado o futuro. Es una cuestión de vida, percepción, sentimiento; todavía, presente, pasado y futuro se diferencian y coexisten, uno está en el otro.

Didácticamente, podemos definir períodos o fases de duración continua, intervalos-recortes del movimiento o escalas de medición del tiempo, en un *continuum* de dis-continuidades, sabiendo que el movimiento del tiempo depende de nuestras mediciones. Un recurso que tenemos es la identificación y clasificación, desde nuestro punto de vista didáctica, hecha por el historiador Fernand Braudel. Duración que puede ser recortada, periodizada o descompuesta en tiempos *breves, cortos y largos*, a partir de las características del evento estudiado, con sus rupturas y permanencias. “Cada ‘actualidad’ reúne movimientos de origen y ritmo diferentes: el tiempo de hoy data, al mismo tiempo, de ayer, de anteayer, de otro tiempo” (Braudel, 1969/1978: 54).

Son las temporalidades históricas, fundamentales en la determinación y caracterización del espacio y del territorio. Podemos pensar, así, en tiempos de larga duración y de ritmo más lento, en tiempos cortos de ritmos más rápidos. Hay una procesualidad y pluralidad de ritmos, como observara co-

herentemente Dosse (1992); o una acumulación desigual de tiempos, para Santos (1978), o sea, la superposición de tiempos históricos se da por medio de relaciones y elementos de distintas edades presentes sincrónicamente, trabajados por nosotros en la perspectiva de las transtemporalidades históricas y coexistentes-relacionales.

Es preciso que tal proceso histórico sea tenido en consideración para comprender y explicar las transformaciones y las continuidades territoriales. “Hay, de hecho, en cada situación territorial, una relación de continuidad con las situaciones anteriores [...], donde el paisaje se hace y se rehace incesantemente, donde el nuevo es edificado sobre el existente, transformándolo o anulando sus marcas [...]” (Turri, 2002: 11). Las transformaciones territoriales resultan del modo de producción y del modo de vivir, de factores económicos, políticos, culturales y ambientales, abarcando, en consecuencia, la procesualidad histórica, el espacio, el paisaje, el lugar y la región.

Hay ritmos de cambios, pues no todos acontecen en el mismo nivel, así como no todos ocurren en el mismo período y/o instante. Hay una superposición histórica y espacial de obras, estilos y significados, pasados y presentes, junto con una procesualidad-movimiento de superaciones cuantitativas y cualitativas. Cada sociedad constituye el territorio a su modo, lo cual dificulta nuestra tarea de investigadores; procesualidad que significa siempre cambios y permanencias indisociables.

De ese modo, el estudio de los territorios es comprendido a partir del proceso histórico (periodización de los elementos y momentos más significativos y análisis de los principales agentes productores del territorio y de los principales cambios-permanencias ocurridos) en unidad con el tiempo coexistente, relación presente en nuestra vida diaria, condicionándola y siendo influida por ella en el movimiento de apropiación y producción de los territorios.

Las temporalidades que acontecen en la práctica agropecuaria, por ejemplo, son influidas significativamente por las condiciones naturales, y las de una fábrica determinada dependen directamente de la eficiencia en la organización y distribución de las materias primas y de las mercaderías producidas en el MCP. La velocidad-tiempo significa dinero. Es necesario que el tiempo de giro del capital sea lo más rápido posible, tanto en la producción como en la circulación, intercambio y consumo (Marx, 1983). Es una temporalidad singular inherente a la racionalidad del gran capital, que exige aceleración del ritmo de

los procesos económicos; muy diferente, por ejemplo, de la producción familiar artesanal que subsiste en varios países del mundo, inclusive en Brasil.

Las innovaciones orientadas a la remoción de barreras espaciales [...] han tenido inmensa significación en la historia del capitalismo, transformándola en una cuestión verdaderamente geográfica –las vías ferroviarias y el telégrafo, el automóvil, la radio y el teléfono, el avión y la televisión, y la reciente revolución de las telecomunicaciones son casos en discusión (Harvey, 1989/1993: 212).

Los ritmos empresariales no son los mismos; hay también allí heterogeneidad, pues existen diferentes niveles de crecimiento y desarrollo industrial, comercial, financiero y agropecuario. Los ritmos de las personas tampoco son iguales: “Las diversas carreteras, calles, espacios públicos, no son recorridos igualmente por todos” (Santos, 1994b: 45). Son las temporalidades vividas, percibidas, sentidas, no solo a partir de las técnicas, sino tanto técnica como cultural, económica y políticamente. Los ritmos también son pluridimensionales y dependen de las condiciones (in)materiales en cada relación espacio-tiempo-territorio, de las condiciones de cada familia, de cada empresa, de cada individuo, de cada unidad de producción agrícola, de cada institución no gubernamental, de cada Estado, de cada partido político, etc.

Hay múltiples temporalidades en cada territorio, ya sea si este toma la forma de barrio, de calle, de “comunidad rural”, de ciudad, de municipio, etc., todas relacionadas en un movimiento más amplio y general que es transmultiescalar y transterritorial. “Desde siempre, la misma hora del reloj marcaba acontecimientos simultáneos, ocurridos en los más diversos lugares, cada uno, sin embargo, siendo no tanto autónomo como interdependiente de los demás” (Santos, 1994b: 123). En el mismo territorio, la vivencia del tiempo, así como su percepción, no es la misma para todas las personas. Hay coexistencias de ritmos-temporalidades, en sincronía-transtemporalidades y en unidad con los procesos diacrónicos, también transtemporales: en cualquier espacio-territorio hay elementos pluridimensionales que datan de períodos y momentos históricos diferentes.

En Nova Palma (RS), actualmente hay construcciones de 1927, de 1939, de 1950, que coexisten con moradas recientes, de 2008 y 2010, junto con el

ideario de la religión católica (desde 1884) y de otras iglesias allí instaladas recientemente. Vivimos el tiempo que reúne en sí el pasado-presente-futuro concomitantemente, con temporalidades procesuales-coexistentes y, por lo tanto, con transterritorialidades en el sentido indicado en este texto a partir de las concepciones de Claude Raffestin, Giuseppe Dematteis, Enzo Rullani y Roberto Camagni.

Hay tiempos y temporalidades históricas y coexistentes, objetivadas-subjetivadas por medio de procesualidades sucesivas y concomitantes, relacionadas, similares y distintas, que se traducen en temporalidades más lentas y más rápidas. El presente o el pasado, por ejemplo, pueden estar siendo vividos por diferentes individuos en un mismo instante. Nosotros, descendientes de italianos en el sur de Brasil, vivimos muchos aspectos relativos al pasado de los actuales italianos en Italia. Ellos encuentran aquí reminiscencias también de la vida en la Italia del siglo XIX. Vivimos procesos perpetuados del siglo XIX, y otros vividos en Italia en la década de 1960.

También podemos considerarlo de diferente modo: todos los días vivimos el presente-pasado, un híbrido de discontinuidades, cambios/innovaciones y permanencias de un pasado-presente; el pasado está en el presente, y este en aquel. El carro de bueyes (carroza), aún utilizado por muchos agricultores en Brasil, corresponde a un elemento del pasado-presente, y tal familia permanece produciendo en otro tiempo que no es el de la mecanización e informatización de la producción agrícola y de la alta rotación del capital.

Al mismo tiempo, diferentes familias de productores agrícolas o empresarios urbanos tienen ritmos distintos de producción y de vida. Lo que es presente para uno puede ser pasado para otro, y viceversa. Es la realización del tiempo histórico y de las coexistencias todos los días. Los ritmos varían en el tiempo y en el espacio: el ritmo lento de una producción familiar artesanal puede ser transformado, dinamizado y acelerado por medio de *nuevas* fuerzas productivas. Las territorialidades también varían en el tiempo y en el espacio: las relaciones de esclavitud fueron prácticamente sustituidas, en Brasil, por el trabajo familiar y asalariado. También podemos vivir temporalidades y territorialidades similares o comunes, y cuando ello ocurre estamos construyendo socialmente identidades, como detallaremos más adelante y en el capítulo 4.

El tiempo es uno, un flujo, una relación, y significa (in)materialidad *en y del* territorio y *de y en la* territorialidad. Territorio significa tiempo, tempora-

lidades y territorialidades, y, por lo tanto, también (in)materialidad. Hay un movimiento del tiempo en el territorio y del territorio en el tiempo, simultáneamente. Ambos, el tiempo y el territorio, son procesuales y relacionales concomitantemente, y están en íntima relación con el espacio.

El territorio es, en resumen, producto y condición de las relaciones sociedad-naturaleza, pluridimensional, con objetivaciones/formas/relaciones sociales y subjetivaciones/significados económicos, políticos y culturales; contiene componentes fijos (naturales y contruidos socialmente), redes y flujos (producción-distribución-circulación-intercambio-consumo) junto con el movimiento de la naturaleza. Es construido históricamente con discontinuidades espacio-temporales, o sea, con rupturas y permanencias cuantitativas y cualitativas que son siempre procesuales y relacionales, significando al mismo tiempo, por lo tanto, transtemporalidades, trans-multiescalaridades y transterritorialidades que pueden ser sintetizadas por las desigualdades, las diferencias, las identidades y las redes. Son todos procesos que, como mencionamos al final del capítulo 1, diferencian el territorio del espacio geográfico, idea que detallaremos más adelante.

Un elemento fundamental en la formación de los territorios es la **identidad**. Recorramos inicialmente la obras fundamentales de Jean Gottmann, uno de los pioneros en la geografía en concebir la iconografía-identidad de manera crítica y relacional. Para él, la iconografía corresponde a la posibilidad de resistencia y seguridad; la circulación, a oportunidad de trabajo, fluidez y movimiento de los hombres y de las mercaderías en la reproducción del capital. Se trata de una concepción renovada y audaz para su época, híbrida, crítica y no marxista, que considera los elementos materiales y *psicológicos* (Gottmann, 1947 y 1952a).

Procesos retomados y profundizados en las obras de 1973 y 1975: la repartición política del mundo se da centrada en dos grandes procesos de diferenciación cultural y articulación mercantil, en los cuales se hacen efectivos factores materiales e inmateriales que influyen directamente en la organización de cada territorio. El territorio está formado por componentes materiales y *psicológicos*, como complejo *psicosomático* que influye en la protección y las oportunidades. Tanto la condición de abrigo y seguridad como las oportunidades son determinadas socialmente, en forma respectiva, por el Estado nación y por el mercado.

La iconografía puede contener una combinación de elementos culturales, económicos y políticos, unidad constituida históricamente. Para Jean Gottmann, la circulación favorece la *apertura* de los espacios; las iconografías son definidas como símbolos religiosos y políticos que forman parte de la vida de los grupos sociales, a los que ellos recurren cuando se sienten amenazados. Tanto la circulación como las iconografías ocurren a nivel supranacional y en regiones internas a los Estados o imperios o ciudades fortificadas. La circulación es inherente al cambio social; la iconografía corresponde a la identidad y a la cohesión social por medio de un *sistema* de símbolos que dan cierta unidad. La circulación a través de rutas determina la organización del espacio, definiendo redes que entrelazan diferentes territorios. La circulación, las rutas y las redes están, de esa manera, junto con las iconografías en la base de la formación del territorio. La circulación garantiza la fluidez y la unidad en cierto territorio; la iconografía, la cohesión y la posibilidad de resistencia y de estabilidad política.

Los líderes del MST, por ejemplo, actúan en base a principios organizativos de movimiento, que dan cierta unidad-identidad a las ocupaciones y re-territorializaciones en el nivel nacional e internacional; los gaúchos o baianos recurren sistemáticamente a elementos identitarios para reproducir aspectos culturales singulares y particulares, en cierta forma resistiendo al movimiento tendencialmente planetario de las grandes empresas en la globalización de la economía y perpetuando hábitos, costumbres y tradiciones políticas, culturales y económicas en un hibridismo de innovaciones-rupturas-identidades-continuidades (Saquet, 2009b y 2014b).

Ya los medios de comunicación y los inventos bélicos articulan Estados, amenazándolos, generando un *nuevo* orden global y plural, sin eliminar, no obstante, el territorio ni el Estado ni los lugares. Son relaciones-territorialidades que conectan-articulan los territorios y las personas. Los territorios están “separados” por los límites y las fronteras y, al mismo tiempo, relacionados política, cultural y económicamente a nivel internacional, en el que hay redes y fluidez en una complementariedad cada vez más intensa. Fluidez y complementariedad definidas por la circulación de mercaderías, de personas, de informaciones, y por las relaciones diplomáticas y culturales.

Las **redes** y los **flujos** están siempre presentes en la formación de los territorios, como ya habían afirmado Gottmann (1947, 1952a y 1973), Raffestin

(1980/1993, 1986a y 1987) y Dematteis (1964, 1985, 1995 y 1997), solo por citar algunos geógrafos que son referentes internacionales. Las redes son una forma utilizada especialmente por los agentes del capital para la organización de los circuitos de propagación y empleo del saber y del conocimiento (Rullani, 2009). De manera general, son redes productivas, comunicativas, de los movimientos sociales, de profesionales liberales, de consumidores, etc., siempre significando interdependencia, conexión, relación entre sujetos, lugares y territorios.

Las ciudades, por ejemplo, para mantener una posición destacada en medio de las modificaciones económicas recientes de la globalización, son transformadas en nudos de múltiples redes y flujos, sobre todo por la actuación empresarial y del Estado (Sassen, 1998; Castells, 2004 y 1996/1999). Hay una organización trans-multiescalar y transterritorial en red de control de circuitos productivos, redes mercantiles, financieras, de conocimientos y de informaciones, todas dinamizadas por conexiones, caracterizando lo que recientemente Dematteis y Toldo (2010) llamaron centralidad de redes multiescalares, que cubren vastos mercados y países.

La concepción territorial histórica, relacional y reticular está centrada en las nociones de homogeneidad, pluralidad, continuidad, red y cambio, ilustradas recientemente en geografía, por ejemplo, por Demetrio y Giaccaria (2010), para mostrar y explicar las transformaciones ocurridas en la territorialización empresarial en Turín y en la región de Piamonte, en el interior del movimiento más amplio del *capitalismo de territorio* organizado en redes, especializaciones y dispersión espacial. Concepción que también intentamos aclarar en Saquet, Candioto y Alves (2010).

Una perspectiva semejante fue trabajada por Lefebvre, al entender la ciudad y lo urbano como lugar de centralidades, de relaciones inmediatas y establecidas en el movimiento general de la sociedad:

La ciudad es una *mediación* entre las mediaciones. Conteniendo el orden próximo, lo mantiene; sustenta relaciones de producción y de propiedad; es el lugar de su reproducción. Contenida en el orden distante, ella lo sustenta; lo encarna; lo proyecta sobre un terreno (o lugar), sobre un plano, el plano de la vida inmediata; la ciudad inscribe ese orden, [...] texto en un contexto más amplio [...] (1991b: 46, cursivas del original).

A partir de la ciudad y de lo urbano existen relaciones diversas, multi-formes, pluridimensionales, plurales y coexistentes que, en la vida cotidiana, cambian y permanecen.

Otro elemento fundacional de los territorios lo constituyen las relaciones de **poder**, mostradas de manera crítica, relacional y multidimensional, de la forma más general, por Michel Foucault y en geografía, correspondiendo a las territorialidades cotidianas, ya en el final de los años 70, por Claude Raffestin. El poder puede ser entendido como una red de relaciones variables, desiguales y multiformes; es ejercido y se constituye históricamente en una relación. Tiene carácter relacional y de influencia en un juego complejo de relaciones económicas, políticas y culturales que atraviesan el conjunto de la sociedad (Foucault, 1978).

El poder significa, en esa perspectiva, relaciones sociales conflictivas y heterogéneas, múltiples e intencionales; relaciones de fuerzas que extrapolan la actuación del Estado e involucran y están involucradas en otros procesos de la vida cotidiana, en las familias, en las universidades, en las iglesias, en los lugares de trabajo, etc. Las territorialidades, en ese sentido, son plurales, conflictivas, intencionales, complejas y en estado unificado. Tanto las relaciones de poder como la apropiación territorial son multiformes, materializándose en un movimiento transtemporal discontinuo y continuo de la sociedad y de la naturaleza. Hay diferentes relaciones de poder y formas de apropiación del espacio históricamente definidas. Hay un juego de fuerzas, conflictos, movimiento e interacción. El poder y las territorialidades corresponden a los conflictos sociales y a las apropiaciones inherentes al MCP, más allá de la actuación del Estado (Magnaghi, 1976).

Las relaciones de poder se establecen en varias situaciones de la vida cotidiana; el poder es inmanente a las relaciones sociales, que sustentan el *campo de poder* relacional, y está presente en las acciones del Estado, de las instituciones, de las empresas; en fin, en relaciones sociales que se materializan en la vida cotidiana, apuntando al control y la dominación sobre los hombres y las *cosas*, o sea, lo que Claude Raffestin denomina *triumfos del poder*, en un abordaje multidimensional de las relaciones de poder traducido en una comprensión múltiple de territorio y de territorialidad con vistas a la conquista de la autonomía (Raffestin, 1975, 1977, 1980/1993, 1986b y 1987).

Las relaciones de poder son, simultáneamente, trans-multiescalares,

como señalaban, por ejemplo, Raffestin (1977 y 1980/1993) y Dematteis (1964). Para el primero, las territorialidades-relaciones se realizan en los niveles *intra-familiares*, *intra-comunitarios* y entre las instituciones, significando así relaciones próximas (*alteridad*) y distantes (*exterioridad*).

Nuestra historia y también nuestras vidas cotidianas son tejidas por relaciones asimétricas [...], no hay una, sino varias territorialidades [...]. En fin, esta geografía de la territorialidad es necesaria para comprender las protestas, las revueltas que se manifiestan en todos los lugares [...] cuyo origen es, frecuentemente, la existencia de relaciones asimétricas [...] que se tornan insoportables (Raffestin, 1977: 131-133).

Estos niveles, como ya mencionamos, son denominados por Dematteis (1964) *ámbitos territoriales*: de la familia, la vecindad, la *comunidad* y la relación campo-ciudad, articulados por relaciones sociales de influencia en lo que posteriormente Bagnasco (1999) denominó *sociedad local*. Son, evidentemente, relaciones trans-multiescalares, transterritoriales y transtemporales.

Existen, pues, territorialidades como formas particulares de experiencias que permiten a las personas identificarse por medio de relaciones económicas, políticas, culturales y ambientales. Significan así identidades y, al mismo tiempo, diferencias. El territorio es producto de esas relaciones que también significan poder, redes de comunicación y circulación organizadas en forma de *tramas* transescalares (Dematteis, 1985) o mallas, nudos y redes (Raffestin, 1980/1993, 1986a y 1987). El *uso capitalista del territorio* se da cotidianamente por medio de las relaciones sociales: producción-distribución-circulación-intercambio-consumo, que significan contradicciones, conflictividades, subordinación, interacciones, alienación (Indovina & Calabi, 1974). Son relaciones sociales de control y dominación en la relación capital-trabajo y demás territorialidades cotidianas políticas y culturales.

Las territorialidades significan relaciones simétricas y asimétricas que realizamos todos los días, son *bio-sociales* y, por lo tanto, multidimensionales (Raffestin, 1977 y 1980/1993). Multidimensionalidad también concebida en sociología, en la década de 1970, por Bagnasco (1977 y 1978), que deja ver los procesos sociales y las articulaciones territoriales (por medio de los partidos políticos y de las empresas) vinculados al desarrollo territorial constituido

histórica y desigualmente, como mostramos en el capítulo 2.

Otro elemento fundamental para la formación de los territorios es la **naturaleza** exterior al hombre. Hay autores que identifican y reconocen en la naturaleza procesos naturales-territoriales. En una concepción pluridimensional como la que estamos intentando construir, las dimensiones de la economía-política-cultura-naturaleza (E-P-C-N) están siempre presentes; eso significa que la naturaleza exterior al hombre también tiene central importancia en nuestra argumentación, junto con la naturaleza orgánica, inherente a la existencia del hombre-animal.

Esa naturaleza tiene una evolución ininterrumpida, transformaciones debidas a los diferentes momentos y fases-períodos-estadios ya descritos y abordados, cada uno a su modo, por Moscovici (1968/1977) y Santos (1996). Naturaleza formada por materia, idea-subjetividad-espiritualidad (del animal-hombre), elementos orgánicos e inorgánicos, fuerzas y procesos utilizados socialmente por los hombres mediante su energía, información, técnicas, saber y tecnologías. Hombre como síntesis social-natural-espiritual.

Es necesario considerar en la naturaleza del territorio, la naturaleza comúnmente denominada, en geografía y otras ciencias, ambiente natural. Para eso, en lo que se refiere a los estudios territoriales, encontramos importante apoyo en las concepciones de Quaini (1973b y 1974b), Dematteis (1985, 1995, 2001 y 2005), Elias (1984/1998), Santos (1988), Raffestin (1977, 1986b y 2005) y Magnaghi (2000 y 2005), que muestran, junto con la formación de los territorios y de los espacios, la problemática del desarrollo. Las relaciones del hombre con su naturaleza exterior son históricas (procesuales-relacionales) y geográficas (relacionales-procesuales) al mismo tiempo, como ya hemos explicado.

“Biológica y socialmente, en nuestra vida estamos insertados en un conjunto complejo de relaciones. [...] Todas nuestras relaciones se inscriben en una interfaz bio-social” (Raffestin, 1977: 130). Relaciones-territorialidades plurales bien expuestas en la década de 1970 por Claude Raffestin, quien valoriza al mismo tiempo las relaciones sociedad-naturaleza, ratificadas posteriormente (1986b) a partir de la noción de *ecogénesis territorial*.

Elias hace una síntesis lúcida y profunda sobre el tiempo como movimiento y duración, inmanente a la naturaleza y a la sociedad, en íntima relación de unidad. El tiempo como movimiento existió siempre desde la creación del universo y de la vida: “El tiempo del calendario ilustra con simplicidad

esa presencia del individuo en un universo donde existe profusión de otros seres humanos, o sea, una realidad social, y múltiples procesos físicos, o sea, un mundo natural” (1984/1998: 26).

Según esa concepción, hay unidad del tiempo social con el natural, del movimiento histórico con el relacional-coexistente. Entiende el tiempo como flujo incesante de los acontecimientos naturales y sociales, esto es, como relación indisoluble entre los planos físico y social del universo, más allá de que nos sea necesario reconocer claramente que existen ritmos diferentes entre los dominios social, natural y cosmológico. La sociedad, los átomos, las células, los protones, los electrones, las bacterias, son todos integrantes del mismo universo donde vivimos social-natural y espiritualmente. La unidad del movimiento está en el universo que contiene la experiencia humana con sus particularidades y singularidades.

Para detallar nuestra reflexión, recurrimos también a un texto nuestro — Saquet (2009a)—, donde destacamos la centralidad del hombre en la efectivación de los territorios y de las territorialidades como síntesis y mediación entre la sociedad y la naturaleza. Ya Marx (1984) había mostrado la síntesis dialéctica que hay en el hombre como *corpus* social y natural. Existe una naturaleza interior (orgánica) y una exterior (inorgánica) al hombre; ambas son fundamentales para la reproducción de nuestras vidas, minuto a minuto, segundo a segundo. La naturaleza exterior está ligada a los hombres y los hombres están en la naturaleza. La naturaleza exterior “ofrece” los medios para nuestra vida natural y social.

Tenemos actos biológicos y sociales fundamentales para nuestra reproducción, que es al mismo tiempo biológica, social, espiritual, temporal, espacial y territorial. Al relacionarse con la naturaleza exterior, el hombre se relaciona *con su extensión*, tanto objetiva como subjetivamente. Es una relación natural y social, material e inmaterial. La naturaleza no es cuerpo humano, como afirmó Karl Marx, si bien es su cuerpo inorgánico, pues el hombre es naturaleza. Él significa naturaleza y sociedad simultáneamente, y eso se nos revela todos los días cuando nos alimentamos, respiramos, escribimos, inventamos.

Gambino (1994 y 2009) también nos ayuda a reflexionar y elaborar una concepción tal que reconozca los procesos naturales y sociales, a la vez, por medio de una interpretación que denomina *reticular plural* o inter-transdisci-

plinar, y que favorece una lectura relacional y amplia del territorio y de sus articulaciones materializadas a partir de las redes, de los tiempos y los lugares que deben ser considerados conjuntamente para la comprensión y gestión eficaz del territorio. Hay relaciones identitarias estables juntamente con rupturas abruptas y veloces que pueden ser aprehendidas en una perspectiva que considere: a) las conexiones en diversas escalas y naturalezas (redes); b) las conexiones entre las fases y momentos de los procesos de modificación del territorio (tiempos); c) las relaciones existentes entre sujetos y grupos sociales distintos (lugares).

Es una concepción eminentemente reticular, histórica, crítica y pluridimensional, con un carácter político claro, muy próxima a aquella que estamos construyendo desde 1996. Podemos correlacionar, por ejemplo, los tres niveles de conexiones destacados por Roberto Gambino —esto es, respectivamente, los de las redes, de los tiempos y de los lugares— con las nociones de trans-multiescalaridad, transtemporalidad y transterritorialidad, presentes en nuestras ideas y argumentaciones publicadas en Saquet (2001/2003, 2007a, 2007b, 2009a, 2011a, 2013a, 2013b, 2014a, 2014b y 2014c).

La relación sociedad-naturaleza es ilustrada con gran lucidez también por Alberto Magnaghi, cuando afirma que “el río Lambro tuvo una serie de usos históricos riquísimos y complejos; en un tiempo fue elemento de generación de territorialidad, de construcción de territorio: territorio agrario, territorio urbano, tipologías urbanas, irrigaciones, pesca, navegación, etc.” (2003: 18). Y además, en la obra de Foucault: “El hombre occidental aprende poco a poco lo que es ser una especie viva en un mundo vivo, tener un cuerpo, condiciones de existencia, probabilidad de vida, salud individual y colectiva, fuerzas que se pueden modificar y un espacio en el que se puede repartirlas de modo óptimo” (1988/2007: 155).

La relación también es trabajada adecuadamente, en un abordaje territorial de la problemática de las unidades de conservación, por Heidrich (2009), quien las entiende como territorios tanto a partir de la legislación vigente (control de recursos naturales) como de la ocupación y del uso existente en aquellas áreas. Las relaciones establecidas en forma de territorialidades crean vínculos territoriales con base en la utilización y en los conflictos en virtud de los procesos de conservación y preservación ambiental.

Podemos también problematizar y ampliar esa comprensión afirmando

que tenemos sociabilidad, animalidad y espiritualidad: somos hombres, síntesis socio-naturales-espirituales, seres genéricos que piensan, crean, inventan, sienten, comen, respiran, duermen, tienen hijos, ritos y mitos, valores y comportamientos. El hombre contiene en sí distintas naturalezas: orgánica (interior), inorgánica (exterior), social y espiritual. Somos espirituales, queramos o no, lo aceptemos o no. Nacemos como naturaleza orgánica-inorgánica, crecemos como naturaleza-sociedad-espiritualidad (educación/socialización, etc.), morimos como naturaleza-sociedad-espiritualidad y, para muchos, nos perpetuamos como espíritus después de la muerte de la carne-naturaleza-sociedad. Somos aculturados e insertados en el mundo de la mercadería, de las creencias, de las leyes, del Estado, la individualización, la escuela, los medicamentos, los rituales, las ideologías, etc., incorporando valores y principios que moldean nuestro ser natural-social-espiritual por medio de influencias externas y de la propia introspección, en un único movimiento espacio-temporal-territorial de formación del sujeto-individuo, de los grupos y de las clases sociales.

El hombre-animal-social-espiritual tiene persistencias, ambiciones, ritos; crea técnicas y tecnologías, inventa la moneda, el Estado, la ciencia, la energía eléctrica, el motor a combustión, la informática, los medicamentos, el conocimiento, la escuela, etc. “Es posible comprar una máquina, pero aprender a hacerla funcionar es otra cosa; construirla, adaptarla, mejorarla es aún más difícil” (Landes, 1991: 750). Un ejemplo viene del proceso de construcción de las máquinas para tejer el algodón, máquinas con motor producidas en Inglaterra (siglo XVIII) a partir de los avances conseguidos hasta entonces en la producción de relojes: el sistema de engranajes fue adaptado. Saber, conocimiento, experiencias, ideas, intuición, ambición, persistencia e intelectualidad en un único movimiento. Intelectualidad y conocimiento verificables, aplicables, transferibles a partir de nuestra sociabilidad-animalidad, en la que nuestro cuerpo orgánico (huesos, nervios, músculos, cerebro, venas y pelos) piensa y crea. El *homo sapiens* se transforma y evoluciona por medio de un paciente proceso de trabajo y creación, dialécticamente constituido como síntesis entre animalidad, sociabilidad y espiritualidad, que fundamentan las territorialidades y las temporalidades inherentes a la vida social-natural-espiritual.

En la lectura hegeliana hecha por Kojève (1947), el hombre es un *campo de tensiones dialécticas* en las que hay separación entre animalidad y *humani-*

dad: es humano solamente cuando trasciende y transforma el animal que lo sustenta. Sin embargo, no hay eliminación de la animalidad que está en él; hombre-social, del nacimiento hasta la muerte de carne-sociedad. El hombre piensa, siente, percibe, razona, se mueve, come, crece, duerme, respira, ama, siempre por medio de la unidad social-natural-espiritual. No hay cómo separar las sensaciones, las percepciones, las intuiciones, las emociones y las razones. “[...] La vida orgánica del animal-de-adentro comienza en el feto antes de aquel animal y, en el envejecimiento y en la agonía, sobrevive a la muerte del animal-de-afuera” (Agamben, 2002: 23).

Hay cuerpo y alma, carne y espíritu, naturaleza orgánica e inorgánica, ser y pensamiento, sociedad y naturaleza, instinto y lenguaje (comunicabilidad del hombre-animal-social-espiritual) coexistiendo y caracterizando al hombre síntesis del que estamos tratando. Sin embargo, la producción histórica del lenguaje nace de la vida animal, de la animalidad vuelta sociabilidad-espiritualidad. Según parece, como demuestra el antropólogo Wrangham (2010), el cocimiento de los alimentos es anterior al arte, a la invención de los instrumentos y al lenguaje, influyendo en el incremento del cerebro y en la generación del *homo erectus* y, posteriormente, del *homo sapiens*. Hay una superación sustantivándose en lo *nuevo* que contiene lo *viejo*. Uno está en lo otro incesantemente, generando al hombre actual.

El hombre-animal y el animal-hombre o, parafraseando a Giorgio Agamben, el animal-de-adentro y el animal-de-afuera no están separados: el hombre es animal y el animal-hombre es social y espiritual. En el hombre hay una vida animal, social y espiritual al mismo tiempo. La temperatura de nuestra sangre es una objetivación de nuestra animalidad. Ya estas frases que escribimos en enero de 2011, en Nova Palma (RS), son objetivaciones-subjetivaciones de nuestra sociabilidad y espiritualidad indisociable de la carne. Hay comportamiento, emoción, instinto, razón. Proceso que, en el MCP, acentúa cada vez más la cosificación del hombre vuelto mercadería y la humanización de la naturaleza también transformada en mercadería, sin eliminar la unidad social-natural, degradando el ambiente, subordinando y explotando a los trabajadores, concentrando renta, centralizando los procesos decisivos.

Es en ese sentido que entendemos territorio y territorialidad como pluridimensionales e inherentes a la vida en la naturaleza y en la sociedad. En la naturaleza, el hombre vive relaciones; así también en la sociedad. En am-

bas, el hombre vive relaciones construyendo un mundo objetivo y subjetivo, material e inmaterial, animal, social y espiritual. El hombre vive relaciones sociales, construcción del territorio, interacciones y relaciones de poder: diferentes actividades cotidianas que se revelan en la construcción de mallas, nudos y redes, constituyendo el territorio. La territorialidad se hace efectiva en distintas escalas espaciales y varía en el tiempo a través de las relaciones de poder, de las redes de circulación y comunicación, de la dominación, de las identidades, entre otras relaciones sociales realizadas entre sujetos y entre estos con su lugar de vida.

En el territorio hay cambios, continuidades y movimientos; en la desterritorialización, separación, cambios, rupturas, transformaciones y movimientos. El comerciante compra mercaderías en un territorio, las desterritorializa y las reterritorializa en los circuitos comerciales por medio del intercambio y del consumo. El mismo pensamiento se desterritorializa y reterritorializa constantemente. El territorio significa movimiento continuo que se objetiva-subjetiva pluridimensionalmente en el proceso de *TDR*: territorialización-desterritorialización-reterritorialización (Deleuze & Guattari, 1972/1976 y 1991/1992; Raffestin, 1984, 1986b, 1987, 2009a y 2010; Haesbaert, 1997 y 2004a; Saquet, 2001/2003, 2007a y 2009a). El proceso *TDR* genera las territorialidades que, a su vez, generan los territorios, pero sin embargo el territorio también influye en las territorialidades, y ambos determinan el proceso *TDR*, que es, simultáneamente, histórico y relacional, en un único movimiento espacio-tiempo-territorio, o bien transtemporal, transmultiescalar y transterritorial.

Los elementos principales de la territorialización también están presentes en la desterritorialización y en la reterritorialización: hay pérdida y reconstrucción de identidad; cambios en las relaciones de poder, elementos culturales, económicos y políticos que son reterritorializados y diferencian el territorio del espacio geográfico. Los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización se dan concomitantemente y en forma de unidad. Todos ocurren al mismo tiempo para individuos diferentes que viven, en algunas situaciones-relaciones, distintas temporalidades y territorialidades y, en otras, identidades.

Para comprender el territorio en una perspectiva histórico-crítica, relacional, reticular y pluridimensional, destacamos cuatro proposiciones que

juzgamos relevantes y coherentes entre sí en buena parte de los aspectos considerados. Son las siguientes:

1. La primera, elaborada por Giuseppe Dematteis y su grupo de estudios de Turín, presentada sucintamente en Dematteis (2001 y 2008b). Los componentes analíticos son los siguientes: a) identificar y explicar la *red local de sujetos*, que corresponde a las interacciones entre individuos en un *territorio local* donde hay relaciones próximas, y entre los sujetos del lugar y los de otros lugares. El nivel local facilita interacciones próximas tales como confianza, ayuda mutua, pertenencia, cooperación, etc.; b) caracterizar el *milieu* como un conjunto de condiciones ambientales (materiales e inmateriales) en las que actúan los sujetos *colectiva* e históricamente; c) entender la relación de la red local con el *milieu* local y con el ecosistema de forma cognitiva (simbólica) y material, identificando potencialidades del *milieu* para el desarrollo, como el nivel de cohesión para el planeamiento del futuro común a partir de la capacidad de autorrepresentación y autoproyección-gobierno; d) comprender la relación interactiva de la red local con redes extralocales en distintas escalas: regional, nacional y global.

2. La segunda, construida a lo largo de la trayectoria de Claude Raffestin y descrita en sus obras de 2005, 2007, 2009a y 2010, considera: a) el actor (individual y colectivo) que combina diversos medios para realizar una acción en el ambiente inorgánico y/u orgánico y/o social; b) el trabajo humano como energía e información; c) los mediadores materiales, los instrumentos diversos y/o inmateriales y el conocimiento a disposición del actor; d) el programa del actor, como un conjunto de las intenciones realizables por medio de objetivos y metas; e) las relaciones mantenidas por el actor con el ambiente, generando el territorio por medio de las territorialidades (conjunto de las relaciones realizadas por el actor en el territorio). Sucintamente, Raffestin (2005) hace un abordaje relacional y procesual, apuntando a una comprensión (in)material, a partir de su entendimiento de los conceptos de territorialidad y paisaje. El territorio es real, material, habitado y vivido por medio de las relaciones entre los hombres, y de estos con el ambiente, incluyendo la razón y la imaginación (Raffestin, 2007).

3. La tercera, elaborada por Brunet (2009), identifica y caracteriza 25 *leyes*

centrales en la *producción de los territorios* que, por eso mismo, revelan la complejidad de las acciones de los actores. A continuación mencionamos algunas de las que consideramos más relevantes y coherentes: a) *ley* de apropiación del territorio; b) de intercomunicación (circulación, intercambio, migración y transporte); c) de los lugares de poder (palacios, castillos, templos); d) de la concentración de actividades y personas; e) de la centralidad; f) de los lugares económicamente estratégicos, formando ejes; g) de la segregación espacial; h) de la delimitación (continentes, países, ciudades y municipios); i) de la interfaz (intercambios, puertos, mercados y locales de comercio); j) de la discontinuidad; k) de la asimetría: gravitación terrestre, gravedad y biósfera (ecosistemas naturales); l) de las ventajas competitivas (estrategias espaciales); m) de la extinción: todos los seres vivos son mortales. Son, en síntesis, procesos económicos, políticos, culturales y naturales que consustancian los territorios y, de esa forma, ayudan en la ampliación-reconstrucción de la concepción pluridimensional, histórico-crítica, relacional y reticular que estamos adoptando, especialmente a partir de las nociones de apropiación, intercomunicación, concentración, centralidad y asimetría.

4. La cuarta es nuestra, producida a partir de investigaciones bibliográficas y empíricas y, al mismo tiempo, de la construcción participativa de proyectos alternativos de desarrollo territorial, tales como el *Proyecto Vida Na Roça* (Saquet & Duarte, 1996; Saquet, Duarte & Francischett, 1997), el *Proyecto Vida en el Barrio* (Saquet, Pacífico & Flávio, 2005) y *Agricultura familiar agroecológica en los municipios de Verê, Itapejara d'Oeste y Salto do Lontra (sudoeste de Paraná), como estrategia de inclusión social y desarrollo territorial* (Saquet, et. al., 2010; Saquet, Souza & Santos, 2010; Saquet, Gaiovicz, Meira & Souza, 2012). Como expusimos en Saquet (2007a, 2009a, 2009b, 2011a, 2013a, 2014a y 2014b), para aprehender los territorios, las apropiaciones, los tiempos, las territorialidades y las temporalidades, es necesario identificar, comprender, representar y explicar: a) los **sujetos** sociales y sus relaciones, acciones y relaciones (circulación e intercomunicación) múltiples y cotidianas en forma de **redes** (de diferentes naturalezas y extensión), materializadas en distintas **escalas**. Son **relaciones** entre sujetos, grupos y clases sociales diferentes y en el ámbito de cada clase social, en una unidad dialéctica:

son relaciones de cooperación, compañerismo, asociación, concurrencia, disputa, en fin, relaciones plurales, simétricas y asimétricas, económicas, políticas, culturales y ambientales; b) las **apropiaciones** (in)materiales, esto es, económicas, políticas y culturales del espacio geográfico. Hay diferentes situaciones de apropiación, resumidas en dos niveles: b1) como dominación, control, propiedad, posesión, parcelación, delimitación; b2) como uso, manejo, interferencia en la naturaleza exterior al hombre y en el espacio construido. La apropiación en el territorio ocurre a partir del dominio del espacio y viceversa. Pueden darse distintos niveles/grados/intensidades de apropiaciones y dominaciones; sin embargo, creemos que estas procesualidades son simultáneas en el tiempo y en el espacio (una está en la otra), son concretas y abstractas o (in)materiales, sistemáticas/continuas o temporarias/discontinuas. La apropiación política ocurre normalmente en forma institucional, por medio del Estado y de los movimientos sociales (como acción colectiva de resistencia o no). Hay apropiaciones y demarcaciones temporarias, concomitantes con otras más estables, como las definidas por el Estado, y también hay apropiaciones que se dan en el nivel de las representaciones, como nos enseña Raffestin (1980/1993); c) las técnicas y tecnologías, el conocimiento y la ciencia, el saber popular, como **mediaciones** entre el hombre y el espacio en el proceso de producción territorial; d) las **relaciones de poder y trabajo** como consumo de energía, conocimientos, experiencias, mercaderías, subordinación y explotación, evidenciadas aquí porque es necesario que tengan protagonismo en los estudios territoriales; e) los **objetivos**, las metas y las finalidades de cada sujeto en sus actividades, sean estas económicas y/o políticas y/o culturales y/o ambientales; f) las relaciones del hombre con su **naturaleza** interior y, sobre todo, con su naturaleza exterior (inorgánica): hidrografía, geomorfología, pedología, climatología, biomas, morfología, así como también la distribución de la radiación solar en la superficie de la Tierra (movimientos de rotación y traslación); g) las **continuidades** y **discontinuidades** históricamente condicionadas y como factores determinantes del movimiento ininterrumpido de reproducción de la vida; h) las **temporalidades** (transtemporalidades históricas, diferentes fases-períodos, y también los hechos y fenómenos territoriales relacionados entre sí - las desigualdades-ritmos concomitantes) y las

territorialidades: las diferencias y las identidades pluridimensionales, juntamente con los espacios de concentración de personas y actividades, de centralización de las iniciativas de poder; y finalmente, pero no menos importantes, los procesos económicos, políticos y culturales de dispersión y difusión.

Los sujetos, las relaciones sociales, las apropiaciones, las mediaciones, las prácticas espacio-temporales (in)materiales corresponden a las territorialidades y temporalidades, traduciéndose en los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, aconteciendo concomitantemente en cada relación espacio-tiempo-territorio y entre diferentes relaciones espacio-temporales-territoriales. Procesos que acontecen en el mismo lugar o entre lugares diferentes, en el mismo período o entre períodos históricos distintos. Esa también es una manera de aprehender los lugares, sus singularidades y los paisajes, siempre importantes para orientar la construcción de proyectos de desarrollo territorial en la perspectiva a la que estamos aludiendo. Evidentemente, como hemos advertido en otras situaciones, los aspectos y procesos anteriormente descritos deben ser adaptados y detallados por cada investigador y grupo de estudios a partir del objeto, de la problemática, de los objetivos, de las metas y del abordaje deseado.

Podemos detallar esos índices siguiendo las proposiciones de Raffestin (2003), cuando propone entender diferentes territorios formados a partir de los elementos, procesos y relaciones espacio-temporales: a) *el territorio de lo cotidiano*; b) *el de los intercambios*; c) *el de referencia (riferimento)* y d) *el sagrado*. El *territorio de lo cotidiano* corresponde a las relaciones de cada día, en busca de garantizar la satisfacción de las necesidades; se caracteriza por la transeccalaridad. El territorio de lo cotidiano es el de la territorialidad inmediata, determinable e indeterminable, previsible e imprevisible, a la que corresponde un lenguaje específico. Es el habitar por excelencia, riqueza y pobreza. El *territorio de los intercambios* se da por la circulación de mercaderías por medio de las articulaciones entre lo regional, lo nacional y lo internacional. En él hay discontinuidad temporal, espacial y lingüística y, al mismo tiempo, articulación multiescalar. El *territorio de referencia* es material e inmaterial, histórico e imaginario-subjetivo. Se refiere al lugar anteriormente habitado o que se conoce a través de lecturas, generando imágenes presentes en la identidad

de los grupos sociales. Puede ser entendido también como *lugar de memoria* (Nora, 1993 *apud* Bourdin, 2001). El *territorio sagrado*, a su vez, está ligado a la religión y a la política. Son espacios sacralizados por los pueblos y/o por el Estado.

Esa es una forma de identificar, representar y caracterizar diferentes territorios constituidos históricamente, destacándose determinados procesos de su pluridimensionalidad. Y son las relaciones sociedad-naturaleza, naturaleza-sociedad, naturaleza-naturaleza, o “simplemente” (nada simples) relaciones sociales-naturales que sustentan los territorios, las territorialidades y las temporalidades espacio-temporalmente. Eso ocurre de manera procesual y relacional, generando siempre *nuevos* significados para el territorio, el lugar, el paisaje y el espacio a partir de las diferencias, de las desigualdades y de las identidades establecidas en cada relación espacio-tiempo. Problemática que exige, por parte del investigador, sutileza y mucha atención para su aprehensión meticulosa y coherente. Nosotros adoptamos como orientación metodológica la relación tiempo-espacio-territorio, como ya argumentamos y demostramos en Saquet (2000, 2001/2003, 2005, 2007a, 2009a y 2013a).

Tal relación puede ser trabajada en la perspectiva elaborada por Gambino (1994 y 2009), también en un abordaje plural y reticular a partir de los conceptos de espacio-territorio-paisaje o tiempos-redes-lugares; o, todavía, espacio-tiempo-territorio-lugar (Saquet, 2007a), en una concepción estrechamente vinculada con la problemática del desarrollo local y territorial, valorizando los procesos políticos y culturales como de cierta forma propugna Magnaghi (2009) en favor de un abordaje multiescalar y multidisciplinar del territorio y del desarrollo centrado en el patrimonio identitario, en la calidad de las viviendas, en la estética y en la problemática ambiental, en una especie de *viaje en el tiempo y en el alma de los lugares*.

En la perspectiva que estamos construyendo es importante ir más allá, definiendo los tiempos, los territorios, las territorialidades y las temporalidades, individualizando y mostrando las relaciones, contradicciones, diversidades, conflictividades y unidades para poder profundizar el abordaje que se realiza de cierto objeto de estudio, y para orientar sustancialmente los planos, proyectos y programas de desarrollo territorial a partir de los deseos y de las necesidades de los individuos, grupos y clases sociales. **El territorio es comprendido como espacio de movilización, organización, lucha y resistencia**

política. La territorialidad como praxis de transformación del territorio, en la tentativa de conseguir autonomía, justicia social, distribución de la riqueza, protección ambiental, etc., como detallaremos en el capítulo 5.

Hay una *ley* de mercado y normas jurídicas que regulan y controlan la producción, la circulación y el consumo de mercaderías. Eso significa relaciones de poder en las actividades mercantiles, industriales y financieras. El territorio es también normativizado y regulado. Las técnicas son mediadoras en el uso y apropiación del territorio. En la práctica de la vida, hay intercambios *materiales* y *espirituales*. El territorio es formado a partir de la apropiación, del uso y dominio por elementos y procesos económicos, culturales, políticos y ambientales, y por lo tanto tiene un carácter multidimensional (Raffestin, 1980/1993 y 2005; Deleuze & Guattari, 1991/1992; Dematteis, 1985 y 1995; Magnaghi, 2000; Saquet, 2007a, 2009a y 2011a), concepción predominantemente reticular.

La movilidad del mundo actual no es la antítesis del lugar, sino una fuerza de su recreación que necesita ser muy bien comprendida y explicada. Hay territorios, redes y nudos en la complejidad global, movimientos que no anulan la importancia de la localización; por el contrario, valorizan *antiguas* posiciones y contribuyen para la sinergia de *nuevas* localizaciones en un contexto *abierto y dinámico* (Levy, 2003). La propia globalización genera desterritorialización y reterritorialización concomitantemente.

Con sus redes, las empresas pueden modificar un territorio, provocar cambios significativos, generar *nuevas* territorialidades y temporalidades que están en la base de la totalidad o de las relaciones entre localidades y globalidades (divisiones de trabajo, especializaciones, redes, flujos, concurrencias, etc.): así, el territorio significa un *nexo*, una conexión entre lugares contextualizados; es cada vez más local y más global simultáneamente (Rullani, 1997), en virtud de las intensas y complejas redes de circulación y comunicación, especialmente a nivel financiero. “El dinero usurpa en su favor las perspectivas de fluidez del territorio, buscando alinear bajo su dirección las otras actividades” (Santos, 2000: 80).

En el territorio hay relaciones internas y externas que forman redes que ligan individuos y lugares en niveles trans-multiescalares formados por nudos y redes de redes. Son las redes *transterritoriales*, como dicen Camagni (1993 y 1997) y Rullani (2009); o transescalares, para Santos (1999); o, todavía más,

multiescalaridades para Santangelo (2005), ya mostradas en este texto, y que estamos denominando transterritorialidades, materializadas dialécticamente entre los sujetos, clases sociales, lugares y territorios. Relaciones que significan identidades-unidades en la diversidad y en el poder.

Las redes se dan en distintos niveles escalares, proporcionando un carácter difuso y reticular al territorio. Este es producto de *tramas*-relaciones que incluyen las construcciones (formas espaciales), los individuos, las instituciones y las redes trans-multiescalares. Estas redes se diferencian en cuanto a la naturaleza/contenido (económico, político y cultural) y a la extensión (local, regional, nacional, internacional y global). Evidentemente, hay redes que son múltiples en cuanto a su naturaleza —E-P-C-N— y hay redes cruzadas, *transversales* (Hakmi & Zaoual, 2008), tramadas, cortas, largas, concretas y virtuales, problemática que deberá ser profundizada en el futuro.

En la territorialidad cotidiana existen redes locales de sujetos que entrelazan lo local con otros lugares del mundo y están en relación con su naturaleza exterior. Las redes pueden ser más extensas o densas, entramando lugares, personas y ampliando las posibilidades de circulación y comunicación, en una pluralidad de centros o nudos de redes tendencialmente globales que interconectan los lugares (Dematteis, 1985, 1995, 1997 y 1999).

El abordaje territorial que estamos elaborando también involucra, entonces, una cuestión escalar fundamental en la investigación geográfica; son aspectos epistemológicos y ontológicos así como procedimientos específicos que necesitan ser definidos a partir de la problemática y de los objetivos de cada proyecto de investigación, pues de allí resultan análisis e interpretaciones más detalladas y profundas, o más generales y superficiales. Existe una necesidad de articulación de diferentes niveles escalares y de análisis para aprehender las totalidades, las relaciones, las redes, las identidades; aspectos más generales y, al mismo tiempo, otros más específicos y, en fin, las temporalidades y territorialidades.

La territorialización es (in)material, ya sea en Brasil, en Italia, en China, en Japón, Paquistán, Chile, México, Cuba, etc., con aspectos generales ligados al movimiento de reproducción de la sociedad y de la naturaleza (movimiento del universo) y con elementos singulares de cada lugar, clase social, familia, individuo, etnia, período, momento. Hay una (in)materialidad de las formas y de las relaciones sociales: unas están en las otras; las *obras* están en los *conte-*

nidos, y estos en las *obras* (Lefebvre, 1969/1995). La (in)materialidad ocurre en la relación E-P-C-N, en los territorios, en las territorialidades, en las temporalidades de la vida.

El abordaje territorial aquí expuesto puede ser utilizado para comprender las relaciones de poder que se dan entre los espacios urbano y rural, las conflictividades, las redes, las desigualdades, las identidades, las diferencias; aspectos, en fin, de la relación E-P-C-N, de las transtemporalidades, de las transescalaridades y de las transterritorialidades, en las que hay redes de territorios y territorios en redes, territorialización en las redes y redes en la territorialización y en el territorio, en un único movimiento; territorialidades en las redes e interconexiones, y estas últimas en los territorios y territorialidades, *en movimiento y en el movimiento* (Vagaggini & Dematteis, 1976; Dematteis, 1985 y 2001; Bagnasco, 1988; Camagni, 1997; Saquet, 2001/2003, 2004, 2005, 2007a y 2007b), como intentaremos explicar a continuación.

4. Las territorialidades y las temporalidades

Evidentemente, necesitamos entender el territorio y el tiempo para comprender las territorialidades y las temporalidades y, a partir de estas últimas, podemos aprehender la miríada de procesos y fenómenos que sustentan (in)materialmente el territorio. Tanto las territorialidades como las temporalidades son históricas y relacionales/coexistentes, generando las transmultiescalaridades, las transtemporalidades, las transterritorialidades y las pluridimensionalidades *en los y de los* territorios y lugares. En un intento por facilitar la comprensión, dividimos las temporalidades y las territorialidades, pero ambas ocurren al mismo tiempo y son económicas, políticas, culturales y ambientales. Vivimos las procesualidades territoriales-espaciales-temporales simultáneamente.

El nivel, por ejemplo, de crecimiento y desarrollo de una unidad fabril supone temporalidades y territorialidades simultáneamente. Lo mismo ocurre en una propiedad rural donde se cultiva soja, mijo, uvas y porotos, o también en la organización del Estado centrado en los tres poderes y en la organización territorial de la iglesia católica. Hay, de manera general, heterogeneidad (desigualdades y diferencias), diversidad y unidad en los procesos territoriales, como intentaremos detallar y aclarar a continuación.

Entendemos la **territorialidad** en cuatro niveles correlativos: a) como **relaciones** sociales, identidades, diferencias, redes, mallas, nudos, desigualdades y conflictividades; b) como apropiaciones del espacio geográfico, concreta y simbólicamente, implicando dominaciones y delimitaciones precisas o no; c) como comportamientos, objetivos, metas, deseos y necesidades, y d) como **prácticas** espacio-temporales, pluridimensionales, efectivadas en las relaciones sociedad-naturaleza, o sea, relaciones sociales de los hombres entre sí (de poder) y con la naturaleza exterior por medio de los mediadores materiales

(técnicas, tecnologías, instrumentos, máquinas, etc.) e inmateriales (conocimientos, saberes, ideologías). La territorialidad es procesual y relacional al mismo tiempo.

Son esas características de la territorialidad las que mostraremos a continuación, tratando de avanzar más allá del uso del territorio por medio de un abordaje pluridimensional, relacional, reticular, histórico (transtemporal), crítico y operativo políticamente. Uso que implica, necesariamente, conflictividades, ritmos, apropiaciones, dominios, identidades, diferencias, redes, necesidades más allá de la praxis cotidiana en cada relación espacio-tiempo-territorio. Así, para nosotros, la territorialidad asume también el carácter de movilización, organización y lucha política a favor de un desarrollo más equitativo, en una “especie de quinto” nivel de efectivación en lo *real* y mediación-condicionante de la cooperación para el desarrollo, como ya dimos a entender. No hay cómo evitar el conflicto: “Desde el punto de vista de los marginados [...] la confrontación es vital [...] implica ruptura radical, y esta no se hace sin desastres, que pueden siempre ser disminuidos y mejor distribuidos dependiendo de nuestra calidad política y ética” (Demo, 2002: 271).

Las prácticas espaciales también son temporales y complejas, estrechamente implicadas en la reproducción de las relaciones sociales y de los territorios. En el MCP, las prácticas cotidianas están imbuidas de significados de clase, con subordinación, alienación, explotación, concentración de la riqueza y centralización del poder. “[...] La hegemonía ideológica y política en toda sociedad depende de la capacidad de controlar el contexto material de la experiencia personal y social” (Harvey, 1989/1993: 207). Se trata de un control (in)material, en la perspectiva de abordaje que estamos construyendo, e incluye la unidad *idea-materia* también reconocida por David Harvey, Karl Marx y Friedrich Engels.

La apropiación tiene tres significados principales: a) como posesión, propiedad, control, dominio individual y/o colectivo por sujetos presentes o ausentes del espacio apropiado por medio de mecanismos y mediadores (in) materiales; b) delimitación con o sin precisión, parcelamiento, división, y c) uso, interferencia y utilización de objetos, instrumentos, máquinas, tierras, calles, edificaciones, hombres (!); en fin, del espacio y de la naturaleza. Las apropiaciones y los dominios del espacio, más estables o efímeros, dependen de las intenciones, los deseos, las aspiraciones, las metas; en suma, de las rela-

ciones sociales y de las prácticas espacio-temporales-territoriales, todas realizadas en las relaciones sociedad-naturaleza (in)materializándose también en los paisajes y en los lugares.

Como afirmara consecuentemente Foucault: “[...] no hay poder que se ejerza sin una serie de miras y objetivos” (1988/2007: 105). Las relaciones de poder —y, por tanto, las territorialidades— son intencionales; involucran objetivos y metas, programas y planos, técnicas de saber y estrategias de poder que deben necesariamente ser aprehendidas, comprendidas, representadas y explicadas como instantes y procesualidades espaciales-territoriales. Tales prácticas espacio-temporales-territoriales son procesos históricos y geográficos de saber y poder, subordinación, aculturación, identificación, interacción, explotación, degradación del ambiente, movilización, formación, manifestación, etc.

Cuando compramos un terreno en el espacio rural o en la ciudad, recibimos del Estado el título (escritura) que lo regulariza como propiedad privada con cierta delimitación, lo cual nos garantiza el derecho de uso, nivelación, cultivo, edificación, preservación de la vegetación, etc.; es un espacio de dominio y apropiación, cuya territorialización depende de nuestra voluntad, de las condiciones financieras, de la legislación vigente, o sea, de nuestras prácticas espacio-temporales reguladas por las normas sociales. Hay múltiples relaciones, factores y elementos sociales y naturales, históricos y relacionales, ocurriendo simultáneamente e influyendo en las apropiaciones y formaciones territoriales.

Cuando un grupo de personas ocupa frecuentemente determinadas calles, hay allí apropiación simbólica y concreta sin título, aunque con demarcación, intencionalidad e interferencia con su presencia en tal espacio, que se constituye en su territorio de actuación. Ya la empresa Sadia, por medio de los contratos con los agricultores integrados, determina reglas claras y específicas centradas en el mecanismo de precios diferenciados, para subordinar y apropiarse de parte del sobretrabajo incorporado durante la cría de aves, demarcando su territorio, por ejemplo, a través de las placas indicativas de la integración en la entrada de cada propiedad vinculada a la empresa. En esas dos situaciones, nos parece que apropiación y dominación se sustantivan (in) material y concomitantemente.

Las **temporalidades**, como mencionamos al inicio del capítulo 3, signifi-

can ritmos lentos y más rápidos, desigualdades económicas, diferentes objetivaciones cotidianas y, al mismo tiempo, distintas percepciones de los procesos y fenómenos, o sea, lecturas que hacemos de los ritmos de la naturaleza y de la sociedad. Hay ritmos muy lentos como los del *antimercado* (Gambino, 2009). Hay ritmos acelerados de la industria y del mercado que coexisten con otros lentos y muy lentos de la producción artesanal de alimentos y del pequeño comercio de barrio o de localidades rurales. Así, no todos son agricultores familiares o campesinos, ni todos son capitalistas; hay desigualdades y diferencias, distintos niveles de crecimiento, desarrollo, producción, comercialización, inserción en el mercado, mecanización, organización política, formación cultural, etc.

Estas temporalidades pueden ser comprendidas, por ejemplo, como expresiones de centralidades y centros, como lo ha trabajado Sposito (1991) a partir de la idea de *poli(multi)centrismo* del espacio elaborada por Henri Lefebvre. Al mismo tiempo, las temporalidades influyen directamente en la efectivación de las centralidades y de los centros, principalmente en procesos económicos y políticos. La temporalidad también puede ser trabajada de acuerdo con la argumentación de Bozzano (2000), con fuerte influencia de Milton Santos, “casando” temporalidad y espacialidad en los estudios territoriales y en la proyección de los territorios *posibles*.

Las temporalidades también significan procesualidades históricas que se encuentran en el presente. Vivimos temporalidades pasadas, presentes/coexistentes y futuras. La temporalidad es, entonces, simultáneamente absoluta y relativa, a partir del movimiento más amplio del universo y de los movimientos de la sociedad, en una continua unidad del propio movimiento con discontinuidades. Es, metafóricamente, el movimiento de la carne, del ser vivo y pensante, que ya nace muriendo sin despegarse de los elementos abióticos y de sus invenciones sintéticas y cibernéticas. El hombre es un ser natural, espiritual, social, espacial, temporal y territorial, como ya mencionamos en el capítulo anterior. El hombre es naturaleza con conciencia, poder de creación e invención. Hay una unidad entre pensar y ser, intelectualidad-practicidad, animalidad-sociabilidad-espiritualidad.

De esa manera, como expusimos en Saquet (2007a), el territorio es el contenido de la relación y la relación misma del hombre con su-ser-otro, que es él mismo (propio); o sea, es resultado y condición de las territorialidades y

temporalidades efectivadas entre los sujetos sociales y de estos con su naturaleza exterior en cada relación espacio-tiempo-territorio. La relación y la articulación en redes corresponde a lo sustantivo del territorio que acontece objetiva-subjetivamente por medio de las relaciones entre el animal-hombre y el ambiente. El territorio solo se hace efectivo cuando los individuos están en relación con otros individuos, significando interacción plural, multiforme y unidad en la diversidad. Hay movimiento *del y en el* territorio, en una lucha continua por la vida *en y por el* territorio-lugar.

El territorio puede ser comprendido como un contexto, como territorio-lugar ligado a territorios-lugares por múltiples relaciones que se (in)materializan en diferentes redes trans-multiescalares. Es deconstruido y reproducido incesantemente, en un único proceso histórico y relacional. Hay sujetos y, concomitantemente, transformación del ser en su-ser-otro, que lo contiene y lo condiciona (in)materialmente. Uno está en el otro, en el movimiento de formación del territorio. Estamos y nos realizamos en la interacción social-natural-espiritual con otros sujetos-hombres-animales, en un ida y vuelta que se objetiva y subjetiva en un único movimiento, todos los días, desterritorializándose y reterritorializándose constantemente a partir de las temporalidades y de las territorialidades.

Soja (1971) es uno de los pioneros en trabajar explícitamente con la noción de territorialidad en una perspectiva crítica y relacional, entendiéndola como comportamientos sociales inherentes a la identidad y a la diferenciación espacial. Para la elaboración que estamos construyendo hay un elemento fundamental en su concepción, vale decir, las relaciones sociales objetivadas espacialmente por los procesos de identificación y diferenciación. Edward Soja entiende la territorialidad como un fenómeno asociado a la organización del espacio en diferentes escalas (de la familiar a la global), que ocurre individualmente y en grupos sociales. “La territorialidad es la conexión esencial entre la sociedad y el espacio [...]” (Soja, 1971: 33). Tiene influencias étnicas, lingüísticas, económicas y políticas, o sea, algunos *ingredientes* centrales: la identidad, la exclusividad y la división del espacio.

Otra contribución importante y que influye mucho en la geografía que se produce en Brasil, es la de Robert Sack. Según este autor, la territorialidad corresponde a las acciones de control en un área del espacio tanto de individuos como de sus actividades y relaciones, lo cual puede ocurrir en

diferentes niveles escalares. El territorio resulta de esas relaciones sociales. La territorialidad es un atributo humano que, correspondiendo a las relaciones sociales de poder que ocurren tanto a nivel personal como de grupo y a nivel internacional, supone el control sobre un área o un espacio: es una estrategia para influir o controlar recursos, fenómenos, relaciones y personas (Sack, 1980 y 1986). “La territorialidad está íntimamente relacionada a cómo las personas usan la tierra, cómo organizan el espacio y cómo asignan significados al lugar” (Sack, 1986: 2). Hay una relación de uso y apropiación de la sociedad en el espacio: “La territorialidad es una expresión geográfica primaria de poder social” (Sack, 1986: 5) que contiene tres facetas interconectadas: la *clasificación* o definición de áreas, la *comunicación* y el *control social*.

La territorialidad, para este autor que tiene una concepción crítica no marxista, no significa solamente creación y sostenimiento del orden, sino que es un *esquema* para crear y mantener el contexto geográfico a través del que experimentamos el mundo y le damos significados. Sin embargo, a pesar de sus cuantiosas reflexiones y contribuciones para la comprensión de las condiciones y territorialidades contemporáneas, reconocemos algunas limitaciones en su concepción, tales como la centralidad dada al carácter areal (demarcatorio), al control y a la autoridad, lo que puede inducir a un abordaje eminentemente areal del territorio y de la territorialidad a partir de la actuación de cierta autoridad. Para nosotros, ofrece tres contribuciones principales: a) la territorialidad entendida como relaciones de poder; b) la territorialidad como mediación en el uso del espacio, o sea, como relaciones sociales y espaciales, y c) el reconocimiento de diferentes niveles escalares, del individual al internacional. La territorialidad significa actuación de por lo menos una autoridad; influencia, control, estrategias, comunicación, clasificación; en fin, poder (Sack, 1983).

Otras referencias también son fundamentales en la procesualidad de construcción del conocimiento-pensamiento, según veremos a continuación. Comencemos con Dematteis (1970), en cuya obra la territorialidad corresponde a la combinación de relaciones territoriales (*horizontales* y *verticales*), locales, extralocales y conflictivas, por tanto, determinadas histórica y transescalaramente, relaciones sociales de producción que se reproducen en la formación del territorio.

Deleuze y Guattari (1972/1976) también reconocen las territorialidades como relaciones que ocurren a partir de la contradicción existente en la ac-

tuación de un Estado que territorializa a los sujetos a través de la inscripción de la residencia. La territorialidad es un elemento de fijación de residencia, apropiación y significado; al mismo tiempo, es movimiento del pensamiento y acciones de interferencia, poder y control. La apropiación es una mediación en la procesualidad de construcción territorial (reterritorialización), que a su vez implica siempre *nuevas* territorialidades: códigos, reglas, acciones, relaciones. Las territorialidades son culturales (folclóricas), políticas (del Estado, de partidos y de barrios), económicas (creación y reproducción del capitalismo) y están presentes en la reterritorialización. Son híbridas, (in)materiales y están en constante movimiento.

Es posible hacer también un análisis relacional, materialista y predominantemente económico de la territorialidad, como lo hacen implícitamente Indovina y Calabi (1974), para quienes hay relaciones de producción en la configuración del territorio, mediadas por relaciones políticas y encerrando los conflictos propios de las relaciones capital-trabajo. Las relaciones ocurren en la circulación y en el consumo de las mercaderías, lo cual está ligado al *uso* del territorio para la reproducción de la fuerza de trabajo y, sobre todo, del capital, como detallamos en el capítulo 2. Territorio significa, en ese abordaje, construcciones/edificaciones, relaciones sociales, dominación, apropiación, interconexión (*malla*), procesualidad histórica del capital; en fin, territorialización en la dinámica desterritorializadora del capital. Las territorialidades son relaciones de trabajo y organización política (Quaini, 1974a y 1974b).

Para nosotros, las territorialidades están directamente vinculadas a las identidades y a las diferencias, sin separarse de las temporalidades, por eso son pluridimensionales, o sea, corresponden a las relaciones sociales, las apropiaciones, las aspiraciones y las prácticas espacio-temporales económicas, políticas, culturales y ambientales, como describimos en el comienzo de este capítulo. Las temporalidades están más ligadas a los ritmos y a las desigualdades económicas, aun cuando ambas —territorialidades y temporalidades— acontezcan simultáneamente y estén en estado de unidad: tanto las territorialidades como las temporalidades son económicas, políticas, culturales y ambientales.

Las diferencias son definidas en la relación entre identidades. Ellas acontecen en el interior de cada grupo y clase social, y entre los grupos y clases. Son individuales y familiares, espaciales y temporales, institucionales y colec-

tivas, culturales y políticas, territoriales y ocurren en cada lugar. Existen diferencias sustantivas entre afrodescendientes e indígenas, entre descendientes de alemanes y de italianos, y otras más sutiles entre los descendientes de portugueses y los llamados brasileños; en fin, hay un millar de diferencias que se objetivan-subjetivan procesualmente todos los días.

La identidad también es procesual y relacional; significa, sucintamente, características comunes que identifican determinado grupo social y su territorio: “[...] un proceso de volverse similar en el interior de un área territorial, con las mismas imágenes, ídolos, normas. [...] Un proceso dinámico de identificación que se haga reconocer al otro” (Raffestin, 2003: 4). “La identidad se construye, deconstruye y reconstruye en el tiempo, o mejor, a través del tiempo” (Raffestin, 2003: 5); tiene alteraciones en el tiempo histórico, en el mismo y en diferentes lugares, aunque normalmente sea relacionada con continuidades-permanencias, regionalismos y movimientos de resistencia, como había indicado Gottmann (1952a). Es un proceso social que involucra la materialidad y la inmaterialidad simultáneamente: (in)materialidad de las formas y relaciones sociales.

Establecemos relaciones afectivas, por ejemplo, con los objetos de uso cotidiano y con las personas de nuestra familia, juntamente con nociones de pertenencia a cierto barrio, determinada calle y lugar-territorio. Los hombres, a través de sus gestos, necesidades y aprendizajes, producen y renuevan territorialidades, desigualdades, diferencias e identidades. Hay una sucesión de identidades que se *cancelan* y se *desagregan*, dejando trazos-características materiales e inmateriales en el territorio. Identidades, desigualdades y diferencias coexisten.

Hay múltiples actividades y territorialidades en nuestra vida cotidiana, producto y condición de la totalidad existente entre los niveles local, regional, nacional e internacional: las dinámicas escalar (areal) y reticular no son excluyentes. Ellas acontecen al mismo tiempo, articulando sujetos, lugares, territorios en redes próximas y distantes, formando cruzamientos (*crocevia* e *incrocio*), nudos y mallas que están en la base de la formación de cualquier territorialidad y territorio, en cualquier relación espacio-tiempo, como ya se ha explicado en este texto.

Vivimos en una época de simultaneidades, así como de superposiciones de territorios, de dispersión, de cruces, de relaciones próximas y, sobre todo,

distantes. Época de las redes y las múltiples relaciones e identidades. Los caminos y los puentes, por ejemplo, que otrora eran utilizados para conexiones más simples y lentas, actualmente facilitan cada vez más la circulación y la acumulación de capital instantáneamente. “El camino lleva al mercado; genera lugares de mercado, implica mercaderías, vendedores y consumidores” (Foucault, 1984/2010: 42).

Las rutas, dependiendo de las condiciones sociales y territoriales de los sujetos, pueden facilitar o dificultar la circulación de personas, automóviles, camiones, mercaderías e informaciones. Los cruces de vías son explotados tanto para fines mercantiles como militares; para policía, control y aceleración del movimiento de rotación de mercaderías. Por eso asumen cada vez mayor importancia en la organización de cada territorio, como demostrara Gottmann (1947, 1952a, 1973 y 2005). Los cruces y vías forman siempre *nuevas* redes de circulación y comunicación, interconectando lugares, personas y territorios, consustanciando transterritorialidades, trans-multiescalaridades y transtemporalidades.

La fluidez es un movimiento perpetuo que se descompone en múltiples movimientos particulares de circulación, fundamentales en la territorialización, que influye directamente en el *nacimiento* de las ciudades y en su crecimiento por medio de puertos, ferrovías, autopistas y aeropuertos. Los cruces de las calles son centrales para las edificaciones de restaurantes, puestos de gasolina, poblados, etc.; facilitan contactos, relaciones, interdependencias, y forman redes de comunicación y circulación. “Una gran ciudad como París es un cruce que consiste en la amalgama de un gran número de elementos, de los cuales algunos son especializados: las estaciones ferroviarias, el puerto fluvial, las intersecciones de caminos, los aeropuertos, los mercados [...], el encontrarse de corrientes de población, de ideas, de mercaderías, todo se superpone y se compenetra [...]” (Gottmann, 1947: 3). Eso corresponde a un proceso de relaciones, de interacciones y territorialidades, bien percibidas en geografía por Jean Gottmann de forma histórico-crítica en la década de 1940.

Es importante notar, además, que la circulación es fundamental en la reproducción ampliada del capital, o sea, es el punto de partida y de retorno, mediación en el movimiento perpetuo de producción y valorización del capital. El valor de cambio es premisa y resultado de la circulación y se objetiva en la fisicalidad-abstracción de intercambio (Sohn-Rethel, 1989) como instante mediador de la transacción mercantil y de la apropiación del trabajo ajeno.

“[...] El capital domina la totalidad de sus relaciones” (Marx, 1985: vol.1, p. 163) y es el intercambio el que dinamiza la continuidad de la circulación y de la valorización del capital. “Una condición de la producción capitalista es, por lo tanto, la creación de una *órbita de circulación cada vez más amplia* [...]”. El capital tiende, por un lado, a crear cada vez más exceso de trabajo y, por otro, como complemento, tiende también a crear más puntos de intercambio” (Marx, 1985: vol.1, p. 276, cursiva del original). El capital tiene un carácter destructor-creador; rompe los límites y barreras más diversas con una lógica de crecimiento tendencialmente mundial.

Los caminos están en el seno de la formación y gestión del territorio, de su desorganización y control por los agentes del capital, por el Estado, por las ONGs, por los sindicatos, por las asociaciones y las instituciones culturales. Hay siempre mayor complejidad de las territorialidades y temporalidades. Los caminos y puentes forman redes complejas, nexos (in) materiales, mediando la distribución y el consumo y, por consiguiente, la producción, la movilidad de la fuerza de trabajo y la comunicación de las informaciones en un proceso que puede ser denominado *integración versátil* (Anastasia & Corò, 1996; Rullani, 2004) o *interdependencia dialógica* (Rullani, 2009), que genera de manera trans-multiescalar y transterritorial, identidades plurales en unidad dialéctica, en el sentido trabajado por Lefebvre (1969/1995). Cotidianeidades y globalidades interactúan y caracterizan las transterritorialidades, las transtemporalidades, las trans-multiescalaridades, y viceversa.

Uno de los autores que más se destacan a nivel internacional en los estudios del territorio y de la territorialidad, como ya planteamos en este y en otros textos, apoyando nuestra argumentación, es Raffestin (1976, 1977, 1978a, 1978b, 1980/1993, 1983 y 1987), para quien la territorialidad es comprendida como relaciones sociales percibidas y representadas por medio de los sentidos. Hay *tres mundos*: el *real*, el de las sensaciones y el de las representaciones; esto es, el concreto-vivido, las percepciones y las imágenes creadas a partir de las lenguas. La territorialidad es relacional y dinámica, con un carácter (in) material ligado a los *tres mundos* mencionados; es, por lo tanto, multidimensional e inherente a la vida en sociedad. El hombre vive las relaciones sociales, la construcción del territorio, interacciones y relaciones de poder; diferentes actividades cotidianas, mallas, nudos y redes; relaciones de distintas escalas *espaciales y sociales*, que varían en el tiempo histórico y en el espacio. “He aquí

por qué pensamos que el análisis de la territorialidad solo es posible por la aprehensión de las relaciones reales recolocadas en su contexto socio-histórico y espacio-temporal” (Raffestin, 1980/1993: 162).

En las territorialidades y en los territorios hay relaciones de poder, redes de circulación y comunicación, control de recursos naturales, entre otros componentes que indican relaciones sociales entre sujetos y entre ellos con su lugar de vida, tanto económica como política y culturalmente. La territorialidad humana es un conjunto de relaciones materializadas por los hombres como miembros de un grupo, clase social, y con la exterioridad. Esas relaciones son mediadas por las lenguas, religiones y tecnologías. Las relaciones humanas significan interacciones, son simbólicas y materiales (Raffestin & Bresso, 1979; Raffestin, 1980/1993, 1986a y 1987; Dematteis, 1999) y están siempre presentes en el proceso de territorialización.

Esta concepción de territorialidad es ratificada y ampliada en Raffestin (2010), comprendida a partir de las prácticas de los hombres en el espacio, material (uso de la tierra, por ejemplo) e inmaterialmente (representaciones). Son las relaciones que los hombres tienen entre sí y con el ambiente (urbano y rural), con la ayuda de mediadores (también materiales e inmateriales), especialmente por el trabajo, buscando la conquista de la autonomía. La territorialidad, entonces, resulta de las acciones de los *actores* sociales, individual y/o colectivamente. Concepción elaborada a partir de la comprensión del territorio como producto de las relaciones sociedad-naturaleza, diacrónicas y sincrónicas, sustentando un proceso territorial a partir de las acciones de los individuos, de las instituciones y de los grupos sociales.

La territorialidad ocurre como síntesis de las relaciones *bio-sociales*; es múltiple o *multi-lateral*, permanente y temporal, simétrica y asimétrica (Raffestin, 1977). Como mencionamos en la introducción, Claude Raffestin notó, ya en la década de 1970, la existencia de territorialidades múltiples efectivadas en las relaciones de alteridad y exterioridad y, al mismo tiempo, relaciones dadas en la dinámica sociedad-naturaleza. Relaciones vividas, por ejemplo, por un niño cuando se transforma en adolescente y después en adulto: hay rupturas y aspectos formativos que son reproducidos en medio de las *nuevas* relaciones establecidas. Creamos múltiples relaciones, valores, comportamientos y actitudes que sustentan nuestra territorialidad cotidiana a lo largo de nuestra vida animal-social-espiritual.

El *actor* trabaja individual y *colectivamente* para alcanzar sus objetivos y metas, interactuando por medio de mediadores materiales e inmateriales con el ambiente inorgánico y generando el territorio (Raffestin, 1980/1993 y 2005): las viviendas, las fábricas, los puentes, las calles, los barrios, una chacra para el cultivo agrícola, los comercios, las escuelas, los puertos, las ferrovías, las autopistas, etc., formas y significados pasados y presentes-concomitantes espacial y temporalmente (transtemporalidades). La territorialidad determina la formación de cada territorio, siendo influida por este (el territorio), y ocurre también por medio de la apropiación concreto-abstracta y de las demás prácticas espacio-temporales que, por tanto, también son territoriales, como ya hemos dado a entender.

Así, el territorio corresponde a un significante con significados presentes y pasados vividos, percibidos, sentidos y analizados distintamente. “[...] La temporalidad conserva y prolonga el pasado en el presente y en el presente anticipa el futuro, en el que el presente hecho pasado se conservará [...]” (Raffestin, 2005: 91). El presente es efímero: vivimos el presente como instante-momento del pasado y del futuro, y también como temporalidades coexistentes por medio de los ritmos y relaciones sincrónicas. No hay presente sin tiempo, sin las transtemporalidades y sin las territorialidades.

Algunos aspectos de nuestra concepción están presentes, por ejemplo, en Santangelo (2005) y Governa (2005), tales como la transescalaridad-multiescalaridad de las territorialidades y de los procesos de desarrollo, comprendida, por tanto, como niveles escalares relacionales y reticulares: son interacciones locales y extralocales con múltiples direcciones y significados. “La transescalaridad [...] redefine la territorialidad y puede ser vista como un atributo central de la misma” (Governa, 2005: 51). Las redes influyen en las territorialidades y estas generan redes y, por tanto, transescalaridades. Cada administrador público, por ejemplo, de ONG o de Gobierno; cada empresario, agricultor, profesor, ganadero, sindicalista, etc., tiene sus territorialidades, sus redes y sus escalas de actuación, así como un ritmo singular que lo diferencia cotidianamente (Saquet, 2001/2003, 2007a y 2007b).

Hay, entonces, una multiplicidad de escalas o niveles territoriales objetivados-subjetivados, según sea cada relación espacio-tiempo (sincronía-diacronía) territorializada. “Todas las relaciones son interdependientes entre sí. Las redes de los sujetos locales desenvuelven en su interior relaciones coo-

perativas, conflictivas y de negociación [...]” (Dematteis & Governa, 2005b: 29-30). Cada relación social que vivimos cotidianamente concretiza-idealiza las territorialidades y temporalidades, ya sean estas asociativas, familiares, religiosas, pactuales, concurrenciales, empresariales o cooperativas, encerrando relaciones de poder, redes, nudos, identidades y diferencias, juntamente con nuestra naturaleza inorgánica que está siempre presente como animalidad y espiritualidad en nuestras construcciones sociales, como ya vimos en el capítulo 3, confiriendo un carácter (in)material-pluridimensional al territorio, a la territorialidad y a la temporalidad. La territorialidad es cada vez más compleja y plural en virtud de la diversidad identitaria, de las diferencias, de las relaciones políticas, de los regionalismos, de los procesos económicos, técnicos, tecnológicos y ambientales.

Sucintamente, las territorialidades acontecen en diferentes niveles escalares: en las familias, en las calles, en los barrios, en las ciudades, en las “comunidades rurales”, en los municipios, en los Estados, en las regiones, en los países, entre países y continentes. Significa el ejercicio del poder, las diferencias, las identidades, las desigualdades, los lenguajes, las apropiaciones, las redes, las representaciones; un híbrido de apropiaciones, prácticas cotidianas y de interacciones sociales-naturales-espirituales.

La territorialidad de cada comerciante es una red de relaciones que interconecta individuos. Es el poder siendo ejercido. Pero esa territorialidad extrapola tal relación y encierra territorios en el espacio, complejizando su red de control *de* y *en* el espacio de la producción. El negociante des-territorializa, creando *nuevos* límites y relaciones. Son territorios superpuestos, heterogéneos y discontinuos, pero también son continuos e interconectados con otras redes y territorios de escala mayor y movidos por la lógica del capital y, simultáneamente, por la lógica de la dominación social, política, en la que la dimensión cultural es abarcada por los flujos mercantiles [...]. La discontinuidad, la conexión son el orden en el aparente desorden de la dinámica económica [...] (Saquet, 2001/2003: 214).

A partir de lo expuesto, la definición de territorialidad extrapola las relaciones de poder político, los simbolismos de los diferentes grupos sociales y encierra, al mismo tiempo, los procesos económicos y ambientales centra-

dos en sus agentes sociales, esto es, significa relaciones sociales, intenciones, apropiaciones, dominios y prácticas espacio-temporales (in)materiales. Las territorialidades tienen un carácter relacional, histórico, plural y significan cotidianidades en los tiempos y en los territorios, en el movimiento relacional-procesual del ser social-natural-espiritual.

Vida cotidiana producto y condición de la reproducción de relaciones sociales, del espacio, del lugar (Lefebvre, 1968/1991a y 1972/1976b) y del territorio, significa también heterogeneidad (Heller, 1970/1991). Es (in)material —o sea, espiritual, social y natural a un mismo tiempo— y significa deseos, aspiraciones, influencias, apropiaciones, necesidades, lenguajes, edificaciones, signos, miseria, riqueza, repeticiones, cambios, frustraciones, técnicas, familias, interacciones, emociones, razones, trabajos, redes, desencuentros, encuentros, conflictos, desigualdades, identidades, diferencias; en fin, vida y muerte. La vida es, al mismo tiempo, simple y compleja en lugares creados por los hombres, muchas veces no para sí mismos, sino arreglados para atender lógicas exógenas vinculadas a la reproducción ampliada del capital.

La territorialidad significa las relaciones diarias, momentáneas y procesuales, que los hombres mantienen entre sí, con su naturaleza interior y con su naturaleza inorgánica, para sobrevivir biológica y socialmente. La territorialidad es el acontecer de todas las actividades cotidianas, ya sea en el espacio de trabajo, de placer, de la iglesia, de la familia, de la escuela, de la calle, del barrio, resultado y determinante del proceso de producción de cada territorio en el movimiento más amplio de *TDR*.

El movimiento del pensamiento en sensaciones, percepciones, lecturas, reflexiones es un aspecto de lo abstracto que es inherente a los procesos territoriales significando, al mismo tiempo, objetividad. Es la *nada* llena, el ser-*nuevo* ya pretérito (o lo contrario), abstracto y concreto, a un mismo tiempo. Hay pensamiento en movimiento sobre el movimiento que es multitemporal y multiescalar. En lo (in)material hay interacción y unidad entre las dimensiones sociales y de estas con la naturaleza exterior al hombre. Los territorios y las territorialidades son multiformes, con múltiples *contenidos*. Tanto las fuerzas *materiales* como las *ideales* son (in)materiales, produciendo discontinuidades, tiempos y territorios (Saquet, 2007a: 171-172, cursivas del original).

Las dimensiones sociales del territorio (economía, política y cultura) están en el mismo nivel, si bien una(s) u otra(s), en cada lugar y momento y/o período histórico, puede(n) predominar sobre las demás (Haesbaert, 2002; Saquet, 2003). Cada individuo, grupo y clase social se organiza de acuerdo con sus metas, sus valores, sus tecnologías, sus intereses, etc., que pueden ser predominantemente económicos y/o políticos y/o culturales y/o ambientales. Lo que cambia y/o permanece, para cada relación espacio-tiempo, es el arreglo territorial, a través de las edificaciones, de las relaciones y de los significados que ese arreglo asume. Las territorialidades y temporalidades están siempre ahí, presentes, como (in)materialidad. La separación entre los factores, los elementos y las relaciones es apenas un recurso didáctico utilizado en el proceso de conocimiento, comprensión, representación y explicación de la vida.

La territorialidad es, concomitantemente, trans-multiescalar y trans-multitemporal: es reproducida con discontinuidades espaciales y temporales, por medio de las relaciones sociales-naturales vividas por el hombre-animal o animal-hombre cotidianamente, lo cual significa que la reproducción es espacio-temporal-territorial. Significa, a un mismo tiempo, procesualidad y relatividad, tanto histórica como espacialmente. Tanto la territorialidad como la temporalidad son procesuales y relacionales al mismo tiempo y contribuyen en la definición, muchas veces efímera y fugaz, de los territorios y de sus desigualdades, diferencias e identidades.

Cada grupo social con sus territorialidades específicas define territorios singulares y distintos (Hussy, 2002), constituyendo diferentes niveles espaciales de territorios superpuestos; algunos son más amplios, otros más restringidos, pero todos son concomitantes y pluridimensionales. Y esos territorios asumen la forma de área, área-red, red-red, o también de manchas. Hay una heterogeneidad presente en cada país, Estado, municipio, ciudad, unidad productiva o de servicio, calle, barrio, familia, determinada por las dimensiones de la economía, política, cultura, naturaleza (E-P-C-N). Y es esa heterogeneidad la que condiciona, paradójicamente, la identidad, y simultáneamente los tiempos, los territorios, las territorialidades y las temporalidades en una relación de unidad futuro-pretérito presente en la unidad agrario-rural-urbano-ciudad.

La territorialidad significa mediación simbólica, cognitiva y práctica que la materialidad de los lugares ejerce sobre la *acción social* (Raffestin, 1986a y

1986b; Turco, 1988; Dematteis, 1999), y es, concomitantemente, condicionante de la (in)materialidad de los lugares y territorios, pudiendo significar —como propugnan Dematteis (1999 y 2001) y Rullani (2009)— *territorialidad activa*, a partir de la organización política para el planeamiento y el desarrollo, asumiendo el carácter de movilización y lucha política. La territorialidad involucra individuos que forman parte de grupos relacionados y mediados por el territorio. Es más amplia que la demarcación, delimitación y control del espacio y del territorio. Significa, además de lo ya expuesto en este capítulo, valorización de las condiciones y potencialidades de los diferentes territorios-lugares. Encierra relaciones de conflictividad, concurrencias, asociativas y de ayuda mutua.

Hay diferentes niveles escalares del territorio y de las territorialidades: individuo, familia, propiedad, calle, barrio, localidad, ciudad, municipio, región, Estado, nación, continente, “bloques” económicos y relaciones globales. De esa manera, las territorialidades definen identidades para cada territorio (Dematteis, 1999; Saquet, 2007a) en una especie de *territorio patrimonio*, según dice Bourdin (1984), o de un *código genético*, para Magnaghi (2000). Patrimonio que puede ser entendido como *local* sin dejar de ser, evidentemente, de la humanidad en general: *el patrimonio hace el territorio* y este está en aquel (Bourdin, 2001) por medio de la actuación de los sujetos.

El territorio, por tanto, es resultado y condición de los procesos sociales, espaciales, ambientales y de desarrollo. Por eso argumentamos a favor de una geografía de las territorialidades y de las temporalidades orientadas a la cooperación, al desarrollo con más justicia social, recuperación ambiental, solidaridad, participación y preservación del territorio en su pluridimensionalidad como patrimonio de la humanidad. Para eso es necesario reordenar las relaciones de poder y aprovechar las relaciones identitarias, políticas y de cohesión.

En Saquet (2001/2003), a partir de la concepción de Rullani (1997), elaboramos la idea de que la identidad es concebida como unidad de diferencialidades económicas, políticas y culturales. La identidad y la cohesión *en la y de la* territorialización son efectivadas por contradicciones, como determinantes del desarrollo.

Posteriormente reforzamos tal concepción (Saquet, 2004 y 2007a), entendiendo la identidad como producto histórico y condición para el desarrollo,

en el sentido indicado por Dematteis y Governa (2003) y por Raffestin (2003). Significa unidad de relaciones, lugares, personas, histórica y dialécticamente constituida, económica, cultural y políticamente. En la propia naturaleza exterior al hombre hay interacciones que ligan, conectan los lugares y las personas a través de la circulación de las masas de aire y de los ríos, por ejemplo.

La identidad es plural, el ser y no-ser se constituyen y están presentes en la territorialización, en las territorialidades y en las temporalidades. Es en el movimiento donde está la unidad, la interacción, la fluidez. Hay unidad contradictoria y compleja; la política está en la economía y esta en aquella; la cultura, en la política, y viceversa; lo mismo ocurre en la relación cultura-economía. Cada uno de esos procesos está en el otro: economía-política-cultura, unidos con la naturaleza exterior al hombre. La vida es pluridimensional, transtemporal, trans-multiescalar y transterritorial en virtud de las temporalidades y territorialidades, por ser estas próximas y distantes, relacionadas, superpuestas e ininterrumpidas en cada relación espacio-tiempo y en los procesos *TDR*.

Es fundamental reconocer las identidades, las desigualdades y las diferencias; la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad, en un abordaje (in) material del/los territorio/s, de la/s territorialidad/es y de la/s temporalidad/es, que reconozca el movimiento histórico, relacional, plural, trans-multiescalar y transtemporal, en el intento de apoyar directamente la elaboración de propuestas, acciones y actividades para un desarrollo con más justicia social. Propuestas y acciones que puedan significar iniciativas de construcción de identidades y territorialidades con la participación de diferentes sujetos, de instituciones públicas, de ONGs, de asociaciones de residentes, de sindicatos, de profesores, de estudiantes, entre otros; que puedan significar tentativas de cooperación y gestión participativa y dialógica de la diversidad y del desarrollo.

5. Una concepción de la geografía orientada a la cooperación y al desarrollo territorial

Si quisiéramos distinguir las cosas ciertas de las equivocadas —las “verdaderas” de las “falsas”— la manera más simple es preguntarnos hacia dónde nos llevan las decisiones individuales y colectivas, privadas y públicas que tomamos en relación con tales interpretaciones. Si consideramos que estas mejoran significativamente nuestro ambiente de vida, sin perjudicar el de quien habita en otras partes del planeta, podemos afirmar que son geografías “verdaderas”. Con la palabra “verdadero” queremos decir, entonces, una performación “justa” y eficaz. Y “justo” no es solo lo que proviene de una demostración teórica, sino también, sobre todo, lo que, a través de conocimientos científicamente fundados, se muestra como *sustentable*, considerando todas las facetas de la sustentabilidad: ambiental, económica, social, cultural. [...] Es así que yo pienso que los geógrafos, hoy, no pueden limitarse a describir los territorios sin tener la responsabilidad de contribuir a la mejora de los sistemas y, con estos, del sistema planetario. Pueden hacerlo individualizando y describiendo, en las diferentes escalas, las condiciones favorables o contrarias en relación con la creación de relaciones coevolutivas virtuosas con la biósfera y, a través de ellas, relaciones sociales que reducen las enormes desigualdades y las utilizaciones equivocadas de los recursos naturales y humanos que existen hoy en día (Dematteis, 2008: 12-13, cursivas del original).

La investigación científica y la concretización de proyectos de desarrollo pasan, necesariamente, por el análisis e interpretación de las territorialidades

y temporalidades, contraponiéndose al *statu quo*, desgastándolo y tratando de amenizar los procesos de subordinación y explotación, así como también los de concentración de riqueza, centralización de poder y degradación del ambiente. La relación territorialidad-temporalidad con un contenido político bien definido puede ser transformada en un paradigma que favorezca una interfaz-interacción más intensa entre intelectualidad-ciencia y cotidianidad-saber-arte, en una praxis de transformación territorial en favor de las necesidades y deseos del pueblo. “El conocimiento del territorio y de sus valores culturales se posiciona como una forma de defensa de las identidades locales que las tensiones globalizantes de la economía y de la comunicación tienden a destruir” (Turri, 2002: 7). El conocimiento y el saber son estratégicos en un proceso de gestión territorial y de desarrollo.

La producción de conocimiento se da en el nivel de la sociedad local, vinculando sus relaciones, valores, creencias, ritmos, ritos, etc., por medio de mediaciones entre el saber y la ciencia, entre sentido común, técnicas, tecnologías, ideologías y culturas. Es necesario que el investigador sea un sujeto consciente y activo en los procesos que estudia, reflexivo, que trabaje en redes de cooperación con otros investigadores y especialmente con los sujetos estudiados.

Entendemos que el desarrollo es una problemática territorial, como explicitamos en Saquet (2001/2003, 2011a, 2011b, 2014a y 2014c), considerando aspectos de las concepciones elaboradas por Furtado (1964 y 1986), Gramsci (1923/2005: 93-96 y 1995) y Oliveira (1977), pero especialmente de las producidas por Bagnasco (1977 y 1988), Magnaghi (1995, 2000 y 2009) y Dematteis (1985, 1994, 1995 y 2001). Los procesos de desarrollo necesitan ser orientados y objetivados por medio de principios como participación, cooperación, producción de alimentos saludables, preservación ambiental, valorización y conservación del *patrimonio territorial* (Magnaghi, 2000, 2003 y 2011) de cada grupo social y lugar-territorio.

El desarrollo tiene una naturaleza dialéctica, contradictoria y conflictual; se caracteriza por procesos económicos, políticos y culturales en ciertos *ecosistemas naturales locales*; los sujetos son capaces de organizarse *autónoma* y *colectivamente* por medio de las relaciones y redes internas y externas a lo local, intentando garantizar la *autorreproducción* de los procesos de desarrollo articulados territorialmente en *nudos de redes* locales y extralocales (Dematteis, 1994 y 1995).

Este proceso de cooperación orientado al desarrollo territorial de base local exige una praxis centrada en el hombre como un ser *histórico-social*, creador y transformador, que al reflexionar sobre su práctica puede filosofar crítica y conscientemente (Vazquez, 1977/1990). Hay unidad indisoluble entre teoría y práctica, transformación consciente que pasa, necesariamente, por la formación política continua. Para que el hombre cambie el mundo es preciso transformarse en praxis, pues así hay transformación del hombre y del mundo simultáneamente. La acción sobre lo *real* es inseparable de una formación de las conciencias. Es necesario, por tanto, que la praxis sea *creativa*, consciente y *reflexiva*, como bien argumenta Vazquez (1977/1990).

“[...] Para comprender la realidad de los territorios no basta una geografía de los lugares ni de las simples relaciones entre los lugares, sino que es necesaria una geografía de las subjetividades, de las relaciones sociales, de la proyección y del hacer colectivo” (Dematteis, 2007: 33). Concepción ya vista, por ejemplo, en Dematteis (1980b), que sin restringirse a describir, analizar, criticar e interpretar, apoya directamente la actuación docente junto con los representantes de las instituciones en procesos de desarrollo en los términos mencionados más arriba.

Visión prospectiva también de Milton Santos en favor de la dignidad, de la felicidad y de *nuevos* credos políticos a partir de la práctica de la solidaridad, definiendo *nuevos* usos y objetivos para las técnicas en cada lugar: “Este no es solamente un cuadro de vida, sino un espacio vivido, es decir, de experiencia siempre renovada, lo que permite, al mismo tiempo, la revalorización de las herencias y la indagación sobre el presente y el futuro” (Santos, 2000: 114). Corresponde al geógrafo ser uno de los profesionales vinculados al estudio, la discusión y efectivación de proyectos de desarrollo. “Una ciencia del hombre debe ocuparse del futuro no como un mero ejercicio académico, sino para tener dominio sobre este. Ella debe intentar dominar el futuro para el Hombre, esto es, *para todos los hombres*, y no solo para un pequeño número de ellos” (Santos, 1978: 261, cursivas del original).

Evidentemente, no estamos tratando de aquella solidaridad *como efecto de poder* (Demo, 2002). La solidaridad debe significar reciprocidad, ayuda mutua, espontaneidad, directamente vinculada con la conquista de la autonomía en las decisiones —por más que esta sea relativa— a partir de la formación y cualificación política. La solidaridad debe ser construida entre las personas,

históricamente, en las conversaciones, en los debates, en las decisiones, en la vecindad; en fin, en la praxis cotidiana. La solidaridad no puede perder de vista el *proyecto contra-hegemónico como obra colectiva* (DEMO, 2002), y puede ser generada con autonomía en la proximidad; esta facilita la creación de redes de cooperación y la unidad para la acción (Bourdin, 2001). “La autonomía se va constituyendo en la experiencia de varias, innumerables decisiones que van siendo tomadas” (Freire, 1996/2011: 105). La autogestión, a su vez, apunta al desafío de gobernarse con autonomía, debiendo tener en cuenta la dependencia en relación con los otros (Demo, 2002).

En el abordaje que estamos construyendo hay un reconocimiento de la perspectiva areal y reticular, en las formas área-red, red-red y red-lugar (territorio-red-lugar), pudiendo las territorialidades y las temporalidades ser potencializadas como estrategias de organización política y lucha por mejores condiciones de vida. Esa concepción tiene un fuerte contenido político, de organización societal y territorial, en busca de la transformación con más equidad social, intentando potencializar la autogestión, las identidades, las contradicciones, la producción de alimentos agroecológicos, la recuperación y la preservación ambiental, sin disminuir, evidentemente, la importancia del Estado.

“Aquel que quiere hacer alguna contribución eficaz a las políticas territoriales debe pensar la territorialidad como un conjunto de relaciones sociales que [...] se realizan por medio de las *cosas* y de las *transformaciones materiales de las cosas*” (Dematteis, 2001: 14), en una concepción pluridimensional y utilizable, vinculada directamente con los procesos de gestión participativa de los territorios y lugares.

Creemos que la territorialidad inclusiva, en escala planetaria, de relaciones de alteridad y exterioridad, que tenga en consideración la complejidad social y ecológico-ambiental, puede favorecer comportamientos-acciones-actitudes auténticamente cooperativas en favor de todos los habitantes del planeta sin comprometer las condiciones ambientales (Dansero & Bagliani, 2005). El desarrollo implica siempre la actuación de sujetos locales en procesos interactivos, que puedan innovar sin destruir el patrimonio histórico y sin degradar el ambiente; que puedan administrar en forma autónoma el lugar sin ignorar las relaciones y redes extralocales, en una concepción prospectiva para la gestión coparticipativa del desarrollo que valore las especificidades de cada lugar-territorio, tanto económicas como políticas, culturales y ambientales.

Es fundamental reconocer la unidad de los tiempos histórico y coexistente, las dis-continuidades y aspectos de la relación sociedad-naturaleza. Hay unidad de territorialidades y temporalidades, de cambios y de continuidades, en el tiempo y en el espacio, que denominamos articulación territorial trans-multiescalar, transtemporal, transterritorial y pluridimensional, a partir de las contribuciones muy importantes de autores ya mencionados en este y en otros textos de nuestra autoría, tales como Claude Raffestin, Giuseppe Dematteis, Alberto Magnaghi, Milton Santos, Roberto Camagni, Enzo Rullani, Arnaldo Bagnasco, Norbert Elias, Massimo Quaini y Roger Brunet.

Esa elaboración se da a partir de la relación espacio-tiempo-territorio, relación que puede ser complementada con los conceptos de lugar, paisaje o región. Las conjugaciones conceptuales —como orientación teórico-metodológica para la investigación científica y para la elaboración y actuación en proyectos alternativos de desarrollo territorial— dependen de los propósitos de cada equipo, o sea, de los objetivos, de las metas, de la problemática de desarrollo y de la posición política adoptada. Es una concepción para comprender, explicar, representar y actuar en los territorios y en los lugares con sus habitantes.

Así, la territorialidad es uno de los componentes fundamentales del desarrollo, abarcando siempre procesos políticos, económicos, ambientales y culturales, o sea, interacciones entre los sujetos y la (in)materialidad del territorio. Los sujetos producen históricamente el territorio de acuerdo con sus objetivos, metas, recursos financieros, técnicas, tecnologías, ideologías, apropiaciones, etc., y el territorio influye directamente en la procesualidad social-natural-espiritual, adquiriendo de esa manera centralidad en las discusiones y construcciones de los proyectos de desarrollo. No es posible descuidar las características plurales, naturales y sociales, históricas y relacionales de cada territorio cuando tenemos un compromiso político con la calidad de vida del pueblo y con la recuperación y preservación ambiental.

Por eso, las territorialidades deben ser consideradas teniendo en cuenta: a) la coherencia interna de cada lugar, lo que remite a los límites y diferencias; b) el proceso histórico, inherente a las tradiciones, a la memoria y a las actitudes, y c) la *tensión teleológica*, que remite a proyecciones futuras (Dematteis & Governa, 2003). Eso implica, evidentemente, la necesidad de comprender y explicar las relaciones sociales, las apropiaciones y las intencionalidades;

en fin, las prácticas espacio-temporales —como enunciamos en el capítulo 4— para apoyar la discusión, el planeamiento y la realización de proyectos y programas de desarrollo territorial de base local.

Las identidades, fundamentales en la organización política, significan pertenencia, afectividad, cohesión y posibilidad de resistencia y proyección colectiva del futuro, respetando las diferencias. La identidad se construye *colectivamente* por los sujetos locales, interactuando entre sí y con el *milieu*, y significa una forma para dinamizar, políticamente, las singularidades en favor del desarrollo local: los principios organizativos de una sociedad local permiten y facilitan la reunión, la discusión, las relaciones de confianza y la proyección del futuro.

“Un desarrollo local autosustentable, fundado en el reconocimiento y valorización de las identidades de los lugares debe, antes que nada, ser *desarrollo de la sociedad local* [...]” (Magnaghi, 2009: 291, cursivas del original). Territorios, identidades y diferencias, territorialidades y temporalidades son comprendidos más allá de la caracterización y explicación de cierta situación territorial. Hay un carácter *político-operativo* (Dematteis, 1994 y 2001; Bozzano, 2000; Saquet, 2007a) muy fuerte que apoya, necesariamente, la realización de una geografía para la cooperación y para el desarrollo territorial con más justicia social y protección del ambiente.

En una geografía que aspire a la cooperación y al desarrollo, debemos hacer un análisis de contextos territoriales en diferentes escalas espaciales y temporales como conocimiento indispensable para los programas y proyectos de cooperación, intentando mejorar la eficiencia y la eficacia de las políticas públicas. Es necesario producir el saber geográfico de manera plural, dialógica y participativa, estimulando la inclusión de la población en la colecta de los datos, en los análisis y en la definición de los proyectos; saber que debe ser útil para los sujetos y las actividades que apunten a la cooperación y el desarrollo (Dansero, 2008).

Esta perspectiva puede ser trabajada, por ejemplo, de acuerdo con la propuesta de Turri (2002), referente al *territorio-problema*, situación en la que el conocimiento es generado y utilizado directamente para beneficio de la sociedad y de los habitantes a partir de un esfuerzo político de quien lo generó, socializando los resultados de la investigación con quien toma las decisiones y con los habitantes.

Quaini (1994a y 1994b) también nos ayuda a ampliar esa concepción, cuando comprende los paisajes y los lugares en los territorios de modo (in) material, histórico y trans-multiescalar, viabilizando una interpretación de las redes, de las identidades, de los poderes y de las temporalidades que pueden generar amplios estudios para apoyar la efectivación participativa del desarrollo. Debatir y planear los proyectos territoriales significa, en primera instancia, entender tanto su diversidad como su identidad, las condiciones ambientales y las experiencias locales que pueden ser dinamizadas juntamente con las nuevas iniciativas de desarrollo, dotando al territorio de ciencia y arte (Magnaghi, 2009) de acuerdo con sus singularidades.

En esa perspectiva, los conceptos de lugar y paisaje forman una unidad con el territorio: la construcción de los lugares es histórica y significa, al mismo tiempo, la materialidad del paisaje y la posibilidad de proyectar el mundo en el que vivimos (Quaini, 2004 y 2006). El paisaje es vivido y sentido con mitos, sueños y emociones, siendo, por lo tanto, (in)material y componente necesario para replanear la vida con mayor calidad: “El paisaje es, ante todo, este sueño siempre incompleto de perfección [...]. Sueño siempre incompleto, pero no por eso irrealizable. [...] El paisaje se materializa en cuanto penetra, inspira y modifica el *proyecto territorial*” (Quaini, 2006: 14, cursiva del original), o sea, existe la posibilidad de potencializar el paisaje como mediación para el desarrollo y mejoría de las condiciones de vida por medio del planeamiento y de la gestión territorial.

El lugar es aquí entendido como un espacio extremadamente complejo, resultado y condición del movimiento más general de reproducción de la sociedad por el movimiento de la totalidad (Carlos, 1996) y de las múltiples relaciones humanas que involucran, siempre, a la naturaleza exterior al hombre en cada relación espacio-tiempo-territorio. Contiene una multiplicidad de relaciones, procesos y elementos que sustentan la cotidianidad y un espacio político por excelencia. Así, tenemos el territorio-lugar —como ya mencionamos— con afectividad, reconocimiento, pertenencia, relaciones de poder, conflictos, disputas, contradicciones, redes, etc.

Uno de los autores que nos ayudan a pensar de esta forma es Turco (2010), quien entiende el lugar, junto con el ambiente y con el paisaje, como *configuraciones de la territorialidad del mundo*. Es una manera que encontró para relacionar territorio, lugar y paisaje. El lugar es resultante, así, de dinámicas

sociales e históricas que *individualizan el espacio*, como *locus* de vida, sentimientos, símbolos, violencia, poder y acciones sociales. Los lugares tienen, por tanto, *cualidades territoriales* (Turco, 2010).

Es necesario que el territorio-lugar sea considerado como un conjunto de patrimonios por medio de los que se construyen *nuevos* estilos de desarrollo sustentable o autosustentable, en lo cual hay relaciones entre los sujetos y de estos con el ambiente (Magnaghi, 2003). Territorio resultante de las relaciones sociales, de las identidades, diferencias y desigualdades, generando y siendo influido, muchas veces, por identidades territoriales. Hay allí, en la concepción de Magnaghi (2000), una relación directa con el desarrollo que debe ser entendida en la perspectiva de la *sustentabilidad territorial*, abarcando procesos ambientales, económicos, culturales y políticos.

Es necesaria también una concepción pluridimensional, relacional, histórica y reticular de las políticas públicas que reconozca y valore las trans-temporalidades, las transterritorialidades y las trans-multiescalaridades de cada grupo y clase social en su lugar-territorio. Es preciso nutrir con nuestras investigaciones la construcción de políticas públicas no ortodoxas económicamente, no sujetas a intereses institucionales que no representen los deseos y las necesidades del pueblo. Políticas que tengan un carácter participativo, que valoren el patrimonio histórico, la naturaleza, los sujetos, las experiencias locales y activen, en la medida de lo posible, sinergias ya existentes entre los sujetos, grupos y clases. Políticas que atiendan las singularidades y particularidades de cada lugar-territorio, así como también aspectos comunes trans-multiescalares, en redes de cooperación.

“La cuestión del desarrollo local es eminentemente política y vinculada a las modalidades de regulación local de los conflictos entre los diferentes actores, actuales y potenciales, del desarrollo” (Dansero & Governa, 2005: 8). Es necesario, evidentemente, producir una procesualidad dialógica de gestión participativa y reflexiva del territorio-lugar. “Democracia significa un proceso dialéctico continuo entre actores y poder. Un juego en el cual no hay vencedores ni vencidos, sino una alternancia de voces [...], plena inclusión de los actores y de los sujetos, hasta de aquellos que no tienen voz suficiente para hacerse oír [...]” (Bonora, 2007: 256).

Eso significa que no es suficiente tener una comprensión pluridimensional, histórica, relacional, reticular y crítica del(los) territorio(s), de la(s)

territorialidad(es) y de la(s) temporalidad(es), como se ha expuesto. De acuerdo con Raffestin (1986a), Dematteis (1995, 1999 y 2001), Magnaghi (2000 y 2009), Saquet (2001/2003, 2006a, 2007a, 2009a, 2013a y 2014a), Dematteis y Governa (2005b) y Governa (2005), el abordaje territorial es central para la construcción de una sociedad más justa, que pueda construir su autonomía, produciendo un *nuevo* territorio y *nuevas* territorialidades y temporalidades; sin embargo, es necesario que la praxis de transformación social y territorial ocupe el centro de nuestro trabajo cotidiano dentro y fuera de la escuela.

En cada territorio, en virtud de las territorialidades, la *autoorganización* de los sujetos (Dematteis, 1993, 1994 y 1995) es un elemento que las políticas públicas de desarrollo deben considerar, valorizar y potencializar. Hay dotaciones naturales y sociales (E-P-C) de cada territorio que están en constante conexión, estimulando la gestión como proceso de coordinación participativa con cierta autonomía en favor del desarrollo a partir de políticas públicas y en redes de cooperaciones.

Otro elemento importante del territorio es la **organización política de gestión y autonomía**. Esta última significa un proceso de descubrimiento, exige acciones cotidianas en una *utopía realizable* (Raffestin & Bresso, 1979) que consiste en proponer *nuevos* procesos económicos, políticos, culturales y ambientales, para la creación de 'territorialidades y temporalidades diferentes' en un contexto de relaciones simétricas entre los hombres y de una cultura del compartir que produce 'tiempos-espacios-territorios diferentes'.

Es necesario construir un *nuevo* territorio para una *nueva* sociedad, lo que exige, evidentemente, una praxis diferente para la relación sociedad-naturaleza, que valore los saberes populares, la agricultura campesina agroecológica, el pequeño comercio, la producción artesanal de alimentos saludables, las relaciones de ayuda mutua, la confianza y la naturaleza exterior al hombre. Es fundamental definir *nuevas* prácticas territoriales, *nuevas* apropiaciones y relaciones que valoricen el patrimonio territorial de cada lugar. Otras relaciones societarias y territoriales son posibles y necesarias.

De esa manera, para reorganizar el territorio y la sociedad, es necesario repensar y reorganizar las relaciones de poder, como ocurre a través de organizaciones políticas y productivas alternativas (asociaciones de agricultores y pequeñas cooperativas). Esta forma de producción exige

un reordenamiento y nuevas relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza; un manejo adecuado del suelo, de las plantas y de las aguas; relaciones de cooperación y participativas, en fin, la agroecología se traduce en rasgos societarios diferentes de los generados por las grandes iniciativas productivas capitalistas (Saquet, et. al., 2010: 240).

La reconstrucción de los lugares-territorios debe darse valorizando las identidades, los movimientos sociales, los patrimonios históricos, el trabajo autónomo y el colectivo, los espacios públicos (calles, parques, plazas, etc.), los paisajes, las pequeñas cooperativas de trabajadores y consumidores, la autogestión, la solidaridad, la recuperación y preservación del ambiente, la vida indígena, las relaciones de confianza, sin la racionalidad productiva, mercantil y financiera de las grandes empresas (financieras, industriales y comerciales). “La fuerza de los débiles es su tiempo lento” (Santos, 1994b: 81) o la *fuerza de las relaciones frágiles* (Rullani, 2009) está en la efectivación de redes de solidaridad, intercambio y cooperación, a partir de las contradicciones y de las conflictividades.

Las experiencias organizativas locales pueden contraponerse dialécticamente al movimiento de globalización, constituyendo territorios de esperanza, como señalan Moreira y Targino (2007), a partir de la lucha por la tierra, de la política agraria y de la creación de formas alternativas de *convivencia con lo semi-árido*, valorizando el saber campesino, la biodiversidad, la solidaridad, las ferias agroecológicas, etc. La problemática del desarrollo, en nuestro abordaje y actuación, debe ser pensada, discutida y redimensionada a partir de las relaciones de poder, de las identidades, de las diferencias, de las transtemporalidades, de las transcalaridades-redes y de las condiciones ambientales de cada territorio y lugar.

En ese sentido, es importante no restringirnos al análisis del poder en sus aspectos negativos, como ya advirtió Michel Foucault, tales como exclusión, represión, censura, punición, vigilancia, etc., verificando condiciones — territorialidades y temporalidades— que puedan sustentar experiencias de cooperación y solidaridad, ayuda mutua y afectividad, relaciones también de poder presentes en todas las sociedades, sin embargo, no coercitivas, concurrenciales, inmediatistas.

Muchos no entienden que el abordaje territorial, al mostrar las relaciones

de poder, sirve para desenmascarar, denunciar, abstraer y aprehender los mecanismos de centralización y las estrategias utilizadas por las clases y grupos dominantes para coaccionar, vigilar, excluir, concentrar, reprimir, controlar y acumular capital. Al mismo tiempo, es necesario — más de lo que era en otros tiempos— apoyar la construcción de iniciativas de resistencia, insurrección, movilización política por la conquista de tierra, vivienda, saneamiento básico, asistencia médica y odontológica, etc. “[...] A partir del momento en que hay una relación de poder, hay una posibilidad de resistencia. Jamás somos apasionados por el poder: podemos siempre modificar su dominación en condiciones determinadas y según una estrategia precisa” (Foucault, 1979: 241). Quien manda está siempre observando y tratando de controlar; sin embargo, este es un proceso contradictorio: “El poder que manda se ve atormentado, siempre, por el ‘poder’ de quien es mandado” (Demo, 2002: 31).

Donde hay relaciones de poder, en cada territorio sustantivado, hay condiciones para la resistencia, para la insurrección y movilización. “Esos puntos de resistencia están presentes en toda la red de poder” (Foucault, 1988/2007: 106). En la territorialización hay situaciones de resistencia, o resistencias posibles, necesarias, planeadas o espontáneas; sin embargo, es necesario que ese movimiento se realice con objetivos, metas, contra alguna situación de subordinación, explotación, degradación ambiental, precarización de las condiciones de trabajo y vida, etc. Las resistencias se inscriben en las relaciones de poder, si bien para ser realizadas deben significar contrapunto, diferenciación, oposición, activando individuos, grupos y clases sociales en su unidad-identidad dialógica. Hay resistencias transitorias, otras más continuas, que intentan romper con el orden vigente en favor del derecho a la salud, al saneamiento, a la tierra, a la vivienda, a la satisfacción de las necesidades; en fin, a una vida con calidad.

Necesitamos más tiempo para vivir que el tiempo-*stress* que no nos permite gozar de las sutilezas del lugar-territorio de vida, de los espacios públicos, del deporte, del placer, de los amigos, de los parientes y de la cultura. No es posible vivir con determinada calidad cuando debemos utilizar dos o tres horas para desplazarnos hasta el lugar de trabajo, por ejemplo, o cuando no tenemos vivienda de calidad, ni seguridad, ni asistencia médica, dentaria y psicológica. Eso significa aspirar a la justicia social y al bienestar del pueblo, ya deseado, por ejemplo, por Elisèe Reclus, junto con la valorización del

hombre como sujeto político en una praxis en favor de mayor equidad social. No es posible vivir con cierta calidad en territorios-lugares dominados por el miedo, la inseguridad, la falta de planeamiento y democracia, el egoísmo y el individualismo.

Por eso, las relaciones tiempo-espacio-territorio o espacio-territorio-paisaje o, incluso, tiempo-territorio-lugar, en la perspectiva que estamos indicando, son bastante pertinentes para estudios de esa naturaleza, pues están vinculadas a procesos de desarrollo. Es una manera para alcanzar ampliamente el *derecho a la ciudad* propugnado por Lefebvre (1991b) en un movimiento de lucha y trabajo por el derecho al campo, a la naturaleza y al lugar, en una vida más solidaria. “Debemos comenzar a andar en la dirección contraria al gigantismo chino y ‘aprender modos diferentes de construir los edificios y de organizar los transportes. Debemos, sobre todo, ser artesanos del ambiente” (Quaini, 2011: 24-25).

El desarrollo, por tanto, debe abarcar procesos y resultados cualitativos en diversas dimensiones, como procesualidad dialógica, cooperada, discutida y solidaria entre el pueblo, preservando el ambiente, las identidades y los saberes, recuperando los espacios degradados y valorizando culturalmente el patrimonio de cada territorio. Es fundamental conservar las tradiciones sustentándose en la cultura y orientándose para satisfacer las necesidades de la población y para mejorar la calidad de vida con tecnologías ambientalmente adecuadas, estimulando y concretizando la participación *activa* de las poblaciones (Rodríguez, 2012), en aquel movimiento de *praxis* que enunciamos en la *Presentación* de este texto y en Saquet (2014b).

Formas específicas de apropiación del espacio pueden generar la producción de formas territorialmente determinadas por la solidaridad. Así ocurre, por ejemplo, en el municipio de Verê (PR), con prácticas campesinas agroecológicas de alimentos, en una especie de *economía de lugar* para producir y *economía de red* solidaria para vender (Rullani, 2009), aunque también existan, en la experiencia en cuestión, intercambios y cooperaciones en red para producir. Las temporalidades más lentas, cadenciadas y vinculadas con las territorialidades de organización política y cultural, deben ser potencializadas para un desarrollo con mayor autonomía, que incorpore la distribución de tierras, de capital, las diferencias culturales, sin tantas ataduras societarias como existen actualmente.

Así como las pequeñas y medianas ciudades contienen significados de pertenencia, identidades y solidaridades, iniciativas de movilización y experiencias normalmente de barrio y/o de condominios, que necesitan ser estudiadas, valorizadas, socializadas y dinamizadas en forma de redes de cooperación orientadas al desarrollo para y con el pueblo; hacen falta sujetos y sueños para nutrir el imaginario colectivo, la construcción y concretización de proyectos y programas con la preocupación de crear espacios-territorios-lugares de buena convivencia (Quaini, 2006; Saquet, 2007a), produciendo el presente de acuerdo con el futuro que queremos y sin desconsiderar el pasado. Vivir con calidad de vida significa superación del inmediatismo, del individualismo, de la degradación ambiental y de la política en favor de una minoría históricamente reproducida en Brasil.

En las ciudades es posible crear *barrios de valor ambiental* o ecológicos (Racine, 2009) valorizando el patrimonio cultural local y estimulando una cultura de la sustentabilidad para la preservación del ambiente por medio de un proceso educativo. Puede hacerse un acuerdo entre diferentes instituciones asociativas, gubernamentales y no gubernamentales para establecer las directrices y los principios de la iniciativa y su concreción, estimulando el trabajo solidario de las personas de los barrios involucrados. “La participación se constituye en un mecanismo [...] para integrar una multiplicidad de ideas y saberes en el proceso de elaboración del proyecto. [...] Es un proceso de elaboración colectiva de un proyecto con el objetivo de poner en juego los diferentes saberes y las diversas experiencias de los actores involucrados” (Racine, 2009: 134). Eso enriquece el proyecto, valoriza a los individuos, sus organizaciones políticas, sus experiencias, y facilita la efectivación de las actividades propuestas, justamente lo contrario de lo que se hace en muchas de las prefecturas de Brasil, donde normalmente se contratan a precios altos empresas de consultoría para definir las planificaciones directrices sin considerar las territorialidades, las temporalidades y los saberes de los habitantes de cada lugar.

No existen recetas rápidas; existen, en la propuesta que avalamos, experiencias de desarrollo, tentativas de praxis de transformación social como las que realizamos, entre 2002 y 2006, en el *Proyecto Vida en el Barrio* (PVB) y, entre 1996 y 1998, por medio del *Proyecto Vida en el Campo* (PVR).

El *Proyecto Vida en el Barrio* fue una iniciativa de varias entidades para in-

tentar contribuir directamente a la conquista de mejores condiciones de vida para y con los residentes del barrio São Francisco, ciudad de Francisco Beltrão (PR). Los principales expedientes realizados fueron: asambleas comunitarias; definición del equipo y de la coordinación general de PVB; reuniones con residentes, en dos de las principales calles del barrio, para escuchar sus demandas y recolectar información para la elaboración del diagnóstico; definición de trabajos en conjunto; colecta de datos, tabulación e interpretaciones con la coparticipación de algunos residentes del barrio; presentación y debate de los datos con los mismos moradores del barrio; definición de las prioridades y elaboración del primer plan de acciones; reuniones de evaluación de nuestro trabajo y desempeño en el proyecto; realización de reuniones de planeamiento para la dinamización y realización de las tareas definidas en el plan de acciones (Saquet, Pacífico & Flávio, 2005).

El *Proyecto Vida en el Campo* fue creado, en 1996, como un espacio de articulación política en favor del desarrollo multidimensional (actividad agropecuaria, educación, ambiente, salud, cultura, saneamiento básico y placer), potencializando la capacidad organizativa local de cerca de 133 familias de agricultores familiares de Jacutinga (Francisco Beltrão) a partir de la movilización de diferentes instituciones locales. Los principios fundamentales orientadores de las actividades realizadas fueron: autoorganización mediada, interdisciplinaridad, agroecología, diversificación y participación. A partir de eso, los procedimientos realizados en la implementación del proyecto fueron los siguientes: definición del equipo de trabajo, diálogos para definir los trabajos en conjunto, reuniones, asambleas, estudios diagnósticos con la participación directa de miembros de las familias agricultoras (perspectiva de los sueños de hombres, mujeres, tercera edad y niños), presentación y debate de los datos con los moradores de la localidad, definición de las prioridades a resolver e inversiones, negociaciones para conseguir recursos financieros para invertir en la producción agropecuaria, en el saneamiento, en la salud, en la educación, en la cultura local, etc. (Saquet & Duarte, 1996).

Experiencias como el *Pacto de Río* y de los *sistemas agroforestales* también son iniciativas de valorización de los sujetos y de la gestión participativa, junto con la preservación del ambiente-naturaleza, que deben ser socializadas y expandidas. En el *Pacto de Río (Patto di Fiume)*, el río es un elemento importante para la formación y el desarrollo del territorio; la gestión es hecha a

partir del río por medio de un gobierno ejercido entre los sujetos presentes y actuales en el territorio de cierta cuenca hidrográfica en un proceso participativo que define responsabilidades para los diferentes agentes locales y extralocales vinculados con la recualificación y valorización de los cursos de agua.

El Contrato de Río prevé la participación de los ciudadanos y de los actores sociales interesados en la gestión y en el usufructo de la cuenca hidrográfica. Siendo así, se propone crear y reforzar en el tiempo la participación y cooperación entre los actores, institucionales o no, y reforzar la participación, la cooperación y la negociación entre los representantes de los diversos intereses y el principio de libertad [...] (Machado, 2009: 226).

El *Pacto de Río* se configura como un contrato documentado entre los sujetos involucrados en la gestión de los cursos de agua, del territorio, de los intereses, de los conflictos, de las inversiones, de los paisajes; en fin, de territorios-lugares presentes y futuros de desarrollo duradero de las cuencas hidrográficas por medio de políticas públicas de tutela del ambiente y del territorio.

Otra iniciativa importante versa sobre la recuperación del ambiente forestal con especies nativas, que puede ser silvopastoril, agrosilvicultura o agrosilvopastoril. Es una tentativa de optimizar los efectos benéficos de la interacción entre árboles, cultivos agrícolas y animales, como ocurrió en el proyecto realizado por la ONG ASSESOAR, denominado *Referencias en sistemas agroforestales*, en el sudoeste de Paraná entre 2004 y 2007, capacitando agricultores familiares para la implementación de técnicas de manejo adecuadas, creando unidades de referencia en agroflorestra, reforestando áreas de las márgenes de los ríos y viabilizando prácticas de cultivo agroecológicas (Candiotto, Carrijo & Oliveira, 2008).

Esto significa que no basta criticar, planear y debatir. “Proyectar el lugar requiere ‘conciencia de lugar’ y autogobierno” (Magnaghi, 2009: 289). Para tener conciencia es necesario conocernos a fondo. Para el autogobierno debemos participar y cooperar. Eso requiere una concepción interpretativa vinculada a la praxis, histórica y relacional, con un contenido político que pueda apoyar y orientar la construcción participativa y dialógica de los proyectos de acuerdo con las necesidades y los deseos de los grupos y clases sociales en sus

territorios-lugares. No basta participar: es necesario gobernarse con responsabilidad social y ambiental sin despegarse del mundo.

Son procesos interactivos que requieren acompañamiento constante y aval, además de la redefinición de los objetivos y procedimientos utilizados en favor de la cooperación para el desarrollo territorial de base local, esto es, valorizando los conocimientos de los habitantes, la gestión participativa, la solidaridad y el fortalecimiento de las relaciones de confianza, interactuando trans-multiescalar, transterritorial y transtemporalmente. Es necesario que esas praxis sean dinamizadas a partir de la organización política en redes dialógicas de sujetos locales. “El desarrollo de las redes creó las condiciones favorables para el redescubrimiento del valor crítico del territorio, que acumula muchas redes en un único lugar, entrelazando sus significados con la unidad de su historia, de sus ideas, de sus habitantes” (Rullani, 2009: 148).

La distribución-socialización del conocimiento debe ocurrir en el territorio-lugar a partir de las relaciones próximas de solidaridad y ayuda mutua (por medio de asociaciones de residentes de barrio, escolares, agricultores, sindicatos de trabajadores, etc.) formando retículos organizativos locales sin desligarse de los niveles extralocales. Son transterritorialidades y redes de cooperación económicas, políticas, culturales y ambientales, en distintos niveles escalares, interdependientes. Las redes están en los territorios y en los lugares, y estos no prescinden de las redes de movilización y socialización del saber y del conocimiento.

En el territorio, entendido a través de esa perspectiva política, reticular, histórica, relacional y pluridimensional, se hace posible el reconocimiento y la valorización de las relaciones próximas, de las experiencias directas, de las identidades, de las relaciones de confianza, de los saberes y de la autonomía. Los individuos, grupos y clases, a partir de sus territorialidades y temporalidades vividas, pueden escoger los interlocutores, movilizándose de forma colectiva y definiendo de manera coparticipativa las actividades y las inversiones que serán realizadas en cada proyecto. Y son los significados definidos y vividos por los sujetos cotidianamente los que dan *alma* al lugar-territorio: sus relaciones familiares, de trabajo, de estudio, de vecindad, de amistad, de ayuda mutua, asociativas, de pertenencia, de cooperación, etc.

Ante las imposiciones de la mundialización del capital, es urgente la realización de experiencias de desarrollo territorial que, como argumenta Quaini

(2004 y 2006), signifiquen prácticas de planificación democrática en favor de un lugar de convivencia y libertad. Frente a la seducción y a las fuerzas de los flujos mercantiles y financieros, debemos reorientar las acciones a los lugares por medio de relaciones de identidad y resistencia, con derecho a la autogestión y, quién sabe, en favor de la reproducción y valorización del *hombre artesano* (Sennett, 2008) o, como dice Becattini (2009), de una *dosis mayor de artesanidad*, valorizando la creatividad, la diversidad, la identidad del/la productor/a y su experiencia, junto con los valores culturales, políticos y económicos de cada territorio-lugar donde el pueblo vive, siente, percibe, aspira y sufre, interactuando los saberes de la experiencia y de la ciencia, adaptándose cuando es necesario y deseado al mercado local (en forma de retículos) y regional, prioritariamente. Decimos "cuando es necesario y deseado" porque corresponde al productor decidir los rumbos de su producción, ya sea esta urbana, rural o ambas. Un aspecto importante es el incremento de la producción agropecuaria y artesanal de alimentos, incluyendo prácticas agroecológicas, por ejemplo, y comenzando por la huerta y por el monte frutal.

En muchos de nosotros hay un deseo de retornar a una forma de vida más simple, sin tanta burocracia, tantas máquinas, tantas reglas e imposiciones, en la cual se valoricen las amistades, las horas de recreación, el placer de hacer artefactos, objetos, instrumentos, alimentos, etc., de construir y hacer comprendiendo el proceso y desarrollando el saber y la sensibilidad artística y su creatividad: "El uso de instrumentos imperfectos o parciales estimula la imaginación a elaborar la capacidad de reparar y de improvisar" (Sennett, 2008: 19). El proceso de creación artesanal motiva el desarrollo del talento, pues "existe en casi todos nosotros un artesano inteligente (...)" (p.20). El artesano inventa, en su simplicidad y rudimentariedad; soluciona e individualiza los problemas a su modo, con su trabajo y conocimiento, en una praxis muchas veces coreográfica, con territorialidades y temporalidades singulares que, normalmente, preservan el ambiente, redimensionando los deseos de consumo y la práctica productiva con *nuevos* significados de un hombre más politizado, consciente, culto y sentimental, cooperativo y solidario.

El *homo economicus* tiene que ser cada vez más *homo politicus*, consciente y favorable al bienestar social, al patrimonio histórico-cultural, a la preservación y a la recuperación ambiental de los espacios degradados de cada territorio. Es necesario generar otro hombre productor, otro político, otro

consumidor, otro ser cultural, que podrá redefinir su lugar-territorio de vida basado en otros principios y valores, siempre adaptando las nuevas técnicas y tecnologías a las características económicas, políticas, culturales y naturales de su territorio y no lo contrario, como ocurre normalmente, fortaleciendo y difundiendo un movimiento opuesto a la americanización del mundo vía globalización económica promovida por grandes empresas.

Eso requiere una reorganización del poder, de la cultura, de la educación inmediatista y consumista, de la producción, de la circulación, del consumo, del manejo del suelo, del agua y de las plantas, de la repartición de la tierra, de las instituciones gubernamentales, de las no gubernamentales y, sobre todo, de las empresas, a partir de principios cooperativos, participativos, solidarios, preservacionales y agroecológicos ajustados a cada realidad local sin desconectarse del mundo, o sea que es necesaria una construcción de *nuevos* ordenamientos societarios, territoriales y de desarrollo anclados en la historia, en la cultura y en las condiciones naturales-ambientales de cada lugar-territorio.

La profunda conexión entre las personas y los lugares-territorios (Gottmann, 1973) abarca procesos económicos, políticos, ambientales y culturales con mayor interdependencia territorial: “En ese sentido, el desarrollo está siempre más ligado a una dialéctica local-global (...)” (Bignante, Dansero & Scarpocchi, 2008: 52), sin anular la importancia de las relaciones de proximidad y el territorio, valorizándose, en varias situaciones, la comunicación directa, la confianza, la reciprocidad y las experiencias comunes, más allá de la virtualidad y del distanciamiento espacial. Las redes locales de sujetos, por ejemplo, son comprendidas como potencialidades para transformar democráticamente y mejorar el lugar-territorio de vida. La identidad-unidad significa proximidad, organización y movilización política para el desarrollo territorial de base local.

Para tal fin, es preciso conocer detalladamente las sutilezas, las pluralidades, las diferencialidades, la transtemporalidad, la trans-multiescalaridad, las identidades, las diferencias, las desigualdades, las características de la flora, de la fauna, de la hidrología, de la geomorfología, de la circulación de las masas de aire, etc., a partir de las necesidades, de los deseos y de las aspiraciones del pueblo. La circulación de informaciones y el debate cultural-político-económico-ambiental deben basarse en la democracia local, y esta debe servir para la elaboración de las propuestas y concretización de las actividades de

desarrollo, en una perspectiva plural y procesual. Es necesario que la sociedad esté bien informada, formada y organizada políticamente para construir sus experiencias de desarrollo centradas también en políticas públicas municipales, estatales y federales.

El abordaje territorial que ahora proponemos es una forma de comprensión de esos procesos, generando apoyos para la elaboración de propuestas de desarrollo, valorizando las relaciones sociales entre los sujetos, de estos con sus lugares, y de estos con otros lugares, (in)materialmente. La geografía que producimos precisa, cada vez más, estar vinculada directamente con los procesos de desarrollo, caracterizándose como una geografía en la que se busca la cooperación para el desarrollo en la perspectiva indicada por nosotros.

Para esto es fundamental nuestro involucramiento, además de ser investigadores y formadores en niveles académicos, en proyectos, programas y planos de desarrollo, produciendo conocimiento que pueda ser utilizado efectiva y participativamente por los sujetos estudiados en cada territorio-lugar. Nuestra cooperación es vital. Es muy importante “(...) que los hombres, organizados políticamente, como defendiera Antonio Gramsci, creen *una nueva forma ético-política*, intentando suavizar la dominación económica, cultural y de los partidos políticos que no corresponden a las aspiraciones, a los deseos y a las necesidades de la *masa popular*” (Saquet, 2007a: 177, cursivas del original), sin el hiperfortalecimiento de las instituciones gubernamentales, de las no gubernamentales, de los partidos políticos y de los sindicatos (muchas veces estratégicas y poco participativas), caratuladas como representativas aunque no representen los anhelos, los deseos y las necesidades de los asociados, de los cooperados, de los sindicalizados, o “simplemente” de los ciudadanos incluidos en ellas, ciudadanos muchas veces frágiles, desamparados y poco politizados. Es necesario construir *nuevas* relaciones sociales, con más representatividad, solidaridad, cooperación, confianza, serenidad, espontaneidad, discreción y generosidad.

Es necesario construir otra forma de organización política, identificada con los sujetos de cada territorio-lugar, vinculada con sus necesidades, con su autonomía y ligada a otras experiencias de desarrollo, como demostramos en Saquet, et. al. (2010), en Saquet, Souza y Santos (2010) y en Saquet, Gaiovicz, Meira y Souza (2012). La praxis de desarrollo territorial no puede ser burocrática y centralizada, direccionada *por* y *para* pocos, político-partidaria y subordi-

nante. Debe ser construida a partir de principios como participación, solidaridad y cooperación, reconociendo las diferencias, las identidades, las necesidades de las personas, los anhelos, los sueños; en fin, la heterogeneidad de los tiempos, de los territorios, de las temporalidades, de las territorialidades, la conquista de autonomía en el proceso de toma de decisión, la preservación y la recuperación ambiental.

Confiamos en una especie de *distribución territorial* hecha por medio del *gobierno de la complejidad* con autonomía (Rullani, Micelli & Di Maria, 2000; Magnaghi, 2000). Las redes de distribución y cooperación pueden significar *sinergias de desarrollo* (Rullani, Micelli & Di Maria, 2000) produciendo energía a partir de las contradicciones sociales (Magnaghi, 1995, 2000 y 2003) y valorizando y/o creando iniciativas de valorización de la *autoorganización* y del *autogobierno* (Dematteis, 1985, 1994, 1995 y 2001; Magnaghi, 2000, 2009 y 2011) en un movimiento siempre contrario a la reproducción ampliada del capital.

Bibliografia

- Abreu, M. de (1997). A apropriação do território no Brasil colonial. En: I. Castro, P. Gomes & R. Correa (Orgs.). *Explorações geográficas: percursos no fim do Século* (pp. 197-245). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Abreu, M. de (1998). Sobre a memória das cidades. *Território*, III(4), 5-26.
- Agamben, G. (2002). *L'aperto: l'uomo e l'animale*. Torino: Bollati Boringhieri.
- Anastasia, B. & Corò, G. (1996). *Evoluzione di un'economia regionale. Il Nordest dopo il successo*. Portogruaro: Ediciclo.
- Andrade, M. C. de (1987). *Geografia – ciência da sociedade*. São Paulo: Atlas.
- Bagnasco, A. (1977). *Tre Italie. La problematica territoriale dello sviluppo italiano*. Bologna: Il Mulino.
- Bagnasco, A. (1978). Problematiche dello sviluppo e articolazione dell'analisi: un paradigma per l'analisi territoriale. En: M. Messori, C. Trigilia & A. Bagnasco (Orgs.). *Le problematiche dello sviluppo italiano* (pp. 205-251). Milano: Feltrinelli.
- Bagnasco, A. (1988). *La costruzione sociale del mercato. Studi sullo sviluppo di piccola impresa in Italia*. Bologna: Il Mulino.
- Bagnasco, A. (1999). *Tracce di comunità*. Bologna: Il Mulino.
- Becattini, G. (2009). *Ritorno al territorio*. Bologna: Il Mulino.
- Becker, B. (1983). O uso político do território: questões a partir de uma visão do terceiro mundo. En: B. Becker, et. al. (Orgs.). *Abordagens políticas da espacialidade* (pp. 1-21). Rio de Janeiro: UFRJ/Depto. de Geociências, PPG.
- Bignante, E. & Scarpocchi, C. (2008). Cooperazione decentrata: una prospettiva territoriale. En: E. Bignante, E. Dansero & C. Scarpocchi (Orgs.). *Geografia e cooperazione allo sviluppo. Temi e prospettive per un approccio territoriale* (pp. 71-92). Milão: Franco Angeli.
- Bignante, E.; Dansero, E. & Scarpocchi, C. (2008). Sviluppo locale e

- cooperazione internazionale. Una proposta teorico-metodologica. En: E. Bignante, E. Dansero & C. Scarponchi (Orgs.). *Geografia e cooperazione allo sviluppo. Temi e prospettive per un approccio territoriale* (pp. 49-70). Milão: Franco Angeli.
- Bonora, P. (2007). Territorialità attiva, partecipazione, alternative allo sviluppo. En: E. Dansero, G. Di Meglio, E. Donini & F. Governa (Orgs.). *Geografia, società, politica: la ricerca in geografia come impegno sociale* (pp. 255-260). Milano: Franco Angeli.
- Bourdin, A. (1984). *Le patrimoine reinventé*. Paris: PUF.
- Bourdin, A. (2001). *A questão local*. Rio de Janeiro: DP&A.
- Bozzano, H. (2000). *Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles*. Buenos Aires: Espacio Ed.
- Braudel, F. (1969/1978). *História e Ciências Sociais. A longa duração*. Lisboa: Ed. Presença.
- Brunet, R. (2009). Produzione di territorio: attori e leggi nel mondo reale. En: *Le frontiere della Geografia: testi, dialoghi e racconti per Giuseppe Dematteis* (pp. 213-226). Novara-Torino: UTET.
- Calvino, Í. (1963/1994). *Marcovaldo ou as estações na cidade*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Camagni, R. (1993). Le reti di città in Lombardia: introduzione e sintesi della ricerca. En: R. Camagni & G. De Blasio (Orgs.). *Le reti di città. Teoria, politiche e analisi nell'area padana* (pp. 21-52). Milão: Franco Angeli.
- Camagni, R. (1997). Luoghi e reti nelle politiche di competitività territoriale. En: R. Camagni & R. Capello (Orgs.). *Strategie di competitività territoriale: il paradigma a rete* (pp. 167-179). Torino: SEAT.
- Camagni, R. & Salone, C. (1993). Elementi per una teorizzazione delle reti di città. In: R. Camagni & G. De Blasio (Orgs.). *Le reti di città. Teoria, politiche e analisi nell'area padana* (pp. 53-67). Milão: Franco Angeli.
- Candiotto, L.; Carrijo, B. & Oliveira, J. (2008). A agroecologia e as agroflorestas no contexto de uma agricultura sustentável. En: A. Alves, B. Carrijo & L. Candiotto (Orgs.). *Desenvolvimento territorial e agroecologia* (pp. 213-232). São Paulo: Expressão Popular.
- Carlos, A. F. (1996). *O lugar no/do mundo*. São Paulo: Hucitec.
- Castells, M. (1996/1999). *A sociedade em rede*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Castells, M. (2004). *La città delle reti*. Venezia: Marsilio.

- Claval, P. (1978/1979). *Espaço e poder*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Coppola, P. (1979/1981). L'inchiesta sul terreno: geografi e analisi del territorio italiano dal dopoguerra ad oggi. En: F. Canigiani, M. Carazzi, E. Grottanelli (Orgs.). *L'inchiesta sul terreno in geografia – geografia democratica* (pp. 87-126). Torino: Giappichelli.
- Dansero, E. (1996). *Eco-sistemi locali. Valori dell'economia e ragioni dell'ecologia in un distretto industriale tessile*. Milano: Angeli.
- Dansero, E. (2008). Geografia e cooperazione allo sviluppo. Prospettive di ricerca. En: E. Bignante, E. Dansero & C. Scarpocchi (Orgs.). *Geografia e cooperazione allo sviluppo. Temi e prospettive per un approccio territoriale* (pp. 9-26). Milão: Franco Angeli.
- Dansero, E. & Bagliani, M. (2005). Verso una territorialità sostenibile. En: G. Dematteis & F. Governa. (Orgs.). *Territorialità, sviluppo locale, sostenibilità: il modello Slot* (pp. 118-145). Milano: Angeli.
- Dansero, E. & Zobel, B. (2007). Verso un dialogo tra comunità scientifica e comunità locale. En: *Promozione della sostenibilità nel Pinerolese – un percorso di ricerca territoriale* (pp.135-141). Turim: Euro Mountains.
- Dansero, E. & Governa, F. (2005). Geografia e sviluppo locale: itinerari di riflessione e prospettive di ricerca. *Geotema*, 26.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1972/1976). *O anti-édipo. Capitalismo e esquizofrenia*. Rio de Janeiro: Imago Editora.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1991/1992). *O que é a filosofia?* Rio de Janeiro: Editora 34.
- Dematteis, G. (1964). Alcuni relazioni tra l'ambito territoriale dei rapporti sociali e i caratteri della casa rurale. En: *Atti 19o. Congresso Geografico Italiano* (vol. III, pp. 239-253). Como.
- Dematteis, G. (1967). L'organizzazione territoriale del Piemonte secondo l'I.R.E.S. *Bollettino della Società Geografica Italiana*, serie IX, Vol. VIII, ano C, Vol. CIV, 76-92. Disponibile en <http://societageografica.net/images/stories/1967.pdf>
- Dematteis, G. (1969). Città e campagne in Piemonte. En: *Atti del XX Congresso Geografico Italiano* (vol. II, pp. 177-197). Roma.
- Dematteis, G. (1970). "Rivoluzione quantitativa" e nuova geografia. *Laboratorio di Geografia Economica*, 5.
- Dematteis, G. (1979/1981). Il "terreno" come lotta di classe: la "scoperta" del

- territorio nel 1968-69. En: F. Canigiani, M. Carazzi, E. Grottanelli (Orgs.). *L'inchiesta sul terreno in geografia – geografia democratica* (pp. 135-144). Torino: Giappichelli.
- Dematteis, G. (1980a). La nascita dell'indirizzo marxista nella ricerca geografica italiana. En: G. Corna-Pellegrini & C. Brusa (Orgs.). *La ricerca geografica in Italia 1960-80* (pp. 781-792). Varese: Ask Edizioni.
- Dematteis, G. (1980b). La risposta dei geografi ai problemi di conoscenza posti dallo sviluppo della società italiana. En: G. Corna-Pellegrini & C. Brusa (Orgs.). *La ricerca geografica in Italia 1960-1980* (pp. 483-489). Varese: Ask Edizioni.
- Dematteis, G. (1985). *Le metafore della terra. La geografia umana tra mito e scienza*. Milano: Feltrinelli.
- Dematteis, G. (1990). Nodi e reti nello sviluppo locale. En: A. Magnaghi (Org.). *Il territorio dell'abitare* (pp. 249-268). Milano: Angeli.
- Dematteis, G. (1993). Geo-grafie. En: C. Giammarco & A. Isola (Orgs.). *Disegnare le periferie - Il progetto del limite* (pp. 239-247). Roma: NIS.
- Dematteis, G. (1994). Possibilità e limiti dello sviluppo locale. *Sviluppo locale*, I(1), 10-30.
- Dematteis, G. (1995). *Progetto implicito. Il contributo della geografia umana alle scienze del territorio*. Milano: Angeli.
- Dematteis, G. (1997). Il tessuto delle cento città. En: P. Coppola (Orgs.). *Geografia politica delle regioni italiane* (pp. 192-229). Torino: Einaudi.
- Dematteis, G. (1999). Sul crocevia della territorialità urbana. En: G. Dematteis, et al. (Orgs.). *I futuri della città – Tesi a confronto* (pp. 117-128). Milano: Angeli.
- Dematteis, G. (2001). Per una geografia della territorialità attiva e dei valori territoriali. En: P. Bonora (Org.). *Slot, quaderno 1* (pp. 11-30). Bologna: Baskerville.
- Dematteis, G. (2005). Geografia democrática, território e desenvolvimento local. *Formação*, 2(12), 11-26.
- Dematteis, G. (2007). Come fare ricerca? L'insegnamento di Anna. En: E. Dansero, G. Di Meglio, E. Donini & F. Governa (Orgs.). *Geografia, società, politica: la ricerca in geografia come impegno sociale* (pp. 31-36). Milano: Franco Angeli.
- Dematteis, G. (2008a). Zeus, le ossa del bue e la verità degli aranci. Biforcazioni geografiche. *Rivista dell'Associazione Italiana Insegnanti di Geografia*, LIII,

VIII(3-4), 3-13.

- Dematteis, G. (2008b). *Sistema Local Territorial (SLOT): um instrumento para representar, ler e transformar o território*. En: A. Alves, B. Carrijo, L. Candiotto (Orgs.). *Desenvolvimento territorial e agroecologia* (pp. 33-46). São Paulo: Expressão Popular.
- Dematteis, G. & Governa, F. (2003). Ha ancora senso parlare di identità territoriale? En: *Atti dei Convegni Lincei, 194 – Convegno internazionale: La nuova cultura delle città* (pp. 264-281). Roma: Accademia Nazionale dei Lincei.
- Dematteis, G. & Governa, F. (Orgs.) (2005a). *Territorialità, sviluppo locale, sostenibilità: il modello Slot*. Milano: Angeli.
- Dematteis, G. & Governa, F. (2005b). Il territorio nello sviluppo locale. Il contributo del modello Slot. En: G. Dematteis & F. Governa (Orgs.). *Territorialità, sviluppo locale, sostenibilità: il modello Slot* (pp. 15-38). Milano: Angeli.
- Dematteis, G. & Toldo, A. (2010). Da capitale a nodo di reti globali. En: M. Santangelo & A. Vanolo (Orgs.). *Di capitale importanza: immagini e trasformazioni urbane di Torino* (pp. 75-99). Roma: Carocci.
- Demetrio, V. & Giaccaria, P. (2010). *Geografia del sistema manifatturiero piemontese*. Roma: Carocci.
- Descola, P. (2005). *Par-delà nature et culture*. Paris: Gallimard.
- Demo, P. (2002). *Solidariedade como efeito de poder*. São Paulo: Cortez / Instituto Paulo Freire.
- Dias, L. (1992). O sistema financeiro: aceleração dos ritmos econômicos e integração territorial, *Anuário de Geociências*, 15, 43-53.
- Dias, L. (1995). Redes: emergência e organização. En: I. Castro, P. C., Gomes & R. L. Corrêa (Orgs.). *Geografia: conceitos e temas* (pp. 141-162). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Dosse, F. (1992). *A história em migalhas: dos "Annales" à Nova História*. Campinas: Ed. UNICAMP.
- Elias, N. (1984/1998). *Sobre o tempo*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Farinelli, F. (1980). Due modelli in cerca di riflessione: insediamento e paesaggio. En: G. Corna-Pellegrini & C. Brusa (Orgs.). *La ricerca geografica in Italia 1960-1980* (pp.793-799). Varese: Ask Edizioni.
- Fernandes, B. M. (1996). *MST: formação e territorialização*. São Paulo: Hucitec.
- Foucault, M. (1978). *La volontà di sapere. Storia della sessualità I*. Milano:

Feltrinelli.

- Foucault, M. (1979). *Microfisica do poder*. Rio de Janeiro: Graal.
- Foucault, M. (1984/2010). *Eterotopia*. Milão-Údine: Mimesis Ed.
- Foucault, M. (1988/2007). *História da sexualidade I. A vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal.
- Freire, P. (1974/2011). *Pedagogia do oprimido*. São Paulo: Paz e Terra.
- Freire, P. (1996/2011). *Pedagogia da autonomia. Saberes necessários à prática educativa*. São Paulo: Paz e Terra.
- Furtado, C. (1964). *Dialética do desenvolvimento*. Rio de Janeiro: Fundo de Cultura.
- Furtado, C. (1986). *Teoria e política do desenvolvimento econômico*. São Paulo: Nova Cultural.
- Gambi, L. (1961). *Critica ai concetti geografici di paesaggio umano*. Faenza: Fratelli Lega.
- Gambino, R. (1994). Luoghi e reti: nuove metafore per il piano. *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, 51, 11-43.
- Gambino, R. (2009). Trame di paesaggi. En: *Le frontiere della Geografia* (pp. 227-243). Novara-Torino: UTET.
- Gottmann, J. (1947). De la méthode d'analyse en géographie humaine. *Bulletin de la Société de Géographie*, 301, 1-12.
- Gottmann, J. (1952a). *La politique des États et leur Géographie*. Paris: Armand Colin.
- Gottmann, J. (1952b). The political partitioning of Our World: an attempt at Analysis, *World politics*, IV, 512-519.
- Gottmann, J. (1973). *The significance of territory*. Charlottesville: University Press of Virginia.
- Gottmann, J. (1975). The evolution of the concept of territory. *Social Science Information*, 14(3-4), 29-47.
- Gottmann, J. (1980). Confronting centre and periphery. En: J. Gottmann (Org.). *Centre and periphery—spatial variation in politics* (pp. 11-25). Beverly Hills and London: Sage Publications.
- Gottmann, J. (2005). *Il significato del territorio*. Roma: Nexta Books.
- Governa, F. (2005). Sul ruolo attivo della territorialità. En: G. Dematteis & F. Governa (Orgs.). *Territorialità, sviluppo locale, sostenibilità: il modelo Slot* (pp. 39-67). Milano: Angeli.

- Gramsci, A. (1923/2005). *La questione meridionale*. Roma: Riuniti.
- Gramsci, A. (1992). *Poder, política e partido*. São Paulo: Brasiliense.
- Gramsci, A. (1995). *Concepção dialética da história*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Haesbaert, R. (1997). *Des-territorialização e identidade: a rede "gaúcha" no Nordeste*. Niterói: EdUFF.
- Haesbaert, R. (2002). Concepções de território para entender a desterritorialização. En: *Território, territórios: ensaios sobre o ordenamento territorial* (pp. 43-71). Niterói: Programa de Pós-Graduação em Geografia/UFF.
- Haesbaert, R. (2004a). *O mito da desterritorialização. Do "fim dos territórios" à multiterritorialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Haesbaert, R. (2004b). Des-caminhos e perspectivas do território. En: A. Ribas, E. Sposito & M. Saquet (Orgs.). *Território e desenvolvimento: diferentes abordagens* (pp. 87-119). Francisco Beltrão: UNIOESTE.
- Hakmi, L. & Zaoual, H. (2008). La dimension territoriale de l'innovation. In: H. Zaoual (Org.). *Développement durable des territoires* (pp. 31-60). Paris: L'Harmattan.
- Harvey, D. (1969). *Explanation in Geography*. Londres: Edward Arnold.
- Harvey, D. (1973). *Social justice and the city*. Londres: Edward Arnold.
- Harvey, D. (1982). O trabalho, o capital e o conflito de classes em torno do ambiente construído nas sociedades capitalistas avançadas. *Espaço e Debates*, 2(6), 6-35.
- Harvey, D. (1989/1993). *A condição pós-moderna*. São Paulo: Loyola.
- Hegel, F. (2002). *Fenomenologia do espírito*. Petrópolis: Vozes / Bragança Paulista / USF.
- Heidrich, Á. (2009). Conflitos territoriais na estratégia de preservação da natureza. En: M. Saquet & E. Sposito (Orgs.). *Territórios e territorialidades: teorias, processos e conflitos* (pp. 271-290). São Paulo: Expressão Popular.
- Heidrich, Á. (2010). Espaço e multiterritorialidade entre territórios: reflexões sobre a abordagem territorial. En: S. Pereira, B. Costa & E. Souza (Orgs.). *Teorias e práticas territoriais: análises espaço-temporais* (pp. 25-35). São Paulo: Expressão Popular.
- Heller, A. (1970/1991). *Sociologia de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Hussy, J. (2002). Le défi de la territorialite (extrait). En: J-B. Racine, J. Hussy,

- et. al. (Orgs.). *La territorialite: une theorie a construire – en hommage à Claude Raffestin* (pp. 217-259). Genebra: Departement de Géographie – Université de Genève.
- Indovina, F. (1976). Capitale e territorio. En: F. Indovina (Org.). *Capitale e territorio. Processo capitalistico e utilizzazione del territorio in Italia* (p. 7-14). Milano: Angeli.
- Indovina, F. & Calabi, D. (1974). Sull'uso capitalistico del territorio. En: G. Lusso (Org.). *Economia e territorio* (p. 205-222). Milano: Angeli.
- Kay, C. (2009). Development strategies and rural development: exploring synergies, eradicating poverty. *The Journal of Peasant Studies*, 36(1), 103-137.
- Kojève, A. (1947). *Introducción à la lecture de Hegel*. Paris: Gallimard.
- Kosik, K. (1989). *Dialética do concreto*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Lacoste, Y. (1974). A Geografia. En: F. Chatelet (Org.). *História da filosofia. A filosofia das Ciências Sociais* (Vol. 7). Rio de Janeiro: Zahar.
- Landes, D. (1991). Homo Faber, Homo Sapiens: la tecnologia e lo sviluppo. *Il Mulino*, XL(337), 747-764.
- Lefebvre, H. (1968/1991a). *A vida cotidiana no mundo moderno*. São Paulo: Ática.
- Lefebvre, H. (1972/1976b). *Spazio e politica. Il diritto alla città II*. Milano: Moizzi.
- Lefebvre, H. (1973). *A re-produção das relações de produção*. Porto: Publicações Escorpião. Cadernos O homem e a Sociedade.
- Lefebvre, H. (1974/1976a). *La produzione dello spazio*. Milano: Moizzi.
- Lefebvre, H. (1991b). *O direito à cidade*. São Paulo: Moraes.
- Lefebvre, H. (1969/1995). *Lógica formal. Lógica dialética*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Levy, J. (2003). Il ya du monde ici. En: G. Dematteis & F. Ferlaino (Orgs.). *Il mondo e i luoghi: Geografie delle identità e del cambiamento* (pp. 59-63). Torino: IRES, SGI.
- Lussault, M. (2009). *De la lutte des classes à la lutte de places*. Paris: Grasset.
- Machado, G. (2009). *Transformações na paisagem da bacia do rio Marrecas (SW/PR) e perspectivas de desenvolvimento territorial*. Presidente Prudente: FCT / UNESP Doutorado em Geografia.
- Magnaghi, A. (1976). Il territorio nella crisi. *Quaderni del territorio – ristrutturazione produttiva e nuova geografia della forza-lavoro*, I(1), 15-29.
- Magnaghi, A. (1995). Per uno sviluppo locale autosostenibile. *Materiali*, 1.

- Magnaghi, A. (2000). *Il progetto locale*. Torino: Bollati Boringhieri.
- Magnaghi, A. (2003). La rappresentazione identitaria del patrimonio territoriale. En: G. Dematteis & F. Ferlaino (Orgs.). *Il mondo e i luoghi: geografie delle identità e del cambiamento* (pp. 13-20). Torino: IRES, SGI.
- Magnaghi, A. (2005). Patrimonio territoriale, statuto dei luoghi e valorizzazione delle risorse. En: F. Corrado (Org.). *Le risorse territoriali nello sviluppo locale* (pp. 51-81). Firenze: Alinea.
- Magnaghi, A. (2009). Territorio: dal progetto implicito al progetto esplicito. En: *Le frontiere della Geografia* (pp. 275-292). Novara-Torino: UTET.
- Magnaghi, A. (2011). Educare al territorio: conoscere, rappresentare, curare, governare. En: C. Giorda & M. Puttilli (Orgs.). *Educare al territorio, educare il territorio - Geografia per la formazione* (pp. 32-42). Roma: Carocci.
- Malmberg, T. (1980). *Human territoriality: survey of behavioural territories in man with preliminary analysis and discussion of meaning*. Paris-New York: Mouton Publishers the Hague.
- Marx, K. (1983). *Contribuição à Crítica da Economia Política*. São Paulo: Martins Fontes.
- Marx, K. (1984). *Manuscritos: economía y filosofía*. Traducción, introducción y notas de Francisco R. Llorente. Madrid: Alianza Editorial.
- Marx, K. (1985). *Grundrisse - Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política*. 1857/58 (Vol. I e II). Trad. de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1994). *O capital* (Livro 1, v. 1). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Marx, K. (2012). *Sulla libertà di stampa*. Roma: Ed. Riuniti.
- Moraes, A. C. R. (1983). *Geografia: pequena história crítica*. São Paulo: Hucitec.
- Moreira, E. & Targino, I. (2007). De território de exploração a território de esperança: organização agrária e resistência camponesa no semi-árido paraibano. *Revista Nera*, 10(10), 72-93.
- Moreira, R. (2007). *Pensar e ser em geografia*. São Paulo: Contexto.
- Moscovici, S. (1968/1977). *Essai sur l'histoire humaine de la nature*. Paris: Flammarion.
- Nora, P. (1993). *Les lieux de mémoire*. Paris: Gallimard.
- Oliveira, F. de (1977). *Elegia para uma re(li)gião*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Quaini, M. (1964). Lenin e il problema dello Stato-Comune nel periodo della rivoluzione di febbraio. *Rivista Storica del Socialismo*, 22, 253-270.

- Quaini, M. (1968). *Riflessioni e ipotesi in tema di Geografia Storica*. Gênova: Pubblicazioni dell'Istituto di Scienze Geografiche, Universidade de Gênova, VII, p. 1-31.
- Quaini, M. (1973a). *Per la storia del paesaggio agrario in Liguria. Note di geografia storica sulle strutture agrarie della Liguria medievale e moderna*. Savona: C.C.I.A.A.
- Quaini, M. (1973b). Geografia storica o storia sociale del popolamento rurale? *Quaderni Storici*, 24, 691-744.
- Quaini, M. (1974a). *Marxismo e geografia*. Firenze: La Nuova Italia.
- Quaini, M. (1974b). Storia, geografia e territorio. Sulla natura, gli scopi e i metodi della geografia storica. *Miscellanea storica Ligure*, 6(7).
- Quaini, M. (1975). *La costruzione della geografia umana*. Firenze: La Nuova Italia.
- Quaini, M. (1976a). Villaggi abbandonati e storia dell'insediamento in Liguria. En: *Atti del Colloquio Internazionale di Archeologia Medievale* (pp. 3-10). Palermo-Erice: Università di Palermo.
- Quaini, M. (1976b). Dalla comunità rurale all'unificazione capitalistica del territorio. Storia del paesaggio o dell'organizzazione territoriale? *Città e Regione*, 20.
- Quaini, M. (1978). *Dopo la geografia*. Roma: L'Espresso Strumenti.
- Quaini, M. (1994a). Il paesaggio: labirinto enciclopedico o strumento analitico? En: M. Quaini (Org). *Il paesaggio tra fattualità e finzione* (pp. 5-12). Bari: Cacucci.
- Quaini, M. (1994b). Per una archeologia dello sguardo topografico sul paesaggio. En: M. Quaini (Org). *Il paesaggio tra fattualità e finzione* (pp. 37-48). Bari: Cacucci.
- Quaini, M. (2003). Costruire 'geostorie' – un programma di ricerca per i giovani geografi, *Geostorie*, 11(1), 3-15.
- Quaini, M. (2004). L'elogio dei luoghi e la voglia di pre-moderno. Riflessioni in margine a un manuale curato da Alberto Magnaghi. *Rivista Geografica Italiana*, 111, 341-355.
- Quaini, M. (2005). *Paesaggio, ambiente e geografia. Una vita per una geografia attiva*. Giornata di studi in memoria di Giuseppe Barbieri. Firenze (mimeo).
- Quaini, M. (2006). *L'ombra del paesaggio. Orizzonti di un'utopia conviviale*. Reggio Emilia: Diabasis.
- Quaini, M. (2007). Riflessioni post-marxiste sul fantasma di geografia

- democratica. En: E. Dansero, G. Di Meglio, E. Donini & F. Governa (Orgs.). *Geografia, società, politica: la ricerca in geografia come impegno sociale* (pp. 241-254). Milano: Franco Angeli.
- Quaini, M. (2009). "Noi scriviamo di cose eterne". A proposito di rapporti tra geografia e storia. En: *Le frontiere della Geografia: testi, dialoghi e racconti per Giuseppe Dematteis* (pp. 29-46). Novara-Torino: UTET.
- Quaini, M. (2010). Dalla coscienza di classe alla "coscienza di luogo" ovvero "de la lutte des classes à la lutte des places". Declinazioni del concetto di luogo e di paesaggio. En: *Atti del Convegno Il concetto di luogo. Giornate di studio sul paesaggio 2010, settima edizione* (pp. 1-13). Treviso: Fondazione Benetton.
- Quaini, M. (2011). Geografia: pensamento impensado (Aos colegas e companheiros geógrafos do grande Brasil). En: M. Saquet, J. Suzuki & G. Marafon (Orgs.). *Territorialidades e diversidade nos campos e nas cidades latino-americanas e francesas* (pp. 15-25). São Paulo: Expressão Popular.
- Racine, J-B. (2009). Città e democrazia partecipativa: le nozze tra esperto e profano. Riflessioni sul possibile coinvolgimento del sapere geografico. En: *Le frontiere della Geografia* (pp. 129-143). Novara-Torino: UTET.
- Raffestin, C. (1967). Freiburg im Breisgau: esquisse de géographie urbaine. *Le Globe*, 107, 23-57.
- Raffestin, C. (1975). Remarques sur le concept d'écologie humaine. En: *International meeting on human ecology* (pp. 403-410). Viena: Georgi Publishing.
- Raffestin, C. (1976). Problématique et explication en géographie humaine. *Geopoint*, 81-96.
- Raffestin, C. (1977). Paysage et territorialité. *Cahiers de géographie du Québec*, 21(53-54), 123-134.
- Raffestin, C. (1978a). Les construits en géographie humaine: notions et concepts. *Geopoint*, 55-73.
- Raffestin, C. (1978b). L'evoluzione storica della territorialità in Svizzera. En: C. Raffestin, J- B. Racine & V. Ruffy (Orgs.). *Territorialità e paradigma centro-periferia. La Svizzera e la Padania* (pp. 11-26). Milano: Unicopli.
- Raffestin, C. (1980/1993). *Por uma geografia do Poder*. São Paulo: Ática.
- Raffestin, C. (1983). Potere e territorialità. En: C. Raffestin (Org.). *Geografia politica: teorie per un progetto sociale* (pp. 63-70). Milano: Inicopli.

- Raffestin, C. (1984). Territorializzazione, deterritorializzazione, riterritorializzazione e informazione. En: A. Turco (Org.). *Regione e regionalizzazione* (pp. 69-82). Milano: Angeli.
- Raffestin, C. (1986a). Punti di riferimento per una teoria della territorialità umana. En: C. Copeta (Org.). *Esistere ed abitare. Prospettive umanistiche nella geografia francofona* (pp. 75-89). Milano: Angeli.
- Raffestin, C. (1986b). Ecogénese territoriale et territorialité. En: F. Auriac & R. Brunet (Orgs.). *Espaces, jeux e enjeux* (pp. 173-185). Paris: Fayard.
- Raffestin, C. (1987). Reperès pour une théorie de la territorialité humaine. *Cahier/Groupe reseaux*, 3(7), 2-22.
- Raffestin, C. (2003). Immagini e identità territoriali. En: G. Dematteis & F. Ferlaino (Orgs.). *Il mondo e i luoghi: geografie delle identità e del cambiamento* (pp. 3-11). Torino: IRES.
- Raffestin, C. (2005). *Dalla nostalgia del territorio al desiderio di paesaggio. Elementi per una teoria del paesaggio*. Firenze: Alinea.
- Raffestin, C. (2007). E se a representação fosse apenas a invenção da moeda fiduciária do real? *Formação*, 2(14), 8-13.
- Raffestin, C. (2009a). A produção das estruturas territoriais e sua representação. En: M. Saquet & E. Sposito (Orgs.). *Territórios e territorialidades: teorias, processos e conflitos* (pp. 17-35). São Paulo: Expressão Popular.
- Raffestin, C. (2009b). L'invenzione dello spazio o il "feuilletage" delle rappresentazioni. En: *Le frontiere della Geografia* (pp. 47-57). Novara-Torino: UTET.
- Raffestin, C. (2010). Uma concepção de território, territorialidade e paisagem. En: S. Pereira, B. Costa & E. Souza (Orgs.). *Teorias e práticas territoriais: análises espaço-temporais* (pp. 13-23). São Paulo: Expressão Popular.
- Raffestin, C. & Bresso, M. (1979). *Travail, espace, pouvoir*. Lausanne: L'Age d'Homme.
- Reclus, E. (1866/2010). *As repúblicas da América do Sul*. São Paulo: Expressão e Arte Editora / Ed. Imaginário.
- Reclus, E. (1905). *L'homme et la Terre* (T. I). Paris: Librairie Universelle.
- Rodríguez, J. M. (2012). *La dimensión espacial del desarrollo sostenible: una visión desde América Latina*. La Habana: Editorial UH / Editorial Científico-Técnica.
- Roverato, G. (1996). *L'industria nel Veneto: storia economica di un "caso" regionale*.

- Padova: Esedra.
- Rullani, E. (1997). Più locale e più globale: verso una economia postfordista del territorio. En: A. Bramanti & M. Maggioni (Orgs.). *La dinamica dei sistemi produttivi territoriali: teorie, tecniche, politiche* (pp. 85-111). Milano: Franco Angeli.
- Rullani, E. (2004). *Economia della conoscenza*. Roma: Carocci.
- Rullani, E. (2009). La città al tempo delle reti. En: *Le frontiere della Geografia* (pp. 145-172). Novara-Torino: UTET.
- Rullani, E; Micelli, S. & Di Maria, E. (2000). Tra città reale e città virtuale: il territorio nel postfordismo. En: E. Rullani, S. Micelli & E. Di Maria (Orgs.). *Città e cultura nell'economia delle reti* (pp. 13-56). Bologna: Mulino.
- Sack, R. (1980). *Conceptions of space in social thought – a geographic perspective*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sack, R. (1983). Human territoriality: a theory. *Annals of the Association of American Geographers*, 73(1), 55-74.
- Sack, R. (1986). *Human territoriality: its theory and history*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sahr, C. L. & Sahr, W-D. (2009). Territórios-faxinais-espaços. A problemática “espaço/território” na formação social brasileira. En: M. Saquet & E. Sposito (Orgs.). *Territórios e territorialidades: teorias, processos e conflitos* (pp. 143-173). São Paulo: Expressão Popular.
- Salvatori, F. (2003). Il territorio come produttore di conoscenze. En: G. Dematteis & F. Ferlaino (Orgs.). *Il mondo e i luoghi: geografie delle identità e del cambiamento*. Torino: IRES, SGI.
- Santangelo, M. (2005). Transcalarità e multiscalarità dello sviluppo locale. En: G. Dematteis & F. Governa (Orgs.). *Territorialità, sviluppo locale, sostenibilità: il modello Slot* (pp. 68-85). Milano: Angeli.
- Santos, M. (1978). *Por uma geografia nova*. São Paulo: Hucitec.
- Santos, M. (1982/1991). *Pensando o espaço do homem*. São Paulo: Hucitec.
- Santos, M. (1988). *Metamorfoses do espaço habitado*. São Paulo: Hucitec.
- Santos, M. (1994a). O retorno do território. En: M. Santos, et. al. (Orgs.). *Território: globalização e fragmentação* (pp. 15-20). São Paulo: Hucitec/Anpur.
- Santos, M. (1994b). *Técnica, espaço, tempo. Globalização e meio técnico científico informacional*. São Paulo: Hucitec.
- Santos, M. (1996). *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. São

- Paulo: Hucitec.
- Santos, M. (1999). O dinheiro e o território. *Geographia*, 1(1), 7-13.
- Santos, M. (2000). Por uma outra globalização. São Paulo: Record.
- Saquet, M. (1996/2002). *Colonização italiana e agricultura familiar*. Porto Alegre: EST Edições.
- Saquet, M. (2000). O tempo, o espaço e o território. En: E. Souza & Á. Souza (Orgs.). *Paisagem, território, região: em busca da identidade* (pp. 103-114). Cascavel: Edunioeste.
- Saquet, M. (2001/2003). *Os tempos e os territórios da colonização italiana*. Porto Alegre: EST Edições.
- Saquet, M. (2004). O território: diferentes interpretações na literatura italiana. En: E. Sposito, M. Saquet & A. Ribas (Orgs.). *Território e desenvolvimento: diferentes abordagens* (pp. 121-147). Francisco Beltrão: Unioeste.
- Saquet, M. (2005). Entender a produção do espaço geográfico para compreender o território. En: E. Sposito (Org.). *Produção do espaço e redefinições regionais: a construção de uma temática* (pp. 35-51). Presidente Prudente: FCT / UNESP / GAsPERR.
- Saquet, M. (2006a). Proposições para estudos territoriais. *Geographia*, 15, 71-85.
- Saquet, M. (2006b). Por uma abordagem territorial das relações urbano-rurais no Sudoeste paranaense. En: M. E. Sposito & A. Whitacker (Orgs.). *Cidade e campo: relações e contradições entre urbano e rural* (pp. 157-186). São Paulo: Expressão Popular.
- Saquet, M. (2007a). *Abordagens e concepções de território*. São Paulo: Expressão Popular.
- Saquet, M. (2007b). As diferentes abordagens do território e a apreensão do movimento e da (i)materialidade. *Geosul*, 22(43), 55- 76.
- Saquet, M. (2009a). Por uma abordagem territorial. En: M. Saquet & E. Sposito (Orgs.). *Territórios e territorialidades: teorias, processos e conflitos* (pp. 73-94). São Paulo: Expressão Popular.
- Saquet, M. (2009b). Reterritorialização e identidade. En: R. Medeiros & I. Falcade (Orgs.). *Tradição versus tecnologia: as novas territorialidades do espaço agrário brasileiro* (pp. 211-224). Porto Alegre: Ed. da UFRGS.
- Saquet, M. (2009c). A renovação da geografia: a construção de uma teoria de território e de territorialidade na obra de Jean Gottmann. *Revista da ANPEGE*, 5, 173-187.

- Saquet, M. (2011a). Contribuições teórico-metodológicas para uma abordagem territorial multidimensional em geografia agrária. En: M. Saquet, J. Suzuki, G. Marafon (Orgs.). *Territorialidades e diversidade nos campos e nas cidades latino-americanas e francesas* (pp. 209-226). São Paulo: Expressão Popular.
- Saquet, M. (2011b). O desenvolvimento numa perspectiva territorial, multidimensional e democrática. *Revista Resgate*, 19(21), 5-15.
- Saquet, M. (2013a). Por uma abordagem territorial: continuando a reflexão. En: M. Saquet (Org.). *Estudos territoriais na ciência geográfica* (pp. 47-74). São Paulo: Outras Expressões.
- Saquet, M. (2013b). Reflexões sobre o conceito de território e suas relações com os estudos de cultura e identidade. En: A. Heidrich, B. Costa & C. Pires (Orgs.). *Maneiras de ler geografia e cultura* (pp. 37-51). Porto Alegre: Imprensa Livre - Compasso, Lugar-Cultura.
- Saquet, M. (2014a). Territorialidades, relações campo-cidade e ruralidades em processos de transformação territorial e autonomia. *Revista Campo-Território*, 9(18), 1-30.
- Saquet, M. (2014b). Participação social em territórios de identidade e desenvolvimento numa práxis dialógica e cooperada. En: O. Silva, E. Santos, A. Coelho Neto (Orgs.). *Identidade, território e resistência* (pp. 11-36). Rio de Janeiro: Consequência.
- Saquet, M. (2014c). Dinâmicas territoriais rurais e urbanas. En: C. Castro, I. Bernat, Q. Silva & R. Sodré (Orgs.). *Territórios, paisagens e suas dinâmicas* (pp. 65-92). São Luís: Editora UEMA.
- Saquet, M.; Candiotto, L. & Alves, A. (2010). Construindo uma concepção reticular e histórica para estudos territoriais. En: S. Pereira, B. Costa & E. Souza (Orgs.). *Teorias e práticas territoriais: análises espaço-temporais* (pp. 53-68). São Paulo: Expressão Popular.
- Saquet, M. & Cichoski, P. (2013). Bertha Becker: uma contribuição à análise da sua concepção de Geografia, espaço e território. *Revista Campo-Território*, 8(15), 1-26.
- Saquet, M.; Dansero, E. & Candiotto, L. (Orgs.) (2012). *Geografia da e para a cooperação ao desenvolvimento territorial: experiências brasileiras e italianas*. São Paulo: Outras Expressões.
- Saquet, M. & Duarte, V. (1996). *Projeto Vida na Roça: da concepção ao plano de ação*

- agropecuário. Francisco Beltrão: FACIBEL / ASSESOAR.
- Saquet, M.; Duarte, V. & Francischett, M. (1997). *Projeto Vida na Roça: da produção agropecuária ao plano da educação participativa*. Francisco Beltrão: FACIBEL / ASSESOAR.
- Saquet, M.; Gaiovicz, E.; Meira, S. & Souza, P. (2012). Agricultura familiar agroecológica como alternativa de inclusão social e desenvolvimento territorial em Itapejara d'Oeste, Salto do Lontra e Verê – Sudoeste do Paraná. En: M. Saquet, E. Dansero & L. Candiotto (Orgs.). *Geografia da e para a cooperação ao desenvolvimento territorial: experiências brasileiras e italianas* (pp. 35-62). São Paulo: Outras Expressões.
- Saquet, M.; Pacífico, J. & Flávio, L. C. (2005). *Cidade, organização popular e desenvolvimento: a experiência do Projeto Vida no Bairro*. Cascavel: Unioeste.
- Saquet, M., et. al. (2010). A agroecologia como estratégia de inclusão social e desenvolvimento territorial. En: M. Saquet & R. Santos (Orgs.). *Geografia agrária, território e desenvolvimento* (pp. 237-254). São Paulo: Expressão Popular.
- Saquet, M.; Souza, P. & Santos, R. (2010). Agricultura familiar agroecológica em Itapejara d'Oeste (PR). *Revista ANPEGE*, 6, 43-57.
- Saquet, M. & Sposito, E. (2008). Território, territorialidade e desenvolvimento: diferentes perspectivas no nível internacional e no Brasil. En: L. Candiotto, A. Alves & B. Carrijo (Orgs.). *Desenvolvimento territorial e agroecologia* (pp. 15-31). São Paulo: Expressão Popular.
- Sassen, S. (1998). *As cidades na economia mundial*. São Paulo: Studio Nobel.
- Segre, A & Dematteis, G. (1976). Intellettuali e classe operaia. Contro l'uso capitalistico del territorio. *Bollettino di Informazione e dibattito sulla ricerca "La coscienza di classe dei lavoratori a Torino e in Piemonte"*. Torino: Centro Stampa FLM.
- Sennett, R. (2008). *L'uomo artigiano*. Milão: Feltrinelli.
- Sereni, E. (1961). *Storia del paesaggio agrario italiano*. Bari: Laterza.
- Sohn-Rethel, A. (1989). *Geistige und koerperliche arbeit. Zur theorie der gesellschaftlichen synthesis* (Trabalho espiritual e corporal. Para a teoria da síntese social). Trad.: Cesare Galvan. Rev. U. Erg. Neuauflage. Weinheim VCH. Acta Humaniora.
- Soja, E. (1971). The political organization of space. *Association of American Geographers*, paper n. 8, p. 1-54.

- Sorre, M. (1961). *L'homme sur la terre*. Paris: Hachette.
- Souza, M. L. de. (1995). O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento. En: I. Castro, et. al. (Orgs.). *Geografia: Conceitos e Temas* (pp. 77-116). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Souza, M. L. de (1997). Algumas notas sobre a importância do espaço para o desenvolvimento social. *Território*, II(3), 13-35.
- Sposito, E. (1997). A crise paradigmática e a crítica do conhecimento geográfico. *Revista de Geografia*, 14, 141-151.
- Sposito, E. (2004). *Geografia e filosofia*. São Paulo: Unesp.
- Sposito, M. E. (1991). O centro e as formas de expressão da centralidade urbana. *Geografia*, 10, 1-18.
- Turco, A. (1988). *Verso una teoria geografica della complessità*. Milano: Unicopli.
- Turco, A. (2010). *Configurazioni della territorialità*. Milão: Franco Angeli.
- Turri, E. (1974/2008). *Antropologia del paesaggio*. Veneza: Marsilio.
- Turri, E. (2002). *La conoscenza del territorio. Metodologia per un'analisi storico-geografica*. Venezia: Marsilio.
- Vagaggini, V. & Dematteis, G. (1976). *I metodi analitici della geografia*. Firenze: La Nuova Italia.
- Vasconcelos, P. de. (1997). Questões metodológicas na Geografia Urbana Histórica. En: *V Simpósio Nacional de Geografia Urbana*. Salvador.
- Vazquez, A. (1977/1990). *Filosofia da práxis*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Wrangham, R. (2010). *Pegando fogo. Porque cozinhar nos tornou humanos*. Rio de Janeiro: Zahar.

El autor

Marcos Aurelio Saquet es Licenciado en Geografía por la Universidade Regional do Noroeste do Estado do Rio Grande do Sul (1990), Magister en Geografía por la Universidade Federal de Santa Catarina (1996) y Doctor en Geografía por la Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho (2001). Realizó un doctorado sándwich en la Università Ca Foscari de Veneza y un pos-doctorado en el Politecnico e Università di Torino. Fue profesor visitante en el Politécnico e Università di Torino. Actualmente es profesor Asociado en la Universidade Estadual do Oeste do Paraná (UNIOESTE), donde enseña también en el curso de Mestrado Desenvolvimento Rural Sustentável y es profesor acreditado en la Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho (Mestrado e Doutorado em Geografia); es árbitro de diferentes revistas científicas nacionales ranqueadas por la CAPES, además de ser miembro do Comitê de Ciências Humanas da Fundação Araucária (Paraná), evaluador del Programa Universidade Sem Fronteiras (Paraná), de la FAPESP (São Paulo) y del Programa SCIELO. Tiene experiencia en el área de Geografía, con énfasis en Epistemología de la Geografía y Geografía Agraria, desempeñándose principalmente con los siguientes conceptos y/o temas: territorio y territorialidad, desarrollo territorial, agricultura familiar, agroecología y migración.

La geografía brasileña, más consciente que otras, sabe en dónde residen las cosas esenciales y dónde se encuentran los conceptos de los que hay que hablar. Marcos Saquet, partiendo de los conceptos de territorio, territorialidad y temporalidad, demuestra, sin lugar a dudas, que la Tierra y el espacio están amenazados. La Tierra es ofrecida —no dada— a los hombres, que en ella construyen territorios en los que, “armados” de territorialidades, que son igualmente sistemas de relaciones, actúan de acuerdo con temporalidades complejas.

En este libro Marcos Saquet estudia los territorios, las territorialidades y las temporalidades. Comprendió que una geografía contemporánea debe pasar por los conceptos que eligió analizar por medio de una serie de autores. Comprendió, además, que el territorio, por su ambivalencia, con su doble faz —por un lado construcción y por otro destrucción— es el concepto más eminentemente geográfico que cristaliza las realidades materiales e inmateriales que los hombres manipulan en todas sus relaciones de poder.

ISBN 978-950-34-1262-6